

No dejes el futuro en sus manos

*Cooperación solidaria ante la crisis
del capitalismo global*

Futuro

*Yayo Herrero • Victor M. Toledo • Margarita Mediavilla • Amaia Orozco
Pedro Prieto • Norman Church • Eduardo Gudynas • Àlex Guillamón*



NO DEJES EL FUTURO EN SUS MANOS
Cooperación solidaria ante la crisis
del capitalismo global



Entrepueblos es una asociación independiente que promueve cambios sociales para que las personas de cualquier lugar del mundo, tanto mujeres como hombres, puedan ejercer sus derechos humanos, políticos, económicos, sociales, culturales y medioambientales.

Cooperamos con organizaciones sociales de Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Perú, Marruecos y con el MST de Brasil. Son estas organizaciones de los pueblos empobrecidos las que mejor conocen los caminos y las respuestas a sus situaciones concretas; con ellas construimos relaciones de apoyo mutuo, cercanía e igualdad.

En nuestro país establecemos alianzas y colaboraciones con organizaciones con las que compartimos perspectivas y acciones. Queremos potenciar y formar parte de los movimientos sociales que asumen y difunden los valores de la solidaridad internacional, la justicia social, la equidad de género y la sostenibilidad de una vida humana digna en nuestro planeta.

La crisis social, económica, energética, ecológica y ética en nuestro mundo demanda más que nunca nuestra implicación crítica y activa. Nos dicen que el único mundo posible es éste en que todo se pone al servicio de que una minoría siga acumulando cada vez más riquezas y consumo. Más bien pensamos lo contrario: este mundo es el que nos está llevando a una situación cada vez más crítica.

Pero al mismo tiempo, en todos los continentes miles de personas y colectivos están construyendo alternativas de futuro para la humanidad. Cada persona puede atreverse a pensar otro mundo y actuar con compromiso solidario y colectivo. Entrepueblos quiere formar parte de este proceso, pero, para ello necesitamos tu participación para colaborar en nuestras campañas y actividades. La participación que te proponemos es abierta y directa a través de las Organizaciones Territoriales locales.

El activismo voluntario es una parte fundamental de Entrepueblos y es uno de los valores que nos dan fuerza, coherencia e independencia.

Para más información puedes visitar nuestra web general:
<http://www.entrepueblos.org>

Y la web temática sobre Defensa de territorios:
<http://defensaterritorios.org/>

Para contactar con Entrepueblos:
Sede: Pza. Ramón Berenguer 1, 3º, 1ª - 08002 Barcelona, Tf.: 932683366
Email: info@entrepueblos.org

Yayo Herrero, Victor M. Toledo, Margarita Mediavilla, Amaia Orozco,
Pedro Prieto, Norman Church, Eduardo Gudynas, Álex Guillamón.

NO DEJES EL FUTURO EN SUS MANOS

Cooperación solidaria ante la crisis
del capitalismo global

Edita: Entrepueblos/Entrepobles/Entrepobos/Herriarte

Autoría: Norman Church, Àlex Guillamón, Eduardo Gudynas, Yayo Herrero,
Margarita Mediavilla, Amaia Orozco, Pedro Prieto, Victor M. Toledo

Diseño e Imagen de la cubierta: Carmen Caballero Prado

Maquetación: Teodoro Fuentes Delgado y Carmen Caballero Prado

Fotografías: Carmen Caballero, ilustraciones diversos autores

Primera edición: julio 2012

Depósito legal: B-211820-2012

Impresión: Gráficas Germinal, S.C.L.
C/ Magnesio, 7-9. 47012 Valladolid



ÍNDICE

Introducción. El futuro en nuestras manos: solidaridad e internacionalismo ante la crisis global <i>Álex Guillamón</i>	7
I.El movimiento ecologista ante La Crisis Global <i>Yayo Herrero</i>	27
II.¿Otro mundo es realmente posible? Reflexiones ante la crisis <i>Victor M. Toledo</i>	45
III.Dejar de crecer para empezar a evolucionar <i>Margarita Mediavilla</i>	57
IV.De vidas vivibles y producción imposible <i>Amaia Orozco</i>	73
V.Un mensaje a los indignados occidentales <i>Pedro Prieto</i>	101
VI.Energía, transporte y el sistema alimentario: cuando la agricultura basada en hidrocarburos es insostenible <i>Norman Church</i>	117
VII.Desarrollo, postextractivismo y “buen vivir” <i>Eduardo Gudynas</i>	139
Bibliografía	146

Introducción.
**El futuro en nuestras manos: solidaridad e
internacionalismo ante la crisis global**

Introducción.

El futuro en nuestras manos: solidaridad e internacionalismo ante la crisis global

Àlex Guillamón, abril 2012

Coordinador Técnico de Entrepueblos/Entrepobles/Entrepobos/Herriarte

La “Guerra Silenciosa” y los límites del crecimiento

En el año 1970 se publicaba en Perú la novela *Redoble por Rancas*, de Manuel Scorza uno de los referentes del llamado “realismo mágico” latinoamericano. *Redoble por Rancas*, narraba con tierna crudeza la resistencia de una pequeña aldea andina frente a la empresa minera estadounidense “Cerro de Pasco Corporation”. Fue la primera entrega de una serie de cinco títulos a los que el autor agrupó bajo el título común de *La Guerra Silenciosa*.

Manuel Scorza, militante de izquierdas e indigenista, había vivido de cerca las luchas de las comunidades de la sierra central peruana, a finales de los 50 y principios de los 60, por recuperar y defender sus tierras frente a la inagotable avaricia de los terratenientes y de la citada “Cerro de Pasco”, heredera de la explotación minera colonial y predecesora de la actual.

¿Por qué “guerra”? Porque, aunque nadie la declaró, se trataba de un conflicto a vida o muerte entre dos sistemas de vida que no podían coexistir en el mismo territorio. Y porque, como había pasado siempre, se terminó dirimiendo por la razón de la fuerza, con todo un despliegue de violencia y muerte, y con el desplazamiento de las comunidades andinas.

¿Por qué “silenciosa”? Porque todo ello ocurría sin otros testigos que las remotas cumbres, páramos y valles andinos, sin que ni en los medios de comunicación, ni en los círculos de la política y la sociedad capitalina se registraran apenas los acontecimientos. Fue precisamente la impotencia frente a ese muro de silencio quien dictó a Manuel Scorza esas historias donde la realidad era tan grave, que el realismo no bastaba para contarla.

Perú: oro, cobre, zinc...

Si observamos el mapa de concesiones mineras del Perú, podremos constatar cómo las concesiones otorgadas ocupan gran parte del territorio peruano (concretamente el 15,56%), alcanzando tanto a la costa, como a la Sierra y la Amazonía, y afectando el 64,98% del territorio de las comunidades nativas. De las 2.258.000 Ha. concesionadas en el año 1991, se ha pasado a las casi 20.000.000 Ha. en 2010.

CONACAMI y Entrepueblos, publicado en el n 41, de la revista Ecología Política (2011) (Fuente: “Mapa de las concesiones mineras del Perú, junio 2010, Cooperación).

En 1972, el mismo año que se publicó el segundo título de la *Guerra Silenciosa*, veía también la luz algo aparentemente sin ninguna relación: el controvertido informe “Los límites del crecimiento” presentado por el llamado Club de Roma. Un grupo científico interdisciplinario de 17 personas dirigido por la biofísica Donella Meadows del Instituto Tecnológico de Massachusetts analizó, a través de un modelo complejo de simulación informática llamado World3, diferentes escenarios de población, crecimiento de la economía y disponibilidad de capital, explotación de los recursos naturales no renovables, contaminación...

“Ese análisis alertaba que los recursos naturales eran limitados, y por lo tanto la apuesta a un crecimiento económico continuado llevaría a un colapso, sea por acumulación de la contaminación o por extinción de recursos. La producción industrial per capita terminaría cayendo así como la disponibilidad de alimentos y recursos, de donde la

población mundial disminuiría por un aumento de la tasa de mortalidad”².

Como nos cuenta *Margarita Mediavilla* en su artículo escrito para esta publicación, a pesar de que solamente un año después la crisis del petróleo vino a confirmar las advertencias del informe, casi nadie acabó prestando la atención que se merecía a aquel colectivo científico de “aguafiestas”.

Desde los poderes económicos y políticos las preocupaciones iban más bien en dirección contraria. Ese mismo año en la reunión del famoso Grupo Bilderberg, David Rockefeller proponía la creación de la “Comisión Internacional para la Paz y la Prosperidad”, que pasó a la historia como “Comisión Trilateral”, que se reuniría por primera vez en 1973 en Japón. Este parlamento constituido por “designación divina” (es decir, por el “dios dólar”), fue el principal impulsor del golpe de timón que puso fin a la época del “capitalismo blando” o keynesiano, surgido tras la IIª Guerra Mundial por la necesidad de un pacto social para la reconstrucción económica y la competencia frente al “socialismo real”. Había que poner fin a la ola de movilizaciones estudiantiles, populares, al poder de los sindicatos, en los países industrializados, y a las descolonizaciones y a las reivindicaciones de los llamados “Países no Alineados”. Había que recomponer la disciplina social, económica nacional e internacional. Había que dar el “sprint final” de la Guerra Fría. Es decir, había que desempolvar lo más puro de la doctrina liberal, lo que se vino a llamar el *neoliberalismo*.

En este contexto, se entiende que las conclusiones del Informe sobre los límites del crecimiento eran totalmente inoportunas, cuando lo que se pretendía precisamente era una huída hacia adelante.

Pero el Informe del Club de Roma tampoco hizo mayor fortuna entre las filas de la izquierda y la mayor parte de las corrientes de pensamiento alternativo de la época. En primer lugar había sido auspiciado por una institución estadounidense, lo que le hacía sospechoso de entrada. Pero, sobre todo, porque las principales doctrinas anticapitalistas, ancladas en la letra de lo que sus fundadores habían escrito en el siglo XIX, tenían como horizonte utópico sociedades de la abundancia. El fin del capitalismo y la

instauración de una nueva organización social de economía planificada y sin clases sociales permitirían desplegar al máximo las “fuerzas productivas” y el consiguiente progreso económico y social sin límites de la humanidad³.

Es de justicia resaltar aquí algunas excepciones a contracorriente como la que podríamos denominar “eco-libertaria”. La editorial Ruedo Ibérico fue el espacio desde donde gente como Joan Martínez Alier o José Manuel Naredo introdujeron, desarrollaron y divulgaron en nuestro país la economía ecológica y la ecología política, Ambas estaban basadas en las ideas del rumano Georgescu-Roetgen, que formuló una sólida crítica de la economía “clásica”, por su “metafísica” en el sentido más literal de la palabra, es decir, por su obstinada (e interesada) ignorancia de la base y los límites físicos de la economía humana.

Y desde el marxismo crítico, Manuel Sacristán, fue en aquella época el gran precursor de la conjunción entre socialismo y ecologismo, y de otras tantas ideas fecundas para la izquierda emancipadora, cuyo referente fue la revista “Mientras Tanto”. Aunque no coincidiera con algunos de sus postulados, Sacristán prologó y divulgó las tesis del heterodoxo filósofo de la República Democrática Alemana Wolfgang Harich, recogidas en el libro “*¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el Club de Roma*” (1975), que, a contra corriente del pensamiento oficial en los países del Este, defendió las tesis de los límites del crecimiento, aunque su propuesta se basaba en un comunismo con un Estado fuerte, por considerar que solamente mediante la coerción la sociedad aceptaría restricciones al consumo de bienes.

Ambas corrientes tendieron a converger en las décadas posteriores, siendo la base del ecologismo social (desde el ámbito más teórico al más activista) que ha llegado a nuestros días⁴.

Paraguay: soja transgénica

El año próximo (2010), serán cuatro millones las hectáreas plantadas con soja en Paraguay, lo que supera ampliamente el 50 por ciento del total de área de cultivo de ese país. Las cifras asustan. Unos 70 mil campesinos por año abandonan sus tierras por el avance de la soja. El

80 por ciento de la producción es transgénica. Son millones los litros de glifosato que envenenan la tierra y arrasan con las comunidades.
Entrevista a Pablo Palenzuela, Sobrevivencia – Amigos de la Tierra Paraguay, Radio Mundo real, Octubre 2009

El 92% de la soja que importa España se destina a la alimentación animal. La soja es el principal componente proteico de los piensos con los que alimentamos a los animales de producción intensiva. Todas nuestras necesidades de soja se satisfacen gracias a la importación.

Veterinarios Sin Fronteras, Cuando la ganadería española se come el mundo. Tribunal de la soja. Barcelona 2006.

Subrayar hoy estas aportaciones no es única ni principalmente un ejercicio de memoria histórica, sino una referencia imprescindible para el pensamiento y la acción transformadoras ante los problemas que nos toca abordar en el actual contexto, desde lo más local a lo más global.

Ecologistas en Acción es la principal expresión organizativa social de este movimiento, por esto nos parecía imprescindible recoger en esta publicación su análisis frente a la Crisis Global, representado en el artículo de *Yayo Herrero*.

Una vez salvadas esas excepciones, la conclusión principal es que el Informe del Club de Roma, que había surgido desde instituciones científicas del propio sistema con la pretensión de generar un debate entre las élites gobernantes sobre el futuro del capitalismo y de la humanidad, acabó siendo algo tan marginalizado, que prácticamente sólo encontró cobijo entre las filas del emergente movimiento ecologista.

No vamos a contar aquí lo que siguió. De lo que se trata es de subrayar que, visto con la perspectiva de 2012, los 40 años que siguieron fueron cuatro décadas perdidas, cuatro décadas de agudización de la inequidad, del saqueo y el latrocinio legal e ilegal, cuarenta oportunidades conscientemente desperdiciadas de corregir el rumbo. Cuarenta años de “neoliberalismo” (de derechas y de “izquierdas”), de

deudas externas, de ajustes estructurales, de privatizaciones, de liberalizaciones de mercados, de hipotecas, de “desarrollo sostenible”, de “desregulaciones”, de acumulaciones obscenas de riqueza, de “capitalismo de casino”, de estupidez humana hecha política (de derechas y de “izquierdas”), etc. Siguiendo el símil bíblico, cuarenta años como los cuarenta días del Diluvio Universal... Con la diferencia que, por ahora, no sólo no se atisba el arco iris, sino que arrecia la lluvia.

Después de 40 años de lucro sin límites. Más allá de la huella ecológica

Transcurridos esos 40 años hoy, la “Guerra Silenciosa” por la ocupación del territorio de la que hablaba nuestro amigo Manuel Scorza ha adquirido una dimensión global. Globales son tanto la “guerra” de conquista, como su estruendoso “silencio”. Los partes de esta guerra o no nos llegan, o su significado queda confundido entre el ensordecedor “ruido informativo”. O quizás sea que “los partes” no nos dejan ver el “todo”... Hay quien la define también como “la última conquista”. Me parece una definición acertada por cuanto nos hace conscientes de que hoy el capitalismo real está llegando a los confines, a sus últimas fronteras, o a los límites de los que hablaba el Club de Roma: los últimos pueblos indígenas que después de 500 años quedaban por colonizar, los últimos territorios y ecosistemas que quedaban por saquear, los últimos yacimientos de todo tipo de “recursos” o bienes comunes (tanto de nuestra generación como de las futuras), que quedan por agotar...

Indonesia: palma de aceite para agrocombustibles

En el año 2004 y 2005 la organización “Amigos de la Tierra” de Gran Bretaña publicó un informe sobre el impacto de la producción de aceite de palma. Afirmó que “la explotación de plantaciones de aceite palma fue responsable de un 87% de la deforestación de Malasia”. En Sumatra y Borneo, unos cuatro millones de hectáreas de bosque se han convertido en tierra de cultivo de palma. Ahora se proyecta despejar unas seis millones más de hectáreas en Malasia, y 16,5 millones en Indonesia. (...) Los bosques de Indonesia

desaparecen a un ritmo de 3,8 millones de hectáreas por año, y la tierra convertida a plantaciones de palma aceitera se ha duplicado durante la última década a casi 5 millones de hectáreas –una superficie equivalente a la de Costa Rica.

Begoña Carrera Ríos y Tom Kucharz, Ecologistas en Acción, La insostenibilidad de los monocultivos agro- industriales -mayoritariamente destinados a la exportación- como la palma de aceite. Madrid, noviembre de 2006

A lo largo de este artículo insertamos varios cuadros con diferentes ejemplos, simples muestras de lo que significa esta “Guerra Silenciosa global”.

Con el esquematismo forzado por la brevedad podríamos definir tres espacios interrelacionados, que conforman el modelo actual de globalización y deslocalización, mediadas por el lucro, de la producción de bienes y servicios.

En un primer espacio tendríamos los escenarios de la extracción industrializada y transnacional de los recursos (bienes): energía, minerales, maderas, alimentos, recursos biogenéticos, “servicios ambientales”, mano de obra, etc. Son espacios naturales y escenarios rurales, donde este modelo extractivista, como hemos dicho, necesita arrebatar territorios y yacimientos a las comunidades campesinas y/o indígenas que los habitan. En estos territorios la dinámica endógena y la extractivista no caben al mismo tiempo. Y la correlación de fuerzas está muy clara. Como nos contaba Manuel Scorza en los años 70, el resultado es el progresivo desplazamiento y despojo de las comunidades campesinas e indígenas, así como de sus formas de vida tradicionales, con la consiguiente degradación de los ecosistemas.

En estas últimas décadas las comunidades campesinas y/o indígenas no se han limitado a la resistencia, sino que han intentado organizarse, rearmarse de razones y alternativas. Conceptos como el de la soberanía alimentaria (acuñado por la Vía Campesina) o el “buen vivir” (desarrollado por los pueblos indígenas de América desde la reconstrucción de su cosmovisión) son el resultado de durísimas luchas, de largos y complejos procesos de rescate de saberes para, a

partir de ellos, argumentar sus resistencias ante los poderes políticos y económicos y construir alternativas a la lógica capitalista. Con múltiples contradicciones, ensayos y errores, con un creciente protagonismo de las mujeres e interesantes aportaciones como las del “feminismo comunitario”, estas comunidades están construyendo dinámicas que nos demuestran que ésta no es una pugna entre “atraso” y “progreso”, como intentan hacernos creer desde el desarrollismo de derechas e izquierdas, sino entre la razón social y la razón lucrativa.

Hay un segundo espacio donde estamos lo que alguien ha denominado “la clase consumidora global”:

República del Congo: coltán y diamantes

La parte más importante de los minerales utilizados para producir teléfonos móviles proviene de las minas situadas al este de la RDC. El mundo occidental está comprando los llamados minerales del conflicto y por este motivo financia una guerra civil que, según las organizaciones de derechos humanos, es la más sangrienta desde la Segunda Guerra Mundial (más de 5 millones de personas han perdido la vida y más de 300.000 mujeres han sido violadas). La violencia continuará mientras grupos armados puedan financiar su guerra particular vendiendo minerales.

Campaña “No con mi móvil”, Barcelona, 2012

Hoy existe un círculo perverso de explotación de los minerales en la RDC. Los diamantes, por ejemplo, van hasta Sudáfrica o a la República Centroafricana, para después ir a Israel o Bélgica, donde están los mayores mercados de diamantes del mundo. El coltán viaja hasta Tanzania o Kenia; de ahí va a otros países como China, Rusia, Bielorrusia, donde el mineral es transformado en microprocesadores por la industria siderúrgica. A su vez, estos microprocesadores viajan a otros países como Japón, EEUU, Noruega o cualquier otro país occidental donde están las grandes empresas de fabricación de telefonía móvil.

Josep M^a Royo Aspa: “En la República Democrática del Congo sólo se ha alcanzado una paz sui géneris”, Revista Pueblos 2011

“Más de 1.700 millones de habitantes del planeta conforman la categoría global de la «clase consumidora». En el reverso de la moneda figuran los 2.800 millones de personas que sobreviven con menos de dos dólares al día” (...) “en este siglo, el apetito consumidor sin precedentes destruye los sistemas naturales de los que todos dependemos y hace aún más difícil que los pobres satisfagan sus necesidades básicas⁵”.

Este concepto viene a romper con el modelo esquemático Norte/Sur para integrar el dato de la existencia de élites y clases medias consumidoras no solamente en América del Norte, Europa y Japón. Dicho con un ejemplo: la salida al mercado del último modelo de iPod genera ansiosas colas en los centros comerciales de Chicago, Berlín, Madrid, Tokio..., pero también de Shangai, Sao Paulo, Yakarta, Johannesburgo o Delhi... Pero en cualquier caso, quienes tienen acceso a él apenas superan el 20% de la humanidad.

A este respecto nos ha parecido muy interesante incluir en esta publicación las reflexiones de *Pedro Prieto* en forma de “mensaje a los indignados occidentales”.

Una de las principales consecuencias de la crisis financiera iniciada en Estados Unidos en el 2008 será sin duda, la disminución a muy corto plazo de esta capacidad consumidora para amplios sectores de la Europa del Sur.

Una de las características de la gente que forma(mos) parte esta “clase consumidora” es que, consciente o inconscientemente considera como algo normal o natural el hecho de que prácticamente todo lo que necesita para satisfacer sus necesidades materiales (tanto las más básicas, como las más superfluas) esté constituido a partir de materias primas o recursos extraídos de territorios, regiones, países y continentes ajenos.

Esta falta de conciencia sobre la deslocalización de todo lo que consumimos implica una doble ignorancia:

- la de no preguntarse por el precio humano, social, ambiental y generacional de esa “enajenación” de territorios y recursos (bienes) naturales para la producción y el consumo a la escala y a los ritmos

que requieren los márgenes de beneficios de las empresas que los producen y venden. Algo que va bastante más allá de la famosa “huella ecológica”.

- la de no preguntarse sobre la extrema vulnerabilidad y dependencia de esta forma de satisfacción de todas nuestras necesidades materiales, incluyendo las más básicas, utilizando territorios y recursos ajenos. Vulnerabilidad que se oculta tras una falsa apariencia de seguridad ante la actual abundancia y variedad de productos de consumo que se muestran a nuestra disposición.

Amazonía ecuatoriana: petróleo

En la Amazonía ecuatoriana se encuentran destinadas cerca de cuatro millones de hectáreas de bosque húmedo tropical para la actividad hidrocarburífera. Están concesionados 15 bloques a 11 transnacionales. La empresa estatal Petroecuador ocupa aproximadamente 700.000 ha. con sus operaciones en 10 campos.

Soledad Vogliano, en Proyecto Cultura y Ambiente, Conflictos socioecológicos, Combustibles fósiles, Ecuador – extracción petrolera en la Amazonía

Y en medio de los dos escenarios anteriores están quienes se llevan realmente la tajada. Quienes controlan, organizan y dirigen la extracción y producción de bienes y servicios deslocalizados. Pero, sobre todo, quienes invierten en estos descomunales negocios, que se esconden tras la misteriosa denominación de “los mercados”. También están las empresas que prestan la logística a dichos procesos (grandes infraestructuras, comunicaciones, telecomunicaciones, etc.). Y, cómo no, quienes, desde gobiernos, judicaturas y organismos internacionales les dan legitimidad mediante leyes, tratados y acuerdos. Quienes fabrican necesidades, deseos, prohibiciones, sueños, pesadillas, adicciones, seducciones, miedos, neurosis, euforias, premios y castigos, desde la publicidad, la comunicación social o la religión. Y, finalmente quienes mantienen la disciplina de la violencia, tanto la “estructural”, como la concreta: ejércitos y cuerpos de seguridad, públicos y privados, legales e ilegales, terroristas y antiterroristas, fuerzas del “Bien” y fuerzas del “Mal”...

Otro mundo no es posible sin la solidaridad internacional

Víctor Toledo se pregunta en su artículo si “otro mundo es posible”. A estas alturas esta es una de las preguntas más pertinentes. Primero porque el “buenismo” de este famoso lema del Foro Social Mundial ya se va mereciendo un meneo crítico. Y por otro lado, porque antes, aunque sea implícitamente, Víctor ya deja constancia en su texto de lo único que nos ha quedado realmente claro: que “este” mundo es imposible.

Pero la respuesta a esa pregunta no depende principalmente, aunque también, de establecer exactamente las reservas de petróleo, ni la previsión exacta de grados de aumento del calentamiento global, ni de encontrar la piedra filosofal de la energía inagotable. La causa primera de la crisis global no es el agotamiento de determinados recursos, sino el error de otorgarle al dinero (y al poder a él asociado) el papel omnímodo de intermediación en todas las esferas de intercambios y relaciones inter-humanas, así como entre la humanidad y la naturaleza.

La respuesta fundamental no es, pues, técnica, sino cultural, social y política. Depende, sobre todo, de la capacidad humana de “re-acción”, emancipación, solidaridad y cooperación, individual y colectiva, local y global.

Después de estas últimas décadas de desarticulación sistemática de lo colectivo y lo público, ¿conserva nuestra sociedad suficientes “yacimientos” de todas esas capacidades? Las reservas que nuestra sociedad global pueda albergar todavía de solidaridad, creatividad, respeto y cuidado de la vida son una incógnita más difícil de determinar que los yacimientos de recursos naturales. Pero a la vez, más decisiva ¿Hemos superado ya el “pico de la solidaridad” o la solidaridad es un recurso renovable y hay que ver si somos capaces de “reciclarlo”?

Los mensajes de los poderes económicos, políticos y mediáticos ante la crisis insisten en desactivar al máximo todos los resortes posibles de la solidaridad, tanto próxima como internacional. Incluso algo tan retórico y contradictorio como han sido las políticas públicas de cooperación internacional, ha sido prácticamente borrado del mapa a

las primeras de cambio con la poco edificante idea de que en época de crisis “lo primero es lo nuestro”. Tanto por parte del Gobierno central, como de las Comunidades Autónomas o municipios, y por parte de los principales partidos con responsabilidades de gobierno el mensaje a final de cuentas ha sido: “hay que elegir entre nuestras pensiones o la cooperación internacional”.

El mensaje ante la crisis que se emite desde el poder es de miedo, “repliegue” y desconexión, de que cada quién procure por “lo suyo”, tanto a nivel individual, como colectivo. Es decir, todo lo que haga falta para asegurarse de que no se entienda nada de la crisis global que estamos empezando a transitar, ni se atisben posibles alternativas. Si estos son los mensajes ahora que solamente se percibe la dimensión económica de la crisis, ¿qué será cuando la cosa vaya “a mayores”?

En este momento de desmantelamiento y privatización de las políticas públicas de cooperación, es decir, de desentendimiento de todos los compromisos de restitución hacia los países y las poblaciones empobrecidas a través de siglos de colonialismo y despojo⁶, incluso nos hace falta recordar que el internacionalismo, la solidaridad internacional, no nació de ninguna convocatoria de subvenciones, ni desaparecerá con ellas.

Urbanización insostenible: la crisis anunciada e ignorada

España crece en términos económicos, mejora el bienestar social de sus habitantes y el progreso nos coloca entre los países más afortunados del mundo. Sin embargo, ese crecimiento se cimenta sobre bases insostenibles, o dicho de otro modo, ‘pan para hoy, hambre para mañana’: un uso intensivo de la energía, alta generación de residuos, urbanización galopante del suelo y emisiones contaminantes incontroladas que alimentan el cambio climático.

Ministerio del Medio Ambiente, “Perfil Ambiental 2005”.

La urbanización y la construcción son las principales causas de destrucción del territorio. Entre 1987 y 2005 la superficie urbanizada en España se incrementó en un 40%. En regiones como Madrid, Comunidad Valenciana y Murcia llegó al 50%.

Como resultado de esta actividad urbanística “frenética”, España es el país con el mayor parque inmobiliario de la Unión Europea, aunque

“paradójicamente” es donde se registran más dificultades para acceder a la vivienda. Así, la construcción masiva que se llevó entre 1987 y 2005 vino acompañada de un incremento en el precio de la vivienda de un 250% y el endeudamiento familiar alcanzó el 125% de la renta disponible.

(...) la mayor parte de los promotores son los ayuntamientos o los gobiernos regionales.

Ecologistas en Acción, “Ni un metro más de hormigón” (2007).

Quienes en las últimas décadas hemos dedicado nuestros esfuerzos de forma organizada a la solidaridad internacional desde una óptica crítica y emancipadora, sabemos que, por infinitas razones, la solidaridad, el internacionalismo, la ciudadanía global no son “temas” diferentes a los que se debaten y luchan en nuestra sociedad. Más bien constituyen una dimensión fundamental y obligada a la hora del análisis y la acción transformadora en todos sus ámbitos: la economía, la educación, la equidad entre mujeres y hombres, la crisis rural, los derechos laborales, el medio ambiente, la libertad sexual, las migraciones, etc.

Una de nuestras principales aportaciones a esta imprescindible “reacción” social puede y debe ser la de substituir el olvido o la indiferencia, que a menudo se da incluso en sectores alternativos, por la empatía y el aprendizaje mutuo entre diferentes procesos y experiencias emancipadoras, por el compromiso de no abandonar a quienes, desde diferentes “localidades” invierten su vida en defender “lo suyo” y lo “nuestro”, es decir, el futuro común.

Las comunidades indígenas que en diferentes contextos y continentes defienden los bienes naturales frente al desarrollismo, consciente o inconscientemente, no solo defienden su futuro, sino también el nuestro. Quienes en diferentes partes del mundo están desarrollando con éxito, por ejemplo, experiencias avanzadas de agricultura urbana están abriendo un camino que tarde o temprano deberemos *transitar* para un replanteamiento a fondo nuestra relación con el territorio.

Quienes en diferentes países, las organizaciones de mujeres a la cabeza, están llevando a cabo diferentes formas de apoyo mutuo, reciprocidad y solidaridad colectivas para resolver los más variados aspectos de la vida cotidiana, son gente de la que tendremos mucho que aprender.

Deberemos abrir los ojos a estas experiencias y, quienes llevamos años en contacto con ellas podemos y debemos ayudar a tender estos puentes directos. Porque “afortunadamente, en todas partes del mundo hay también gente que trabaja comprometida e infatigablemente por encontrar formas viejas y vanguardistas al mismo tiempo de producir alimentos, de ofrecer e intercambiar servicios, de cuidar los bienes naturales comunes, de defender practicándolos derechos y libertades, de tejer convivencias, de construir ciudadanía activa y responsable, de repartir mejor los cuidados y los afectos, de comunicar ideas y proyectos, de crear pensamiento libre y realmente científico, de contagiar la sonrisa del compromiso, de vincular y retroalimentar internacionalmente estas experiencias”⁷.

Y, esa es la principal aportación que hoy podemos y debemos hacer con políticas o sin políticas públicas de cooperación internacional, con “subvenciones” o sin ellas, interrelacionándonos con los diferentes movimientos sociales emancipadores.

Podemos y debemos contribuir a reparar los “cortocircuitos” que el sistema produce en la solidaridad internacional, en la conciencia sobre la dimensión internacional de las causas, los efectos y las posibles alternativas de la crisis multidimensional que estamos viviendo. Cortocircuitos terribles como los que también se producen, por ejemplo, cuando sindicatos con influencia entre miles de trabajadores y trabajadoras salen en defensa de REPSOL ante su nacionalización en Argentina, en lugar de reclamar su nacionalización también en nuestro país.

Habrá que reconstruir el concepto de responsabilidad global, ya no como realidad virtual fabricada con “sabor a realidad” a medida del poder, sino como conexión entre diferentes realidades locales, en las que diferentes colectivos y seres humanos, mujeres y hombres, de diferentes continentes, a quienes mueven sueños, intereses y

necesidades similares, se esfuerzan (incluso se arriesgan) por cuidar y defender la sostenibilidad de su vida y de las de sus semejantes.

La deuda ecológica

“(…) La biocapacidad de España en 2007 (últimos datos conocidos, a partir de los cuales se elaboran los índices que se aplican ahora) se eleva a 1,61 ha. globales por habitante, pero en realidad la economía española consumió ese año 5,42 ha. globales por habitante. Esa cifra marca lo que se conoce como “huella ecológica global”. Eso significa que España tiene un déficit ecológico global de 3,81 ha. por habitante, la cantidad de terreno ecológico que consume sin que sea posible regenerarlo.

“(…) En las últimas décadas se ha incrementado el consumo de recursos naturales, reduciendo la capacidad del planeta de proveernos de bienes y servicios y poniendo así en peligro las bases de nuestro sistema económico y social (…)

“(…) Una de las razones que explica la crisis financiera es que el sistema se basa en una imagen distorsionada de la realidad. No visualiza el auténtico valor, el coste de los productos. Y los actuales sistemas económicos tienen el mismo problema: son incapaces de reflejar su verdadero impacto social y medioambiental. El PIB no nos dice nada acerca del estado del medio ambiente, de la felicidad de la gente o de las desigualdades. El sistema económico cuenta como beneficios lo que en realidad son pérdidas para la riqueza natural (…)

Calendario de la Huella Ecológica, New Economics Foundation, Londres 2013

Este compromiso global debe estar enraizado, por lo tanto, mediante una imprescindible re-localización. En casi todos los ámbitos de nuestras vidas las alternativas a esta crisis global multidimensional pasan ineludiblemente por una **transición** que nos permita resolver cada vez más nuestras necesidades materiales e inmateriales en base, en primer lugar al descenso de nuestros requerimientos de consumo material y, en segundo lugar al aprovechamiento responsable de los bienes naturales y sociales disponibles en nuestro entorno relativamente cercano. Es decir, en una transición hacia la no

dependencia y el no abuso de bienes extraídos de territorios ajenos. *No solamente porque es injusto, sino también porque será totalmente inviable.* El famoso artículo de *Norman Church* que presentamos en esta publicación no deja dudas al respecto.

En un periodo de crisis y de desplome de referencias sociales y políticas como el que empezamos a *transitar*, potenciar desde lo público la responsabilidad ética autónoma, los cuidados, la reciprocidad y el respeto hacia las personas, hacia los colectivos y hacia los bienes comunes, es la única forma de encontrar alternativas para una humanidad digna y justa, pero también un importante antídoto contra el ascenso de todo tipo de autoritarismos, como los que asoman por todas latitudes.

No es casualidad que en estas últimas décadas de dominio neoliberal, el aumento sustancial de las inequidades y el reparto desigual de la riqueza hayan coincidido con el resurgimiento de la influencia cultural, social y política de toda clase de conservadurismos ideológicos y religiosos de diferente signo, pero coincidentes todos ellos en su enraizamiento contra la autonomía de las mujeres y contra la libertad sexual

Tan injusto e insostenible es hacer recaer la satisfacción de nuestras necesidades materiales en otros pueblos y territorios, como hacer recaer la responsabilidad en la satisfacción de las necesidades relacionales, afectivas y de cuidado de las personas solamente en una parte de la comunidad, en las mujeres. De esta vinculación entre ambos sentidos de la *sostenibilidad de la vida* hemos aprendido mucho en estas últimas décadas de la economía feminista y del debate entre feminismo y ecologismo. Por eso nos ha parecido importante contar en este libro con reflexiones como la de *Amaia Pérez Orozco*.

Las personas, organizaciones, instituciones y colectivos humanos (incluidos los más “alternativos”) que “aprenden” a aceptar, normalizar, justificar y promover la discriminación, los privilegios, los abusos y las violencias patriarcales hacia las mujeres, están “preparados” para aceptar, justificar y promover cualquier otro tipo de discriminación. Porque están también preparados para aceptar toda clase de mecanismos de control social, conservadurismo

ideológico, para la represión de la autonomía de las personas en sus proyectos de vida, y especialmente de la libertad sexual.

Cadenas globales de cuidado

Quién debe cuidar, a quién, cómo, a cambio de qué, etc. no han sido cuestiones pública y políticamente negociadas, sino remitidas al margen de supuesta libertad de lo privado. Sin embargo, las respuestas a esas preguntas no son un resultado de la negociación individual en cada casa, sino de la operación de criterios ético-morales muy vinculados a las relaciones de género de desigualdad y a la distribución macrosocial de los trabajos.

(...) Cuando los cuidados no están ni social ni económicamente valorados, realizarlos recae en quienes tienen menor capacidad de elección o decisión (falta de alternativas, de recursos, de poder de negociación, etc.). Como afirma M^a Jesús Izquierdo “se huye del cuidado como de la peste” (2008).

De ahí la segmentación por sexo, etnia y estatus migratorio prototípica de este sector laboral y el reparto de los cuidados en el seno familiar por ejes de poder (de género y generación sobre todo).

(...) La asociación entre cuidados, desigualdad y exclusión de la ciudadanía no es nueva, pero sí está adquiriendo una nueva dimensión global, en la medida en que su internacionalización va unida a su mercantilización.

La conformación de las cadenas globales de cuidados (...) atraviesan también los modos transnacionales de pertenecer; la migración cambia la propia noción de qué es cuidar bien, quién y cómo debe hacerlo y para quién.

Amaia Pérez Orozco, “Cadenas Globales de cuidado ¿Qué derechos para un régimen global de cuidados justo?”, INSTRAW, NN.UU., 2010

Por eso es posible y necesario un abordaje multidimensional que integre los mecanismos de explotación, dominación y dependencia tanto en lo que respecta a los ámbitos de satisfacción de las necesidades sociales materiales, como a los ámbitos de la socialización y el cuidado entre las personas. Y que integre también la construcción de propuestas alternativas trenzando las fuerzas de

emancipación. En todo esto también se requiere un análisis intercultural y el rescate de experiencias surgidas de otros pueblos y latitudes, no para copiar, sino para enriquecer nuestro propio camino hacia lo que los movimientos sociales en América Latina denominan el “post-desarrollo” o el “sumak kausay” (vivir plenamente). El artículo que incluimos de *Eduardo Gudynas* sintetiza buena parte del intenso debate que hoy se da social y políticamente en todo ese continente.

En las páginas que siguen hemos querido sintetizar un conjunto de análisis y reflexiones, que nos parecen relevantes para hacerse un escenario sobre los retos a los que se enfrentan nuestras sociedades y, sobre todo, para tener una visión integral de los mismos. Eso ya lo hizo más profunda y sistemáticamente el compañero Ramón Fernández Durán en su último ensayo “*La quiebra del capitalismo global 2000 – 2030*”, a quien no podemos dejar de recordar en estos momentos. Aquí hemos adoptado un formato más divulgativo, recogiendo artículos y aportaciones, como pinceladas, que se adaptaran a los objetivos de la publicación.

Con ella no pretendemos abrumar, sino precisamente, todo lo contrario: alumbrar y hacer un llamado a la “re-acción”. A abandonar la autopista del binomio desarrollo/lucro como medida de todas las cosas, para construir nuevos/viejos caminos colectivos y solidarios. Como decía el año pasado el lema de una campaña de la izquierda social en Guatemala: “si no hay camino, lo haremos”.

¹Las demás novelas que componen este ciclo son *Historia de Garabombo el Invisible* (1972), *El jinete insomne* (1977), *Cantar de Agapito Robles* (1977) y *La tumba del relámpago* (1979). Manuel Scorza murió en un accidente aéreo llegando al aeropuerto de Barajas en 1983.

²Eduardo Gudynas en “*La pluralidad del desarrollo sostenible*”, *CLAES, Montevideo, 2008*.

³Este horizonte utópico semi-bíblico se refleja muy gráficamente, por ejemplo, en los “caudalosos ríos de leche y miel” que prometía y promete el himno del Frente Sandinista.

⁴A su vez, el ecologismo social ha mantenido durante este tiempo una relación compleja de encajes y desencajes con el feminismo y la economía feminista en el imprescindible debate sobre la sostenibilidad (material y relacional) de la vida, dando lugar a diferentes, e incluso contradictorias, versiones del ecofeminismo.

⁵Informe Worldwatch Institute 2004 / “Más ricos, más gordos, pero no más felices”.

⁶También hace cuatro décadas de ese exiguo y contradictorio compromiso que nunca se llegó a cumplir y que hoy se pretende liquidar:

Asamblea General de las Naciones Unidas, Resolución 2626 (XXV) de 1970. “Todo país económicamente desarrollado se esforzará por efectuar cada año a partir de 1972 una transferencia de recursos financieros a los países en desarrollo igual al menos, en pagos efectivos netos, al 1% de su producto nacional bruto a precios de mercado. Los países desarrollados que no pueden llegar a ello en 1972 se esforzarán por conseguir este objetivo en 1975, lo más tarde (!!).

⁷Mirando atrás para ver hacia delante, *Entrepueblos: 20 años de cooperación solidaria*, editado por Entrepueblos, 2008.

I.
El movimiento ecologista ante
la Crisis Global

El movimiento ecologista ante la Crisis Global

Yayo Herrero López, abril 2012

Co-coordinadora estatal de Ecologistas en Acción

Durante los últimos años hemos visto cómo cualquier tipo de preocupación por la crisis ecosocial ha desaparecido de las agendas políticas.

La explosión de la burbuja inmobiliaria y el marco de recortes sociales con el que se pretende inflar de nuevo un modelo económico centrado en la acumulación, han conseguido sepultar la insostenible tensión que se produce entre una economía que pretende obtener beneficios sin cuestionar la actividad que los genera, y los procesos y dinámicas que sostienen físicamente la vida.

La vida humana es profundamente dependiente de la biosfera. Somos naturaleza y por ello, personas, ciudades, economías o sociedades no se pueden mantener durante mucho funcionando en guerra contra la organización de la naturaleza.

Pero además la vida humana tiene una segunda dependencia. Vivimos encarnados en cuerpos que son vulnerables. Desde que nacemos y a lo largo de la vida, sobre todo en algunos momentos del ciclo vital, no podríamos sobrevivir o vivir dignamente si no es porque otras personas emplean mucho tiempo y energía en cuidar y atender las necesidades de los cuerpos. Somos seres interdependientes.

Ignorar ambos tipos de dependencia hace que la política y la economía se empeñen en reflotar un modelo económico que precisamente atenta contra las bases biofísicas que sustentan todo lo

vivo. Nos encontramos ante una crisis global que es ecológica, social y cultural. Lo que está en crisis es la forma en la que los seres humanos nos relacionamos entre nosotros y con el resto del planeta. Es una crisis civilizatoria

Junto con otros colectivos de pensamiento y activismo crítico, el movimiento ecologista tiene ante sí la tarea de desvelar causas y relaciones de esa crisis global, de denunciar la destrucción de ecosistemas y sociedades que alimenta el metabolismo agro-urbano industrial y, junto con otros movimientos, colaborar en la reconstrucción de un mundo justo y compatible con la naturaleza.

La crisis ecológica

Hasta la Revolución Industrial los seres humanos sobrevivían imitando a la biosfera. Los ritmos de vida eran los marcados por los ciclos de la naturaleza y éstos eran dinamizados por la energía del sol. La disponibilidad de energía fósil permitió alejarse de este funcionamiento y acelerar las extracciones y las producciones al servicio de un capitalismo incipiente. Esto posibilitó un cambio profundo en el metabolismo económico y la posibilidad de superar los límites del territorio en el que se vivía mediante un sistema de transporte que permitía obtener energía, materiales y alimentación procedente de territorios lejanos (Naredo, 2006).

Apenas tres siglos después, se ha superado la biocapacidad global. Hemos modificado el sistema que regula el clima de la Tierra; hemos cambiado la composición y características de sus sistemas hidrológicos; estamos mermando la magnitud y complejidad de la biodiversidad; y el paisaje y territorio están sufriendo profundas transformaciones.

La crisis ecológica de la que no se habla se plasma en una gran cantidad de fenómenos interrelacionados que amenazan con transformar las condiciones biofísicas a las cuales nuestra especie está adaptada.

En la base de todos esos fenómenos se encuentra un elemento común: la incompatibilidad esencial que existe entre un planeta físicamente limitado y sistema de producción, distribución y consumo, el capitalista, que se basa en la expansión continuada de la extracción de materiales y la generación de residuos.

El cambio climático

Las concentraciones de los gases de efecto invernadero en la atmósfera se han disparado debido, fundamentalmente, a la combustión de energías fósiles y a los cambios de uso del suelo. La cantidad de calor que retiene la atmósfera es mucho mayor y en consecuencia la temperatura global terrestre está aumentando.

Este calentamiento está desencadenando un cambio climático que se traduce en una alteración global de los regímenes de precipitaciones (cantidad de lluvias, distribución, fenómenos catastróficos), de las dinámicas de las aguas marinas (nivel, temperatura, corrientes), de las interacciones que se dan en los ecosistemas, además de una diferente distribución de tierras y mares por el ascenso del nivel del mar.

La subida rápida de la temperatura media del planeta influye en los ciclos de vida de muchos animales y plantas, que, sin tiempo para la readaptación, serán incapaces de alimentarse o de reproducirse. Las sequías y lluvias torrenciales dificultan gravemente la supervivencia de las poblaciones que practican la agricultura y ganadería de subsistencia. El deshielo de los polos derivará en la inundación progresiva de las costas y la pérdida de hábitat de sus pobladores. La reducción de las poblaciones de determinadas especies animales y vegetales repercute en la supervivencia de otras especies dependientes de estas, y la cadena de interdependencias arrastra a todo su ecosistema. Estos cambios dificultan la producción de alimentos para los seres humanos.

De no reducir de una forma significativa las emisiones de gases de efecto invernadero la situación puede ser dramática. Pero una reducción significativa de emisiones en los países más ricos, que son

los que más emiten y mayor responsabilidad histórica tienen, significa un cambio importante en los modos de producción, las tasas de ganancia, el consumo, el comercio y la movilidad en estos países.

El agotamiento de los recursos naturales

Nos encontramos ante lo que hace años Hubbert denominó el “pico del petróleo” (Hubbert, 1949), es decir, el momento en el que se ha alcanzado el máximo de extracción.

Muchos de los yacimientos actuales obligan a hacer prospecciones más profundas, a crear plataformas en medio del mar o a asumir procesos de depuración muy costosos y arriesgados⁸. Ante este horizonte de declive, incluso las empresas petroleras empiezan a sopesar y poner en marcha fuentes de energía alternativas que permitan mantener el creciente consumo, recurriendo por ejemplo a la energía solar, la eólica o a la biomasa. Sin embargo, ninguna de estas fuentes tiene el poder energético de las energías fósiles. Sus tasas de retorno (la relación entre la energía que se invierte para producirla y la energía finalmente producida) son mucho menores (Ballenilla y Ballenilla, 2007). Eso sin contar con el sustrato físico de materiales, también finitos, necesario para fabricar los aparatos que permiten la captación y acumulación de energía.

Las energías renovables y limpias pueden satisfacer las necesidades humanas pero no a la escala de las exigencias de un modelo de producción, distribución consumo, sumamente energívoro, que además pretende continuar creciendo (Fernández Durán, 2008).

La economía capitalista ha crecido a expensas de la energía barata y aparentemente inagotable que proporcionaba el petróleo (Naredo, 2006:47). El petróleo, hoy, es imprescindible en la agricultura intensiva y en la producción de insumos agrícolas, lo es también en la fabricación de ropas, casas, muebles, carreteras, envases... Las grandes urbes son inviables sin energía abundante y barata. Vivimos en un mundo construido con petróleo y su agotamiento, queramos o no, modificará todo el modelo de vida.

No sólo se trata de la energía fósil. El metabolismo económico también “digiere” otros recursos naturales a una velocidad incompatible con los ritmos que requiere la naturaleza para regenerarlos, por lo que ya ha comenzado a manifestarse la progresiva escasez de otros elementos imprescindibles para la vida como son el agua dulce, los bosques, la pesca, los suelos fértiles, la fauna salvaje o los arrecifes de coral o la propia biodiversidad...

La crisis social

El sistema económico capitalista se ha mostrado incapaz de satisfacer las necesidades vitales de la mayoría de la población. Los países enriquecidos han podido superar los límites de sus propios territorios a costa de la importación, en condiciones ventajosas, de materias primas, biodiversidad y mano de obra de otras zonas del mundo.

Las desigualdades entre los países del Centro y la Periferia no sólo se miden en términos de renta, sino que se expresan también en términos territoriales y físicos.



Según el informe Planeta Vivo (WWF, 2010: 38-39), a cada persona le corresponden alrededor 1,8 hectáreas globales de terrenos productivo. Pues bien, la media de consumo mundial supera las 2,2has y este consumo no es homogéneo. Mientras que en muchos países de la Periferia no se llega a las 0,9 Ha, la ciudadanía de Estados Unidos consume 8,2 hectáreas per cápita; la canadiense 6,5; y la española unas 5.5 Has.

El estilo de vida medio de las personas que viven en los países enriquecidos supera lo que permiten sus propios territorios. Esto pone de manifiesto la inviabilidad física de extender este modo de vida a todo el mundo y constata que su mantenimiento sólo es posible a costa del expolio y la degradación de otros territorios y de la

imposibilidad de que las personas que viven en ellos puedan vivir dignamente.

El deterioro acelerado de los ecosistemas y de las condiciones básicas de existencia de quienes los habitan, están expulsando a las personas y obligando a unos movimientos migratorios sin precedentes. A muchos pueblos les ha sido arrebatado el derecho a permanecer y se ven obligados a emprender el mismo viaje que las materias primas y los frutos de los monocultivos que se extraen de los lugares donde antes vivían: el viaje del Sur al Norte.

La reproducción social, en crisis

Decíamos en la introducción que la vida humana también está sujeta a una dependencia material de los tiempos de trabajo que otras personas nos dedican.

En las sociedades patriarcales la mayor parte de esas tareas imprescindibles para la vida son asumidas por mujeres, fundamentalmente por la imposición de un modelo de división sexual del trabajo que carga a las mujeres, casi en exclusiva, con la tarea de ocuparse del bienestar cotidiano y ajustar las tensiones que se crean entre el capital y la vida humana.

Obviamente, no se puede dejar de atender a las personas ancianas, a niños y niñas y a las personas enfermas o con diversidad funcional. Dado que la mayor parte de los hombres no se hacen responsables de estas tareas y que los servicios públicos están desapareciendo con la excusa de tratar de recuperar el mismo modelo de crecimiento que paradójicamente causó la crisis económico-financiera, los hogares, y en ellos mayoritariamente las mujeres, acaban asumiendo el ajuste de la crisis y tratando de solventar los peores efectos de la precariedad sobre la vida de las personas.

Pero la disponibilidad de tiempos también tiene límites. Las mujeres con dobles o triples jornadas tratan de reaccionar transfiriendo parte de esos trabajos a otras mujeres de la familia, o, cuando las relaciones de clase lo permiten, a mujeres contratadas que realizan estos trabajos en condiciones casi siempre precarias.

Es especialmente notorio el papel que juegan las mujeres migrantes en los trabajos de cuidados. Se crea una cadena global de cuidados en la que estas mujeres que asumen como empleo precario la limpieza, el cuidado de la infancia, de las personas mayores y discapacitadas, dejan al descubierto estas mismas funciones en sus lugares de origen, en donde otras mujeres, abuelas, hermanas o hijas las asumen como pueden.

Se resuelva como se resuelva, el elemento común es que la atención a los cuerpos vulnerables sigue residiendo de forma forzosa en la mitad de la humanidad, mientras la otra mitad, la sociedad, las empresas y los estados no se hacen responsables de la reproducción social, aunque se beneficien de ella.

Acumulación y sostenibilidad: dos lógicas opuestas

En las sociedades capitalistas se considera producción todo aquello que genere beneficio económico. No importa la naturaleza de las producciones que sostengan el crecimiento.

En nuestros indicadores económicos cuenta en positivo la enfermedad, la destrucción de la naturaleza o la guerra. Lo que suma como riqueza es el beneficio económico de venta de medicamentos y armas y los trabajos de reparación de los ecosistemas. La salud, la paz, el aire limpio y el agua potable accesible no suman en los indicadores económicos. Son invisibles y su destrucción no resta en ningún indicador.

La lógica que mantiene lo vivo fricciona con aquélla que sólo mira los agregados monetarios. La una pretende el mantenimiento de los procesos vitales y puede contribuir a la resolución de las necesidades humanas, mientras que la otra busca la concentración de poder y la acumulación de riqueza.

Este contrasentido provoca dinámicas profundamente contradictorias. Quienes hoy nos gobiernan dicen que sus políticas se orientan a conseguir la calidad de vida de las personas y defienden sólo es posible lograr este fin precarizando, retrocediendo décadas en

materia de derechos laborales, sepultando suelos fértiles debajo de cemento, tratando los cauces de los ríos como si fuesen tuberías de agua...

Dicen los economistas que el proceso económico tiene como finalidad producir bienes y servicios que permitan la reproducción social. Pero a la vez, la reproducción social se invisibiliza y se relega al altruismo obligatorio de las mujeres en los hogares. Y una buena parte de los que se llaman bienes, en realidad son “producciones” nocivas para la naturaleza y para el cuerpo de las personas. Suman como riqueza aunque destruyan naturaleza y materiales finitos y colapsen los sumideros del planeta.

Salir de la lógica biocida obliga a repensar el mundo desde el prisma de la sostenibilidad y la reproducción social y responder a otras preguntas. ¿Qué necesidades hay que satisfacer? ¿Cuáles son las producciones necesarias para que se puedan satisfacer? ¿Cuáles son los trabajos socialmente necesarios para ello?

Los retos del ecologismo ante la crisis global

Puesto que no es posible un crecimiento económico indefinido dentro de una biosfera de recursos y sumideros finitos y que los límites ya han sido superados, el camino hacia la sostenibilidad está forzosamente marcado por la disminución de la extracción y la generación de residuos.

Reducir el tamaño de una esfera económica no es una opción. El agotamiento del petróleo y de los minerales, el cambio climático, los desórdenes en los ciclos naturales y la saturación de los sumideros del planeta van a obligar a ello. La humanidad va a tener que adaptarse en cualquier caso a vivir extrayendo menos de la Tierra, plegándose a lo que su producción cíclica puede dar y generando menos residuos. Esta adaptación puede producirse por la vía de la pelea feroz por el uso de los recursos decrecientes o mediante un proceso de reajuste decidido y anticipado con criterios de equidad.

Una saludable reducción de las extracciones de la biosfera y situar el bienestar de las personas como objetivos social obliga a plantear un radical cambio de dirección. Una de las tareas fundamentales del movimiento ecologista es coadyuvar en lo que Latouche (2008:147) denomina “descolonizar el imaginario económico”.

Cambiar la mirada sobre la realidad, promover una cultura de la suficiencia y la autocontención en lo material, cambiar los patrones de consumo, reducir drásticamente la extracción de materiales y el consumo de energía, disminuir el transporte y la velocidad, son algunas pautas para aprender a vivir bien con menos.

El problema es que este necesario cambio de mirada choca con una de las convicciones que están inculcadas “en el ADN” de nuestra cultura: la de que el crecimiento económico es la única vía para conseguir bienestar.

Por si esta dificultad fuera pequeña, ahora el movimiento ecologistas debe desentrañar la trampa del discurso de la austeridad que desarrolla el poder y que se refiere exclusivamente al expolio de lo poco común que queda para ponerlo al servicio del capital y sus tasas de ganancia.

Cuando desde la política institucional se dice que “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades” se trata de naturalizar ese expolio con la excusa de regenerar el tan cacareado como imposible crecimiento económico ilimitado. Cuando el movimiento ecologista dice que globalmente vivimos por encima de lo que el planeta puede proporcionar, defendemos una cultura de la suficiencia que pueda ser compatible con los límites de la naturaleza y que permita que *todas* las personas puedan vivir vidas que merezcan la pena vivirse. Son dos planteamientos antagónicos que no pueden confundirse.

Desde el punto de vista de la sostenibilidad, la economía debe ser el proceso de satisfacción de las necesidades que permiten el mantenimiento de la vida para todas las personas (Bosch y col, 2005). Este objetivo no puede compartir la prioridad con el lucro. Si prima la lógica de la acumulación, las personas no son el centro de la economía. El beneficio no se puede conciliar con el desarrollo humano, o es prioritario uno, o lo es el otro y esta opción determina las decisiones que se toman en lo social y en lo económico.

¿Cómo debe ser una producción compatible con la naturaleza?

El primer debate en torno a la producción es el de qué producir y cuánto. La producción debe estar ligada al mantenimiento de la vida y no a su destrucción. Por tanto aquellas producciones que satisfagan necesidades para todas las personas sin destruir la naturaleza serán las que haya que priorizar. La agroecología, la pesca sostenible, la rehabilitación energética de la edificación, los transportes públicos, los bienes relacionales y colectivos, son campos en ellos que hay mucho por hacer.



Las pautas sobre cómo producir nos las da la propia naturaleza. Riechmann expone que la imitación de la organización natural nos proporciona el modelo para una economía sostenible y de alta productividad. La economía de la naturaleza es:

“Cíclica, totalmente renovable y autorreproductiva, sin residuos, y cuya fuente de energía es inagotable en términos humanos: la energía solar en sus diversas manifestaciones (que incluye, por ejemplo, el viento y las olas). En esta economía cíclica natural cada residuo de un proceso se convierte en la materia prima de otro: los ciclos se cierran.” (Riechmann, 2005)

Estas son las mejores pautas para reconvertir los procesos productivos hasta hacerlos compatibles con la dinámica de los sistemas naturales. Cara a favorecer el cierre de ciclos de materiales, Naredo ha planteado que, además de registrarse los costes de la extracción y manejo de los minerales de la corteza terrestre, deben

consignarse los costes de reposición, es decir de transformación de los residuos en recursos naturales ya que de lo contrario, al no restar en las cuentas la degradación, se favorece el deterioro del patrimonio natural (Naredo, 2006).

En esta línea, la fiscalidad ecológica pretende cambiar la base de los impuestos desde el valor añadido hacia el flujo material que se produce desde la extracción de recursos al sistema económico y la posterior vuelta de los residuos.

Una vez producidos aquellos bienes y servicios que sean necesarios, es preciso promover los mercados locales y regionales y la distribución cercana. Es una necesidad crucial en un mundo con las fuentes energéticas de origen fósil en declive y con una urgente necesidad de reducir emisiones de gases de efecto invernadero.



Además, resulta esencial exigir el principio de precaución, de forma que no se comercialicen o se extiendan tecnologías o productos que no hayan demostrado de una forma convincente que no son nocivos para el medio y para las personas. En la actualidad más bien se imponen las “innovaciones” y se suponen inocuas hasta que se demuestre lo contrario.

Un cambio radical en el modelo de trabajo

En una sociedad que necesariamente tendrá que aprender a vivir bien con menos material, que deberá adoptar modelo de producción y consumo más sobrio y más equitativo, es de capital importancia reflexionar sobre qué trabajos son social y ambientalmente necesarios, y cuáles son aquellos que no es deseable mantener. La pregunta clave para valorarlos es en qué medida facilitan el mantenimiento de la vida en equidad. Se trata de un tema especialmente polémico en un momento en el las personas paradas se cuentan por millones y en el que los gobernantes atacan frontalmente el derecho del trabajo y las conquistas sociales asociadas a él.

El gran escollo que se suele plantear al hablar de transición hacia estilo una vida mucho más austero (ecológicamente hablando) es el del empleo. Históricamente, la destrucción de empleo ha venido en los momentos de recesión económica. Es evidente que un frenazo en el modelo económico actual termina desembocando en el despido de trabajadores y trabajadoras. Sin embargo, algunas actividades deben decrecer y el mantenimiento de los puestos de trabajo no puede ser el único principio a la hora de valorar los cambios necesarios en el tejido productivo. Hay trabajos que no son socialmente deseables, como son la fabricación de armamento, las centrales nucleares, el sector del automóvil o los empleos que se han creado alrededor de las burbujas financiera e inmobiliaria. Las que sí son necesarias son las personas que desempeñan esos trabajos y por tanto, el progresivo desmantelamiento de determinados sectores tendría que ir acompañado por un plan de reestructuración en un marco fuertes coberturas sociales públicas que protejan el bienestar de trabajadores y trabajadoras.

Los trabajos de cuidados, que históricamente han realizado las mujeres, los que sirven para mantener o regenerar el medio natural, los que producen alimentos sin destruir los suelos y envenenar las aguas, así como los que consolidan comunidades integradas en su territorio, facilitan el mantenimiento de la vida en equidad y por ello son trabajos deseables. También lo son los que sirven para detener la destrucción de los territorios.

En este sentido, el movimiento ecologista tiene una asignatura pendiente: el diálogo y trabajo común con el movimiento sindical. Aunque ya se van dando tímidos pasos, el recorrido aún es corto. Sin embargo es urgente articular y confluir en luchas comunes que permitan proteger y mantener el derecho del trabajo y, a la vez, reflexionar y proponer otro modelo de trabajo que se ajuste a los límites del planeta. Explorar cómo realizar una transición justa es una tarea prioritaria cara a una reconversión ecológica del modelo productivo.

Se hace imprescindible revisar y transformar profundamente el actual modelo de trabajo para que también se reconozca como tal el que posibilita la reproducción social. No basta que con que el cuidado se reconozca como algo importante si no se trastoca profundamente el modelo de división sexual del trabajo. Es preciso romper el mito de que las mujeres son felices cuidando. Cuidar es duro y se hace por obligación, porque no se puede dejar de hacer.

En el ámbito de la reproducción social y las tareas domésticas y relacionadas con el cuidado, los servicios públicos son esenciales si queremos que la sociedad en su conjunto se responsabilice de ellos. Dejarlos relegados a la individualidad de cada hogar supone que los hombres sólo se ocuparán de ellos en el caso de que la correlación de fuerzas en el ejercicio del poder en cada hogar no se resuelva bajo la lógica patriarcal.

La valoración y remuneración justa de estos trabajos es también importante para que los hombres se incorporen. Si los trabajos relacionados con el cuidado tienen prestigio social y están decentemente remunerados, casi con seguridad podemos decir que los hombres querrán hacerlos.

Para afrontar esta necesidad, la articulación con el movimiento feminista es imprescindible. Nuestras sociedades tienen un problema con la organización del tiempo, el espacio y la gestión de las prioridades. Si hay un movimiento que ha reflexionado sobre tiempo, espacios y prioridades, ése es el feminista. Por tanto, el diálogo y el aprendizaje de la riqueza de los feminismos son un asunto de inteligencia colectiva. La búsqueda de sinergias entre ecologismo y feminismo presenta importantes avances en los últimos años.

Igualdad y distribución de la riqueza

Tradicionalmente, se ha defendido que la distribución estaba supeditada al crecimiento de la producción. Así se pasaba de puntillas por la incómoda cuestión del reparto. Sin embargo, hemos visto que el crecimiento contradice las leyes fundamentales de la naturaleza y que no puede tener más que un carácter transitorio y a costa de generar una gran destrucción. Así, el bienestar vuelve a relacionarse con la cuestión esencialmente política de la distribución.

Reducir las desigualdades nos sumerge en el debate abandonado sobre la propiedad.

Paradójicamente nos encontramos es una sociedad que defiende la igualdad de derechos entre las personas que la componen y que sin embargo asume con toda naturalidad enormes diferencias en los derechos de propiedad. En una cultura de la sostenibilidad habría que diferenciar entre la propiedad ligada al uso de los bienes, de aquellas otras formas de propiedad ligadas a la acumulación, ya sea en forma inmuebles o productos financieros, y poner coto a éstas última, ya que suponen situar fuera del alcance de otras personas la posibilidad de satisfacer necesidades básicas.

Cara a limitar la acumulación y reducir gradientes de desigualdad es fundamental modificar el sistema monetario internacional para establecer regulaciones que limiten la expansión financiera globalizada, regular la dimensión de los bancos, controlar su actividad, aumentar el coeficiente de caja, limitar las posibilidades de creación de dinero financiero y dinero bancario y suprimir los paraísos fiscales de modo que no constituyan vías de escape para que los oligarcas sitúen su patrimonio y negocios fuera de las leyes estatales.

Apostar por la redistribución equitativa de la riqueza supone unos servicios públicos fuertes, una fiscalidad progresiva y que la prioridad del gasto público se oriente al bienestar: sanidad, educación, protección y cuidado de la población.

En definitiva, se trata de cambiar los criterios que hoy prevalecen por otra racionalidad económica que se someta a las exigencias sociales y

ambientales que permiten el mantenimiento de la vida. Orientar las decisiones económicas hacia la igualdad no es sólo cuestión de normativa o instrumentos económicos, sino de impulsar también cambios culturales en dirección contraria de los que se han venido estimulando en las últimas décadas.

En estos el ecologismo social viene trabajando desde hace tiempo con otras organizaciones sociopolíticas. Conseguir que la izquierda transformadora integre en sus propuestas y luchas la dimensión limitada que forzosamente debe tener la esfera económica es otro reto del ecologismo, aunque hay que decir que en los últimos años se han producido grandes avances.

Tejer alianzas: construir mayorías

En el momento actual, dentro de los movimientos sociales y políticos que defienden la necesidad de una transformación que conduzcan a la sostenibilidad ecológica y humana y a la justicia social, la potencia del análisis crítico de la realidad y las propuestas de cambio no guardan relación con las escasas fuerzas que existen para forzar estos cambios.

Aunque cada vez son más las iniciativas y movimientos de todo tipo que comparten análisis y cuyas propuestas son convergentes y no excluyentes, aún se está lejos de confluír y articular una base sólida que exija y apoye los cambios necesarios.

Si queremos forzar cambios, habrá que dar la batalla en el ámbito de las ideas, y en la de la práctica económica, ecológica, social y política. Pero sobre todo será necesario construir poder colectivo y sumar mayorías que puedan impulsar y exigir un cambio. Si no somos capaces de articular movimiento, lo que venga detrás de este capitalismo puede ser aún peor.

En estos momentos es preciso resistir y confrontar y a la vez construir experiencias que puedan servir para reformular el conjunto de la organización social. Hay que mimar las iniciativas alternativas, por pequeñas que parezcan. Sólo a partir de estos laboratorios de práctica social podemos hallar caminos, no andados todavía, pero viables.

Los movimientos sociales debemos buscar acercamientos, aprender a convivir con algunas diferencias, acostumbrarnos a hacer trechos de camino en una dirección que nos convenga sin romper demasiado pronto porque la meta a la que queremos llegar no es exactamente la misma. Es mucho más fácil discrepar que buscar acuerdos, aunque sean transitorios y precarios.

Los seres humanos evolucionaron gracias a la cooperación y el apoyo mutuo y nosotros seguimos siendo seres humanos, abocados por nuestra propia naturaleza hacia la construcción de relaciones de interdependencia. Lo único que tenemos para darle la vuelta a este proceso loco de destrucción es la construcción colectiva y la búsqueda incansable del bien común.

⁸Estos procesos industriales de riesgo pueden dar lugar a catástrofes ecológicas como el vertido de crudo en el Golfo de México causado por la petrolera BP.

II.
¿Otro mundo es realmente posible?
Reflexiones frente a las crisis

¿Otro mundo es realmente posible? Reflexiones frente a las crisis

Victor M. Toledo, 2009

(Centro de Investigaciones en Ecosistemas, Universidad Nacional Autónoma de México)

Primero fue la crisis social la que generó conciencias, reacciones, iniciativas diversas, protestas. Después vino a agregarse la crisis ecológica y en íntima relación con ella la crisis energética. Hoy ha hecho su aparición la crisis financiera, convertida ya en debacle económica de escala global, y los defensores de la situación se quedan sin baldes para sacar el agua del buque que se hunde. ¿Son estas crisis fenómenos aislados o por lo contrario no son sino las expresiones de una sola crisis? La perspectiva histórica, una vez más, es la que nos permite responder a la pregunta, pero no la de cualquier historia, sino la de aquella que logra articular la de la sociedad con la de la naturaleza.

Estamos en un “fin de época”, entrando a la fase terminal de la civilización industrial, tecnocrática y capitalista, en la que las contradicciones sociales y ecológicas se agudizan y en la que los escenarios sorprendidos, inesperados e impredecibles son cada vez más la norma. Dos

fenómenos encabezaban esta crisis de civilización: el calentamiento global y el fin de la era del petróleo. Ahora debemos agregar la crisis provocada, y largamente anunciada, por la voracidad insaciable del capital. Todas son la expresión de un intrincado conjunto de procesos



cuyo devenir ha durado varias décadas, es decir que conforman una inercia de largo aliento.

La gran aceleración: el siglo XX

El ser humano ha estado presente en el planeta desde hace 200.000 años, un suspiro en la larga, casi eterna, historia de la Tierra. Durante la mayor parte de ese lapso, el hábitat planetario ha sufrido una creciente presión por parte de la especie humana. Sin embargo, nada es comparable con lo ocurrido en los últimos cien años, un lapso que equivale solamente al 0,05% en la historia de la humanidad. Hoy pueden identificarse un conjunto de fenómenos sin precedente en la historia⁹ La población humana, por ejemplo, se incrementó más de cuatro veces entre el año 1900 y el 2000 al pasar de 1,6 mil millones a más de 6 mil millones. Ello supone la llegada cada año al planeta de 77 millones de nuevos seres humanos. A esta velocidad, el incremento de la población humana es (y será cada vez más) un factor fundamental para entender la crisis: durante el siglo XX ha habitado el planeta la quinta parte del total histórico de la población humana (viva o muerta).

Los datos demográficos, sin embargo, palidecen frente a los de la economía mundial. Medida en dólares de 1990, la economía global se incrementó 14 veces entre 1900 y 2000, de tal suerte que la economía mundial de 1950 ha sido superada ya por la economía estadounidense de hoy, y la economía global de 1900 es equivalente a la economía japonesa actual¹⁰.

El uso de la energía, medido en toneladas métricas de barriles de petróleo, es el tercer gran aceleramiento del siglo pasado: creció 16 veces. La energía utilizada en el siglo XX ha sido mayor que la utilizada a lo largo de toda la historia de la especie, y diez veces mayor a la utilizada en los últimos 1.000 años¹¹. En comparación con los datos anteriores el uso del agua se elevó nueve veces, el incremento del bióxido de carbono (CO₂), el principal contaminante atmosférico, 13 veces, y las emisiones industriales 40 veces. De la misma manera la extracción y el consumo de metales (cobre, zinc, manganeso, cromo, níquel, magnesio, estaño, molibdeno y mercurio) han tenido un

crecimiento espectacular en los últimos cien años. La extracción de estos metales conlleva a su vez el uso de sustancias tóxicas, el uso y contaminación del agua y el movimiento masivo de materiales. Otros crecimientos vertiginosos son el de los vehículos automotores y el de las reses o cabezas de ganado, así como el de las poblaciones de la fauna que acompaña al ser humano (moscas, ratas, cucarachas, etc.) y, en las últimas décadas, el de la información manejada globalmente a través de los sistemas de cómputo y las telecomunicaciones.

Los automóviles y las reses se pueden considerar dos de los principales iconos del siglo XX. Por cada dos seres humanos que nacen al año se construye un automóvil, de tal suerte que para el 2010 el parque vehicular alcanzará los mil millones. El automóvil produce el 15% de los gases que contaminan la atmósfera, su construcción produce entre 15 y 20 toneladas de residuos, y cada año los accidentes automovilísticos matan a un millón de seres humanos y dejan heridos a entre 25 y 35 millones¹². Por otro lado, puestas en una balanza todas las reses del mundo pesan más que todos los seres humanos juntos, y en varios países como Uruguay, Costa Rica o Australia, existen más vacas que humanos. Hacia el 2001, las reses, habían alcanzado los 1.530 millones, cada una de las cuales emite metano y óxido nitroso, gases que inducen el calentamiento global. La expansión de la ganadería vacuna ha sido la causa principal de la destrucción de millones de hectáreas de selvas tropicales. Con poblaciones cercanas a las de los seres humanos, los automóviles y las reses, los dos principales engendros de la invención humana del siglo pasado, compiten ya con sus creadores por los alimentos. En países como Brasil o EEUU, cada parcela agrícola puede ser dedicada a alimentar a los automóviles (bio-combustibles), a las reses (pastizales) o a los humanos (cereales, hortalizas, legumbres, etc.).

El último gran evento que ha acompañado a todo lo anterior ha sido el de la producción de desechos: la excreción de materiales, sustancias, agua utilizada, radiaciones, genomas alterados y basura. Los volúmenes de generación de desechos han roto toda predicción. Hoy podemos afirmar que el planeta es cada vez más un espacio irremediamente contaminado de una gama casi infinita de basuras y desechos. Tan sólo en Europa, posiblemente la región con las leyes más estrictas, existen unos 30.000 productos químicos sin control, es decir, de los cuales no se sabe nada acerca de sus efectos sobre la salud

humana y el ambiente¹³. Es muy probable que el notable incremento de las alergias, el asma, el cáncer, las disfunciones hormonales y la infertilidad esté ligado al uso incontrolado de esas sustancias.

Dentro del panorama anterior, no debe dejar de citarse la producción de máquinas y aparatos inservibles. Por ejemplo, hoy existen 2.100 millones de celulares en el mundo, casi uno por cada tres personas, y dado que el tiempo de uso promedio de cada aparato es de 14 meses, la cantidad de celulares que se desechan como “chatarra electrónica” es descomunal: sólo en Estados Unidos hay 500 millones de celulares desechados.

Los impactos de un “experimento sin control”

El uso pacífico o bélico de la energía nuclear ya había sacudido las conciencias de los miembros más lúcidos de la especie humana. Hacia mediados del siglo pasado comenzaron a surgir las primeras llamadas de atención acerca de los impactos de la modernidad industrial sobre la trama de la vida y los balances ecológicos del planeta. Durante los últimos cien años, la especie humana ha modificado y afectado los ecosistemas del planeta Tierra de forma más extensa y rápida que en ningún otro periodo de la historia humana. Dos fenómenos destacan: el mayor poder de transformación adquirido por los seres humanos a partir del uso de los combustibles fósiles (incluyendo la energía nuclear) y la lógica o racionalidad que ha dominado este periodo durante los últimos cien años, que hoy alcanza su máxima expresión, la cual está basada en una voracidad insaciable: la de la acumulación, concentración y centralización de capital. El “experimento incontrolable” que caracteriza al metabolismo industrial se explica entonces por los mecanismos insaciables de un mercado dominado por el capital que echa mano de un gigantesco poder de transformación, cada vez más acrecentado por la innovación científica y tecnológica. Y es esta espiral que crece y crece la que se debe detener pues es la única manera de poner fin a una etapa y de iniciar otra.

La huella ecológica y la inercia de la era industrial

La cantidad de alimentos, energía, agua, materiales de construcción y desechos que cada individuo utiliza y expide a lo largo de un año, puede ser calculada mediante un índice conocido como la *huella ecológica* creado por M. Wackernagel y J. Rees en 1996. Este índice es de carácter transescalar pues puede aplicarse a individuos, familias, barrios, comunidades, ciudades, países y a la humanidad entera, así como compararse a través del tiempo, y mide el número de hectáreas necesitadas para satisfacer lo consumido.

Desde 1985 la especie humana traspasó, en conjunto, la capacidad del planeta para proveer esos satisfactores. Esta presión humana sobre el equilibrio del planeta debe, sin embargo, matizarse pues son los países y sectores opulentos los que mayores impactos producen, de tal suerte que medida por países, la huella ecológica resulta de la combinación del número de habitantes y de su nivel de consumo. Si todos viviéramos como la población promedio en los países ricos, el planeta sólo podría soportar 1.800 millones de personas, y no los 6.700 millones que viven en la actualidad.

Contrariamente a lo esperado, la huella ecológica sigue aumentando dado que el consumo tanto de los países ricos como de los llamados países emergentes (China, India, Europa del Este, Brasil, Sudáfrica) se incrementa día a día. En 2006, el comercio y el consumo globales aumentaron a niveles récord en todo el mundo. Las producciones de acero (1.000 millones de toneladas), aluminio (31 millones de toneladas) y automóviles (45,6 millones de unidades), por ejemplo, superaron todas las marcas anteriores.

Utilizando el parámetro de la huella ecológica, por un lado, y el índice de bienestar humano de la Organización de las Naciones Unidas, por otro, un grupo de investigadores confeccionó un método para cuantificar el nivel de sostenibilidad de los países, definido como aquel que alcanza un mínimo grado de bienestar social y un nivel de consumo que no excede la capacidad de renovación de la biosfera (bio-capacidad)¹⁴. La aplicación de ese índice a 93 países, entre 1975 y 2003, reveló que, a pesar de los conocimientos acumulados y las medidas adoptadas durante ese periodo, la sociedad humana se ha vuelto menos, y no más, sostenible, con excepción de un país (Cuba)¹⁵.

Los resultados también ubicaron a Latinoamérica como la región “menos insostenible” del globo.

El análisis anterior cobra especial importancia porque viene a corroborar, a escala global, la existencia de un proceso largamente intuido o sospechado pero no demostrado con cifras o datos: la inercia aparentemente imparable del metabolismo industrial y su carácter esencialmente depredador de los recursos del planeta. Este análisis encuentra su correlato en los más recientes análisis sobre el cambio climático. De acuerdo a los trabajos presentados por varios expertos, varios de ellos miembros del IPCC, durante la reunión anual de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS), celebrada en Chicago en febrero del 2009, el cambio climático será más rápido y más intenso de lo previsto en el último informe de los científicos de Naciones Unidas (el IPCC), presentado a principios de 2007, el cual fue demasiado prudente o conservador.

¿Otro mundo es realmente posible?

El metabolismo industrial se ha convertido ya en un irrefrenable movimiento expansivo, en un permanente creador de entropía o desorden; ha generado innumerables nuevas articulaciones entre los fenómenos sociales y los naturales, ha impulsado nuevos efectos de carácter multiescalar (de lo local a lo global y viceversa), y ha terminado por convertir al mundo moderno en un complicado e incomprensible calidoscopio de crisis cada vez más concatenadas y amplificadas.

Con la consolidación del capitalismo industrial, cuyo pináculo estamos viviendo, el hábitat planetario ha entrado en una fase crítica de aceleración y descontrol. Los fenómenos globales inducidos por la civilización industrial, han traído un sinfín de ventajas y nuevas e inimaginables posibilidades, pero también han hecho del hábitat planetario un espacio cada vez más inseguro, incierto y peligroso. La destrucción de la variedad de la vida (biodiversidad), el agua cada vez más cara y escasa, el aire y los mares contaminados, los alimentos insanos, las sustancias y las tecnologías peligrosas, así como los cambios climáticos inesperados y catastróficos, se combinan ya con la

quiebra de empresas y corporaciones, las recesiones económicas y la devaluación de las monedas.

La crisis múltiple que sufre el mundo contemporáneo obliga a replantear innumerables aspectos del entramado social y de sus relaciones con el mundo natural, y ello vuelve anacrónicos a buena parte de las propuestas teóricas y prácticas de los sectores antisistema. Toda solución parcial o unidimensional es ya una interpretación reduccionista, limitada e inútil. La crisis de civilización que hoy vive la especie humana es antes que todo una “crisis metabólica”, en tanto que atañe al entramado de innumerables dimensiones. No hay pues solución económica, tecnológica, energética, social, política, institucional, epistemológica o ambiental. Si hay fuerzas que enarbolan el lema de que “otro mundo es posible”, es decir, que las crisis son superables, entonces ese mundo visualizado debe construirse sobre la justicia social, el respeto a la naturaleza, la reconfiguración de los sistemas financieros, el cambio de fuentes energéticas, la autogestión local y regional, la creación de nuevas tecnologías y sistemas de conocimientos, etc.

Hoy se requieren cambios en todas esas dimensiones de la realidad, orquestadas por un nuevo paradigma político que deje atrás los atavismos que aún dominan los movimientos antisistema y el pensamiento crítico. Este nuevo paradigma político debe basarse en una concepción que contemple tanto la explotación entre los seres humanos como entre aquellos y la naturaleza. Frente a las múltiples crisis, un proyecto *alternativo* o, si se prefiere, una *modernidad alternativa*, está obligado a dos cosas: en primer término a *organizar la resistencia ciudadana*, y en segundo lugar a *construir el poder social*. Ambos se encuentran indisolublemente ligados.



El poder social se construye poniendo en juego tres elementos en proyectos concretos: la solidaridad, la organización y el conocimiento científico y tecnológico. Cada uno de ellos es necesario pero no suficiente. Ello implica gestar “modos alternativos de vida” basados en la autogestión, la autosuficiencia, la diversidad, la democracia participativa y la equidad, por medio de los cuales los individuos, las familias, *las comunidades recuperen el control sobre los procesos que les afectan*, es decir, disminuyan el riesgo al que los ha condenado a vivir la sociedad dominada por el capital.

La “micropolítica doméstica”

La construcción del poder social comienza en la edificación de un hogar autosuficiente, seguro y sano, que comparte con muchos otros hogares una misma “micropolítica doméstica”. Ello se logra mediante la implementación de acciones en relación a la alimentación, la salud, la vivienda, el agua, la energía y el ahorro y el crédito, todo lo cual surge, a su vez, de la toma de conciencia, ecológica y social, de un cambio de actitudes, y en fin de la adopción de una nueva filosofía por y para la vida.

En el caso de la alimentación se trata de que el hogar alcance, donde le sea posible, el autoabastecimiento de alimentos sanos, nutritivos y producidos bajo esquemas ecológicamente adecuados (agricultura orgánica o sostenible) o la obtención de aquellos de redes y mercados solidarios, justos y orgánicos. El hogar debe buscar también la autosuficiencia en agua y energía, lo cual implica la adopción de tecnologías adecuadas, limpias, baratas y seguras. La vivienda debe estar construida con materiales locales, no tóxicos y producidos bajo fórmulas ecológicamente correctas. Finalmente, la salud se alcanza mediante la acción conjunta del consumo de alimentos sanos, materiales no tóxicos, agua limpia,



adecuados dispositivos sanitarios y el empleo no de una sino de varias tradiciones médicas (desde la acupuntura, digitopuntura, homeopatía y herbolaria hasta las diferentes medicinas industriales).

Los hogares autosuficientes, sanos y seguros conforman las células últimas del poder social y sólo alcanzan a realizarse cuando forman parte de redes, asociaciones, cooperativas o comunidades de territorios bien definidos. Estos últimos representan un segundo nivel de organización social y surgen de la agregación solidaria de los primeros. Un tercer nivel puede alcanzarse cuando se logra la articulación a escala de barrios urbanos, ciudades pequeñas, municipios y microregiones y así sucesivamente. Todas estas formas de organización se alcanzan más fácilmente cuando existe la participación de *agentes técnicos*: investigadores, promotores, animadores. Sin la construcción del poder social, la toma del poder político (que corre en paralelo) se ve limitada a sus acciones reivindicadoras, incluso se torna inocua o disfuncional al estar dominada o controlada por las fuerzas antisociales (como los mercados dominados por el capital).

En suma, la crisis de civilización que hoy vive el mundo contemporáneo y cuya dinámica opera en ritmos mucho más lentos al de los procesos políticos y sociales habituales, sólo será superable bajo esquemas teóricos renovados y mediante acciones políticas de nuevo cuño. Ya no bastan las fórmulas convencionales que aún dominan los movimientos antisistema, incluyendo las de los sectores considerados como los más avanzados (como el neozapatismo). Si “otro mundo es posible” este será el de una “democracia solar” participativa e incluyente; con una tecnología que imite los pulsos de la naturaleza, un conocimiento holístico en el que pensar y sentir sean las dos caras de la misma esfera, un sentido de equidad que incluya al resto de los seres vivos y, en fin, una sociedad sostenible dominada por formas de vida orgánicas. Estamos ante una tarea descomunal y urgente. Ese es el tamaño del reto.

⁹ J. Mc Neill, *Something New Under the Sun: An Ecological History of the 20th Century World*, Penguin Books, Londres, 2000.

¹⁰*Ibidem.*

¹¹*Ibidem.*

¹²V. M. Toledo, *Ecología, espiritualidad, naturaleza*, Jitanjáfora Ediciones, 2006.

¹³*El País*, 25 de septiembre de 2005, p. 21.

¹⁴D. Moran et al, "Measuring sustainable development. Nation by nation", *Ecological Economics*, 64, pp. 470-474.

¹⁵Véase: <http://www.footprintnetwork.org/hdief.html>

III.
Dejar de crecer para empezar a evolucionar

Dejar de crecer para empezar a evolucionar

Margarita Mediavilla Pascual, abril 2012.

Profesora de la Escuela de Ingenierías Industriales de la Universidad de Valladolid y miembro de Ecologistas en Acción.

*“Que volver no implica retroceder,
que retroceder también puede ser avanzar”
M. Benedetti*

La idea de que estamos viviendo una época de profundas crisis se encuentra cada vez más generalizada. Se habla de crisis económica, medioambiental, alimentaria, energética, política, de valores... Además, la sensación que flota en el ambiente es de desconcierto y desánimo, porque los intentos por solucionar cualquiera de estas crisis encuentran obstáculos por todas partes y caen frecuentemente en bloqueos infranqueables.

El desconcierto se ve agravado por unos medios de comunicación que ocultan gran parte de la información sobre las causas y huyen de las visiones globales, no dejando que la información que podría precipitar cambios fundamentales llegue a los ciudadanos. Así, asuntos tan importantes para todos los habitantes del planeta como el pico del petróleo, la escasez de minerales y la crisis alimentaria, raramente aparecen en los medios de comunicación.

Muchos pensamos que todas estas crisis no son sino síntomas de una misma enfermedad que tiene su raíz en el modelo de desarrollo y en el crecimiento. Los primeros estudios sobre los límites del crecimiento de los años 70 se basaban en algo tan obvio como que el crecimiento continuado es imposible en un planeta finito, pero

sufrieron décadas de duras críticas y no tuvieron continuidad. La opinión general que se tiene de ellos es que se equivocaron y predijeron muchas cosas que no han sucedido. Sin embargo, 40 años después y con los datos históricos en la mano, se puede constatar que, de momento, no se han equivocado; es más, destaca el acierto que estos estudios están teniendo a la hora de predecir algunas variables, teniendo en cuenta las enormes incertidumbres con las que trabajaban.

Esto, y la abrumadora colección de datos científicos que evidencian que hemos superado la capacidad de carga del planeta, hace pensar que sus predicciones tienen muchas probabilidades de convertirse en realidad: en torno a la segunda década de este siglo, con gran seguridad, vamos a encontrarnos con los límites al crecimiento y nos exponemos a algo tan poco agradable como un colapso civilizatorio, que podemos reconducir mejor o peor, pero ya sin posibilidad de una estabilización suave hacia un estado sostenible, como la que todavía era posible en los años 70. Así pues, no sólo tenemos que empezar despidiéndonos del constante aumento del consumo, sino que deberemos experimentar un decrecimiento antes de poder encontrar un estado en equilibrio con el planeta, si es que somos capaces de hacerlo.

A pesar de que este problema de la insostenibilidad ambiental es conocido por gran parte de la población, raras veces se relaciona con el crecimiento económico, como si economía y medio ambiente no tuvieran nada que ver. El discurso ambiental se ha ido alejando de la idea inicial del ecologismo, que hablaba de estabilizar la economía y controlar la natalidad, para hablar de un *desarrollo sostenible* cada vez más vacío de contenido, que viene a decir que es posible continuar con el crecimiento pero “contaminando menos”. Según este discurso, lo único necesario son “tecnologías limpias”, no “producir menos” o dejar de crecer. La tecnología, en este enfoque, es vista como la solución “mágica” a los problemas que evita tener que plantearse cambios en el modelo económico.

En estas décadas el problema ambiental ha ido progresivamente enfocándose hacia la emisión de contaminantes olvidando la escasez de recursos y se ha terminado viendo casi únicamente como un dilema ético. Se habla de que “tenemos que consumir menos para cuidar el planeta”, pero esta es una idea antropocéntrica y falsa. No

sólo *tenemos* que consumir menos, *vamos* a consumir menos porque, como no hemos sabido gestionar los recursos, éstos *van a descender* y toda nuestra tecnología no va a poder hacer nada para evitarlo. Debemos dejar de ver los problemas ambientales como una opción romántica y que concierna únicamente a la salud, el bienestar espiritual o el de futuras generaciones. El problema ambiental es también económico y es *ya* de esta generación. Si no sabemos reaccionar ante los límites del crecimiento lo que nos espera no es sólo el deterioro del medio ambiente, sino también la pobreza, la superpoblación, el hambre, el deterioro tecnológico y la guerra; todos ellos consecuencias lógicas de la escasez de recursos.

La experiencia de estas décadas de búsqueda del “*desarrollo sostenible*” está mostrando que intentar aunar crecimiento económico y ecología en un planeta limitado es intentar cuadrar el círculo y buscar excusas para no ver lo evidente. Sin embargo, este razonamiento también se puede dar la vuelta y convertirse en un móvil para la acción y para un optimismo consciente. Si estas últimas décadas no hemos podido solucionar los problemas ambientales a pesar de lo graves que son, no es porque no tengan solución, es porque, sencillamente, no hemos querido aplicar la solución que mostraron claramente los primeros estudios de los años 70: parar el crecimiento económico.

Por todo ello, en este artículo me gustaría hablar principalmente de tecnología, para poder desmontar el mito de la salvación únicamente tecnológica, y también intentar vislumbrar cómo podríamos diseñar una sociedad realmente sostenible.

Si uno lo piensa detenidamente, es lógico que los estudios sobre los límites del crecimiento no fueran tenidos en cuenta en los años 70. Estos estudios hablaban de stocks, es decir, de todos aquellos sistemas como las pesquerías, la atmósfera, las minas, o las tierras fértiles que nos proporcionan recursos o absorben nuestros desechos. Un stock es como una cisterna llenada por el agua de lluvia que nosotros podemos vaciar abriendo un grifo para satisfacer nuestras necesidades. Es obvio que si extraemos más de lo que consigue llenarse, el nivel de la cisterna baja y, cuanto más bajo es el nivel, más costoso es extraer de ella. Hacer más grande el grifo proporciona una falsa sensación de abundancia. Da la impresión de que existe más

riqueza, pero solamente se está vaciando más rápidamente la cisterna, corriendo el riesgo de vaciarla completamente y quedarse definitivamente sin ella.

En los años 70, la sociedad mundial llevaba dos décadas viendo un constante aumento de los flujos de extracción de recursos naturales, que se había acelerado notablemente con el uso del petróleo. Los “grifos” de recursos naturales se hacían cada vez más grandes gracias a la tecnología y, aunque algunos científicos avisaran de que la cisterna se estaba vaciando, los ciudadanos y los líderes sólo veían un caudal extraordinario que aumentaba cada año y hacía soñar a científicos, ingenieros y cineastas con futuros de coches voladores, robots humanoides y viajes espaciales.

En aquellos años se pensaba que los recursos naturales podrían ser fácilmente sustituidos por el avance tecnológico y si el carbón, el petróleo y los minerales escaseaban, ya tendríamos tiempo de sustituirlos por la energía nuclear, o por tecnologías que permitieran utilizar otros minerales o incluso de ir a otros planetas a extraer recursos. Tampoco parecían demasiado importantes los recursos extraídos de los ecosistemas como maderas, pesca o alimentos. La “revolución verde” había conseguido aumentar extraordinariamente la producción agrícola a base de usar tractores, abonos nitrogenados, irrigación y mejora genérica ¿qué impedía que se pudieran seguir aumentando los rendimientos a base de avance tecnológico?

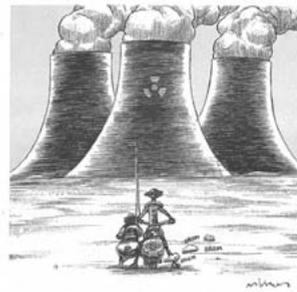
A principios del siglo XXI estamos empezando a ver que ese optimismo basado en el progreso tecnológico era exagerado. Seguimos dependiendo de los combustibles fósiles igual que en los años 70 (para más de un 80% del consumo) y vemos que, cuando se baja a las tecnologías concretas, la sustitución de unos recursos por otros no es tan sencilla.

Según la FAO, por ejemplo, el 75% de los recursos pesqueros mundiales están actualmente en peligro de colapsar o ya lo han hecho. Podemos pensar que no hay problema porque, en teoría, es posible sustituir la pesca por piscicultura. Sin embargo los alimentos para la cría industrial de peces tienen que salir de algún lugar y actualmente, en su mayoría, salen de otras especies marinas, lo que significa mayor presión sobre los océanos ya muy esquilados. Incluso si

consiguiéramos que el pienso de los peces saliera de alimentos cultivados en tierra, estaríamos detrayendo unos nutrientes que podrían ir a la alimentación humana o animal o a ser compostados y enriquecer las tierras. También podemos pensar que es posible sustituir los plásticos por materiales extraídos de plantas, o la madera con materiales sintéticos extraídos del petróleo, pero si todos, tanto el petróleo como los bosques como las tierras fértiles están ya cercanos a sus límites de explotación ¿con qué sustituimos? Además, en la última década se puede constatar que varias tecnologías en las cuales se habían depositado esperanzas están teniendo resultados mediocres o tienen más ventajas que inconvenientes (agroquímicos, ingeniería genética, pilas de combustible...).

En el caso energético la sustitución es más apremiante todavía, porque dependemos de recursos fósiles que no se renuevan. Estamos empezando a ver, por ejemplo, que los stocks de petróleo están alcanzando un nivel crítico a partir del cual los geólogos nos dicen que la extracción se hace forzosamente más lenta. A este momento se le llama pico o cénit y, a partir de entonces, aunque todavía queda por extraer aproximadamente la mitad del petróleo que se estima que existe (encontrado y por encontrar),

la extracción va a ser menor año a año, sin que la tecnología pueda cambiar sustancialmente el declive. Ya existen varios estudios de diversos equipos de investigación que hablan de declives en torno al 2% anual o, en el mejor de los casos, mesetas de extracción hasta 2030, mientras se puede ver que los datos de estos últimos cinco años cuadran con estas previsiones y la producción de



petróleo muestra un claro estancamiento. A pesar de que el problema es pasado por alto en los medios, la propia Unión Europea reconoce en algunos de sus informes que en 2050 deberemos haber sustituido el 90% del petróleo y el economista en jefe de la Agencia Internacional de la Energía, Fatih Birol, resume el problema con una frase: “abandonemos al petróleo antes de que éste nos abandone a nosotros”.

Si los límites de la energía son claros, los límites de los minerales no lo son menos. En teoría, los elementos químicos que extraemos de las minas podrían utilizarse una y otra vez si tuviéramos la precaución de separarlos y reciclarlos. Sin embargo, actualmente estamos extrayendo minerales sin prestar la más mínima atención al reciclaje, y después de una vida de pocos meses, los desechamos en vertederos. Una vez que un mineral es dispersado por encima de un límite o es mezclado de ciertas formas, el reciclaje es prácticamente imposible (requiere enormes cantidades de energía) y los minerales se han perdido para siempre.

Minerales como el cobre, el mercurio, el oro, el estaño o el platino están empezando a mostrar síntomas de agotamiento. La situación es especialmente alarmante para algunos elementos muy escasos en la corteza terrestre que son indispensables para la electrónica (galio, indio, germanio, neodimio, tántalo, lantano...). Son estos elementos los que han hecho posible que la electrónica actual consiga prestaciones elevadas, sin ellos, ordenadores y teléfonos móviles volverían, probablemente, a tener las características de los de los años 90, y, lo que es más grave, sin ellos, la eficiencia de paneles fotovoltaicos, baterías y aerogeneradores, base de las energías del futuro, serían mucho peores.

Además, la crisis energética y la crisis de materiales se realimentan, porque la abundancia de minerales que vivimos se basa en la energía del petróleo. Desde el siglo XX hemos explotado minerales con concentraciones muy bajas que en otros siglos no se creían explotables. Sin embargo, las leyes de la física muestran que extraer elementos puros de minerales de concentración baja requiere mucha más energía que hacerlo de minerales con concentraciones altas, esto es un principio de la naturaleza bien conocido desde hace siglos. La extraordinaria abundancia de materiales que vivimos actualmente, y que permite que algunos vivamos en una cultura del usar y tirar, no se basa sólo en los conocimientos científicos, se basa sobre todo, en la energía barata. El día que lleguemos al pico máximo de extracción de energía (y es muy probable que lo estemos alcanzando en esta década) se acabará también la abundancia de materiales.

Urge, por tanto, encontrar sustitutos que puedan paliar el declive del petróleo, pero no es tarea sencilla. Los picos de extracción del gas

natural, el carbón e incluso el uranio no se espera que se demoren muchas más décadas. Muchos geólogos estiman que antes de 2040 todos estos recursos se encontrarán en declive. Debemos encontrar alternativas no sujetas a agotamiento, y la investigación en los últimos 40 años, se ha centrado en dos: la fusión nuclear y las energías renovables.

La fusión nuclear es, en teoría, una tecnología que resolvería los problemas energéticos durante siglos, ya que se basaría en un “combustible” enormemente abundante como es el hidrógeno. Sin embargo, después de 50 años de investigación y miles de millones de dólares de inversiones, se sigue sin encontrar prototipos que vayan mucho más allá del laboratorio y actualmente depende del uso de minerales como el litio que son raros en la corteza terrestre y muy valorados para otros usos (baterías). Nadie puede saber si la fusión nuclear a nivel industrial va a ser posible algún día, pero muchos dudan de que llegue a ser rentable y más todavía que llegue a tiempo de compensar el declive de las fósiles. Esto mismo puede decirse de algunas tecnologías de fisión nuclear que se han intentado y requieren mucho menos uranio que la actual y, en teoría, podrían ser una alternativa a largo plazo.

Hay que tener en cuenta que la implantación de una tecnología es un proceso largo y costoso en el que intervienen muchos actores. No sólo es necesario conseguir un “invento milagroso” o un descubrimiento en un laboratorio, es preciso un largo proceso de desarrollo y optimización de prototipos, construcción de infraestructuras y creación de empresas con personal cualificado. Muchas tecnologías no llegan a completar el proceso porque, a pesar de ser posibles, no tienen suficiente retorno energético ni económico, es decir, la energía y el dinero que se extrae de ellas es poco comparado con lo invertido para ponerlas en marcha. Muchos inventos posibles no son rentables.

Las energías renovables, por otra parte, están consiguiendo mejores resultados, pero no están exentas de límites y problemas técnicos. La energía eólica destaca por sus altos rendimientos, aunque es muy intermitente y limitada. La energía solar fotovoltaica es bastante más cara porque tiene menores retornos. Retornos energéticos mejores se esperan de la energía solar termoelectrica, aunque su ocupación del espacio es alta. Todas ellas proporcionan electricidad, pero no es

sencillo a partir de ésta conseguir combustibles ni acumular la energía. Es posible que, si empezamos ahora a construir las infraestructuras, lleguemos a tiempo de sustituir el declive del carbón y el gas natural con electricidad de origen renovable. Lo que a muchos no nos parece viable es que las energías renovables puedan conseguir que sigamos con un crecimiento acelerado de la demanda. Es posible que doblar o triplicar la producción actual de electricidad con energías renovables sea un reto excesivamente ambicioso.

De lo que cada vez hay menos dudas es que no tenemos tiempo de sustituir el declive del petróleo. El petróleo es un combustible extraordinario, muy ligero y versátil, que nos ha permitido conseguir enormes potencias y autonomías. Conseguir las mismas prestaciones con cualquier otra forma de acumular energía está muy lejos de lo que se puede conseguir hoy en día. Así, por ejemplo, los vehículos eléctricos con las baterías que se pueden esperar para la próxima década (y a pesar de la mayor eficiencia del motor eléctrico) tienen una capacidad de acumular energía 15 veces menor. Los vehículos de hidrógeno consiguen una autonomía y potencia un poco mayores pero son más caros. Esto significa que, ahora mismo, sustituir el coche de gasolina implica ir a un vehículo peor.

Los únicos combustibles que se acercan a las prestaciones de gasolinas y gasóleos son los agrocombustibles o biocombustibles, que actualmente provienen mayoritariamente de plantas comestibles. Sin embargo, los requisitos de tierras fértiles de estos combustibles son enormes: con los rendimientos actuales necesitaríamos el doble de las tierras arables del planeta para alimentar a los coches actuales. Incluso si los rendimientos se duplicaran o triplicaran (lo que no es sencillo) la cantidad de tierras que necesitaríamos utilizar está fuera de toda lógica. Ya estamos viendo que la introducción de los agrocombustibles está teniendo nefastas consecuencias sobre la deforestación de selvas y la producción de alimentos, a pesar de que actualmente apenas sustituyen al 3% del petróleo.



El desarrollo científico que hemos vivido estos dos últimos siglos tiene un importante talón de Aquiles: la captación de energía y, sobre todo, su acumulación. Tanto la industria como el transporte, la arquitectura, los tractores, la irrigación, la minería, la pesca industrializada o los abonos y pesticidas químicos (sintetizados con petróleo y gas natural), han conseguido mayores prestaciones a base de utilizar mucha más energía que las tecnologías preindustriales, especialmente la versátil energía del petróleo. Y la energía es especialmente importante porque no es un recurso cualquiera, es el recurso que nos permite explotar todos los demás, es, simplemente, como dice la definición física, “lo que nos permite realizar trabajo”.

Muchos argumentan que la escasez energética no tiene excesiva importancia de cara al crecimiento económico porque se observa que las economías más desarrolladas, y que, por ello, usan tecnologías más eficientes, son capaces de generar crecimiento económico con menos consumo de energía. Sin embargo, estas eficiencias que se observan no implican que se genere *más* PIB con *menos* energía, sino que apenas se observa el *mismo aumento* del PIB con un *aumento un poco menor* del consumo energético, pero se ve que, históricamente, el aumento del PIB hasta la fecha siempre ha necesitado un aumento de la energía. Y, cuando se estudia la economía mundial en conjunto, incluso esos tímidos aumentos de la eficiencia se desvanecen. La conclusión que podemos extraer de todo esto es que la sustitución de unos recursos por otros actualmente no es posible, y el aumento de la eficiencia energética que vamos a tener que realizar es mucho mayor de lo que nunca hemos sabido hacer.

Cuarenta años después de la explosión de optimismo tecnológico de los años 70 y viendo el panorama global de la sostenibilidad, es difícil no tener una sensación de alarma y extravío. Hemos confiado en la tecnología para cuadrar el círculo del crecimiento en un planeta limitado pero cada vez es más evidente que hemos fracasado. En realidad, podríamos decir que el auténtico avance tecnológico todavía está por llegar y la tecnología realmente *avanzada* sería aquella que consiguiera mantener los stocks de la tierra; no lo que básicamente hace nuestra tecnología: hacer más grandes los grifos.

Una tecnología realmente de futuro sería aquella capaz de utilizar los bosques aumentando su biodiversidad y extensión; que obtuviera el

máximo de alimentos para la especie humana conservando o aumentando los stocks de tierras fértiles y pesquerías; una tecnología que protegiese y aumentase la biodiversidad y permitiese la vida humana pero también la animal, la vegetal y la salud de los ecosistemas; que reutilizara los minerales a tasas cercanas a 100%; que consiguiera procesos industriales sin residuos, donde los desechos de un proceso son los recursos de otro; que abasteciera con energías renovables todas las actividades humanas y que, por supuesto, consiguiera el bienestar físico y espiritual de todas las personas del planeta.

Sin embargo, cada vez es más evidente que el problema de la sostenibilidad no es tecnológico ni mucho menos. Existen tecnologías que nos permiten conseguir muchas de esas cosas (la agroecología, el urbanismo sostenible, la arquitectura bioclimática, las energías renovables...). Pero no es la tecnología lo que falla, lo que falla es la política y la economía, que no permiten que estas tecnologías se apliquen a gran escala porque *“es preciso crecer y estimular el consumo”*. Son la política y la economía las que necesitan realizar un enorme avance, porque, en gran parte, siguen ancladas a ideas de hace ya siglos y están empujando a la sociedad en una dirección que no nos conduce más que al precipicio.

Tenemos una economía pensada para crecer y urge cambiarla por otra radicalmente diferente basada en la noción de límite. Sin embargo, el crecimiento económico es una dinámica muy arraigada en nuestra sociedad y es la base del propio capitalismo. El préstamo con interés exige que la cantidad de dinero en circulación crezca constantemente, el empresario que recibe un préstamo debe aumentar sus ventas para reembolsar al banco más de lo que recibió, las empresas que cotizan en bolsa deben aumentar sus beneficios para ser atractivas a los inversores.... La actual economía, en especial la ligada a la banca y a los mercados de capital, está diseñada para crecer constantemente y es intrínsecamente inestable: si deja de crecer, se derrumba. Construir una economía completamente diferente de la actual puede parecer algo excesivamente radical pero ¿cuánto tiempo más va a resistir esta economía consumista que requiere crecientes cantidades de energía y materiales que ya no puede conseguir? ¿Es radical pensar en algo diferente o, simplemente, es realista, porque el propio sistema se cae solo?

No es sencillo buscar teorías económicas que nos sirvan, porque casi todas las que actualmente tenemos han sido incubadas en épocas en las que estábamos subiendo rápidamente la curva de producción de energía. Tanto el capitalismo, como el liberalismo, el marxismo, el socialismo, el keynesianismo e incluso el anarquismo, son ideologías pensadas en momentos tecnológicamente muy diferentes. Podemos tomar más o menos aspectos interesantes de estas escuelas pero también debemos ser muy creativos y no cerrarnos a ningún dogma que nos impida ver la realidad.

La economía del estado estacionario y la economía ecológica son dos corrientes de pensamiento económico que sí reconocen los límites del planeta. Proponen soluciones que nos vayan llevando a una economía limitada, y una de las piezas claves para ello es una reforma del sistema bancario y la moneda. Se propone, por ejemplo restringir la capacidad de crear dinero a autoridades sometidas al control democrático, no dejando que los bancos lo creen de la nada mediante deuda. También se baraja la idea de fomentar las monedas locales para favorecer la economía de las comunidades y, por otro lado, fomentar la creación de una moneda internacional libre de especulación para los intercambios entre países.



Moneda Social "puma", Sevilla

Limitar la desigualdad es también una tarea primordial, ya que, en un mundo que no crece, las desigualdades son mucho más perniciosas. Algunas ideas prácticas para llevarlo a cabo son el establecimiento de

salarios máximos y mínimos, el reparto del trabajo o la propiedad de la empresa por parte de los trabajadores.

Gran parte de las empresas convencionales son incompatibles con una economía limitada porque se afanan por conseguir beneficios financieros a base de reducir costes y competir por una cuota de mercado. Los inversores tienden a poner su dinero en los sectores en expansión de la economía, animando a un crecimiento todavía mayor. Sin embargo, no todas las empresas se ven forzadas a esas dinámicas de crecimiento. Las cooperativas, las empresas familiares, las entidades públicas o sin ánimo de lucro tienen como fin el empleo y son compatibles con una economía que no crece.

Otra de las medidas en mayor o menor medida inevitable es deshacer, al menos en parte, la globalización económica, porque ésta depende enormemente del transporte, y el pico del petróleo está haciendo que el comercio internacional actual tenga cada vez menos sentido. Producir de manera más local es una de las medidas de ahorro de petróleo más importantes y es además una buena forma de estimular el empleo y el reparto de la riqueza, ya que la globalización ha servido para concentrar enormemente la producción y eliminar numerosos puestos de trabajo.

En realidad, muchas de estas ideas no son originales, son ideas que los movimientos sociales críticos llevan proponiendo desde hace décadas y se han experimentado a pequeña escala en numerosas iniciativas de economía social y solidaria. Pero una cosa es conocer las soluciones y otra llevarlas a la práctica. Como dice Rob Hopkins, promotor del movimiento de las ciudades en transición, nos hemos hecho adictos al petróleo, y no es lo mismo saber que uno es adicto a algo y querer dejarlo, que hacerlo y conseguirlo. Debemos ir, como un adicto, poco a poco deshaciendo todos los bloqueos que nos impiden seguir la dirección correcta antes de poder avanzar.

Muchos de estos bloqueos, en mi opinión, tienen su origen en todos los sueños de futuro y mitos tecnológicos que incubamos, precisamente en aquellos años en los cuales se hicieron los estudios sobre los límites del crecimiento, los años 70. El mito del progreso basado en la tecnología, el consumismo, el automóvil, la microelectrónica, los grandes hipermercados, la velocidad y la

competitividad... Todo eso que hemos considerado “futuro” y “progreso” va siendo hora de que nos planteemos si realmente lo es.

¿Es progreso concentrar la producción de alimentos en grandes explotaciones muy mecanizadas, tener un mercado único en todo el planeta y consumir en grandes superficies ahora que el petróleo nos abandona y a pesar de que esta agricultura deja sin trabajo a millones de campesinos y los condena al hambre? ¿Por qué no se considera progreso producir alimentos a base de fincas medianas, trabajadas por agricultores orgánicos que no dependen de las empresas de agroquímicos y cuya producción se distribuya en mercados locales, exportando únicamente cuando las necesidades básicas de la población han sido cubiertas? ¿Es progreso seguir investigando en fabricar teléfonos móviles más potentes y compactos que dentro de una década no podrán fabricarse porque no quedarán tierras raras? ¿Por qué no es progreso diseñar aparatos electrónicos con componentes sencillos y estandarizados que se puedan reutilizar para otras aplicaciones y que estén diseñados para durar y ser reciclados? ¿Por qué no considerar progreso el investigar en nuevas formas de gobierno, o en nuevas formas de organizar la sociedad y la economía? ¿No podríamos subvencionar la “investigación en organizaciones humanas” o la formación política como subvencionamos la investigación tecnológica?

A pesar de lo grave de la situación, tampoco seríamos justos si nos dejáramos caer en el desánimo. Estamos empezando la cuesta abajo, pero aún somos “ricos”, todavía tenemos la mitad del petróleo y muchos recursos naturales. Todavía tenemos la posibilidad de permitir a la población mundial vivir razonablemente bien si sabemos racionalizar nuestro consumo y no basar nuestra sociedad en algo tan absurdo como el usar y tirar. Quizá el único problema sea que estamos buscando el futuro en una dirección y el futuro está en otra: está prácticamente atrás.

El estado de la humanidad en este principio del siglo XXI se parece al de un montañero que viera cómo su camino se hace cada vez más impracticable. Si es una persona sensata, se plantearía si merece la pena seguir esforzándose en avanzar o es mejor pararse a pensar si se ha extraviado y debe volver atrás para recuperar la pista. Quizá la encrucijada en la cual perdimos el rumbo esté en los años 70, y quizá

lo único que tenemos que hacer es dar la vuelta, volver atrás y tomar el camino que no tomamos. Aunque a todos nos cuesta reconocer que nos hemos perdido y es bastante desalentador tener que desandar lo andado, no hay que olvidar que, como decía Mario Benedetti, volver no implica retroceder y retroceder también puede ser avanzar.

IV.
De vidas vivibles y producción imposible

De vidas vivibles y producción imposible

Amaia Orozco
*Economista y feminista*¹⁶.

La crisis actual muestra la *imposibilidad* de este sistema para generar *vidas vivibles*. Desde la izquierda, corremos el riesgo de ver la *producción* como única alternativa frente al pandemónium de los mercados financieros. Pero ¿de qué hablamos cuando hablamos de *la crisis*?

Estamos viviendo un cambio imparabile que no podemos dejar al arbitrio del libre mercado. Para afrontarlo bajo criterios de justicia, es urgente romper con las miradas habituales de la crisis, tanto con la hegemonía de la ortodoxia, secuestrada por los mercados financieros, como con aquella mirada frecuente en la heterodoxia que se centra en la *economía real*, que sigue creyendo en la recuperación de la *producción*. La economía feminista, que es feminista en tanto en cuanto contiene una *pretensión de subversión*¹⁷, puede jugar un papel clave en este sentido. Este texto no pretende ofrecer respuestas, sino abrir preguntas desde una apuesta analítica y política concreta: poner la sostenibilidad de la vida en el centro. Se recogen debates que hemos ido teniendo desde la economía feminista y que entran en diálogo con otras perspectivas críticas. No busca ofrecer ningún tipo de solución, sino lanzar ideas para sentarnos en una plaza, debatir y empezar a balbucear respuestas colectivas. Es preciso señalar que se localiza en el contexto concreto del estado español, y de Madrid en concreto, por lo que muchos de los ejemplos o afirmaciones responden a esa realidad, especialmente el apartado último sobre el 15M. Sin embargo, tenemos la esperanza de que esto no impida una discusión más amplia con miradas propias de otros lugares.

La estructura del texto es la siguiente: Para entender la crisis civilizatoria son imprescindibles miradas críticas que se rebelen contra los mercados; una de ellas es la mirada desde la sostenibilidad de la vida (artículo “*Desde dónde (no) mirar la crisis*”). Este artículo ahonda en qué implica esta mirada y cómo se lee la crisis desde ella: en qué consiste la crisis (artículo “*Pero, ¿de qué crisis estamos hablando?*”), cómo se produce el ajuste y cuáles son las consecuencias que está teniendo (artículo “*¿Quién y cómo se encarga del ajuste?*”). Ante esta crisis civilizatoria, la contrapropuesta no puede ser recuperar la producción (artículo “*Entonces: ¿producir o reproducir?*”), sino abrir dos debates: qué es la *vida vivible*, la vida que merece la pena ser vivida, y cómo colectivizar la responsabilidad de garantizar sus condiciones de posibilidad (artículo “*Dos debates: qué vida sostener y cómo hacerlo*”). Estos debates han de ser radicalmente democráticos; en un contexto donde no existen estructuras de democracia real, el 15M contiene la potencia necesaria para abrirlos (artículo “*Volviendo a pensar la economía desde la política: el 15M*”).

Desde dónde (no) mirar la crisis

La mirada hegemónica que se nos impone para pensar la crisis posiciona en el centro de atención a los mercados financieros, sus procesos, lógica y necesidades, entendiendo que el conjunto social es unilateralmente dependiente de su buen funcionamiento. Esta mirada se caracteriza por su obscurantismo, respaldado por la complejidad del aparataje financiero. Solo los expertos pueden entender qué ocurre y así dilucidar la respuesta adecuada para restablecer el equilibrio mercantil y, de manera derivada, el bienestar. A esta mirada podemos calificarla como una *teocracia mercantil*¹⁷, porque impone las necesidades del proceso de valorización del capital financiero como una especie de *designio divino* inescapable (esto es, que ha de acatarse al margen de la voluntad humana) e inescrutable (los tecnócratas se convierten en sacerdotes mediadores entre la divinidad y el vulgo). Desde el feminismo afirmamos que lejos de ser un discurso tecnicista neutro, la *teocracia mercantil* es una mirada androcéntrica que no solo no es útil para los propósitos emancipadores feministas, sino que resulta tremendamente

peligrosa, toda vez que impone como única visión verdadera aquella que sostiene el statu quo y relega el bienestar del conjunto social a una posición periférica y subalterna. Dicho de otra forma, desde la economía feminista el capitalismo financiero lejos de ser naturalizado o, peor, divinizado, es cuestionado.

Hay otra mirada, con fuerte presencia entre la heterodoxia, que cae en lo que podríamos denominar un *estrabismo productivista* (Picchio, 2009). Esta perspectiva parte de una dura crítica a la subordinación de la *economía real* al capital financiero. Su foco de atención es el proceso de *producción* y los elementos asociados al mismo: trabajo (remunerado), salario, consumo, demanda agregada, inversión, gasto público, etc. Esta mirada sigue anclada en los mercados, si bien en los de bienes y servicios y no en los financieros. El estrabismo productivista tiene una vertiente feminista¹⁹, que pone el acento en la presencia diferencial de mujeres y hombres en los mercados y, sobre todo, en el mercado laboral. El leit motif de este *feminismo productivista* es demostrar que, al final, siempre *las mujeres, peor*²⁰.

En este artículo intentamos dar una alternativa a esas dos opciones, desde la convicción de que estamos afrontando una crisis sistémica y civilizatoria, en la que lo que necesitamos cuestionar es el conjunto del “proyecto modernizador”, la idea misma de desarrollo, progreso y crecimiento²¹. Frente a la existencia de un discurso hegemónico que legitima y fomenta un sistema que es insostenible e injusto, es urgente la confluencia y el diálogo de miradas críticas que arranquen desde fuera de los mercados, desde un terreno de juego distinto. Aquí se sitúan propuestas de corte más activista, como el decrecimiento desde el ecologismo social; más académico, como el post-desarrollo; o de política aplicada como el buen vivir o vivir bien (sumak kawsay en kichwa en Ecuador y suma q’amaña en aymara en Bolivia, respectivamente, ambos recogidos en sus constituciones)²². En este texto se añade la mirada desde la sostenibilidad de la vida (Carrasco, 2009). No se plantea como la única alternativa, o la mejor de ellas, sino como una más en confluencia y comunicación con otras.

Poner la sostenibilidad de la vida en el centro significa considerar el sistema socioeconómico como un engranaje de diversas esferas de actividad (unas monetizadas y otras no) cuya articulación ha de ser valorada según el impacto final en los procesos vitales. Aquí van

ligadas dos preguntas: cuál es esa vida cuyo sostenimiento vamos a evaluar, qué entendemos por vida digna de ser vivida, o de ser sostenida; y cómo se gestiona dicho sostenimiento, cuáles son las estructuras socioeconómicas con las que lo organizamos. Como argumentaremos a lo largo del texto, la construcción ética hegemónica sobre la vida es perversa en diversos sentidos. Entre otros, porque escinde vida humana y naturaleza, impone un sueño loco de autosuficiencia y negación de la vulnerabilidad, e identifica bienestar con consumo mercantil en permanente crecimiento. También están pervertidas las estructuras socioeconómicas actuales porque ponen la *vida* al servicio del capital y, por tanto, establecen una amenaza permanente sobre ella.

Pero, ¿de qué crisis estamos hablando?

Usamos de forma recurrente el vocablo *crisis*, a veces como un fenómeno omnímodo: LA crisis; a menudo acompañado de epítetos mercantilistas: crisis de la deuda, crediticia, bancaria, de rentabilidad...; menos frecuentemente como fenómeno de corte más social o ambiental. Ante semejante polisemia, es preciso aclarar a qué nos referimos cuando usamos la palabreja desde la mirada de la sostenibilidad de la vida. Para ello, tenemos que empezar por diferenciar dos momentos: el previo y el posterior al estallido financiero de 2007.

Crisis multidimensional antes del estallido financiero

Antes del estallido, las miradas críticas ya señalábamos la existencia de una profunda crisis multidimensional para referirnos, al menos, a tres cuestiones: a la crisis ecológica de dimensiones globales; a la crisis de reproducción social que afectaba al Sur global; y a la crisis de los cuidados en el Norte global. La crisis ecológica abarca diversas dimensiones interconectadas: cambio climático, agotamiento de los recursos naturales, y colapso de la biodiversidad. Por crisis de reproducción social nos referimos a que el conjunto de expectativas de reproducción material y emocional de las personas resulta inalcanzable, pudiendo, a menudo, derivar lisa y llanamente en

muerte, como ocurre con la crisis alimentaria. La noción de crisis de los cuidados afecta a una dimensión concreta de dichas expectativas de reproducción: los cuidados, implicando que los arreglos del cuidado son insatisfactorios, insuficientes, precarios y no libremente elegidos.

Estas diversas dimensiones de la crisis están interrelacionadas. Los factores desencadenantes son en ocasiones comunes. Por ejemplo, la explosión del transporte motorizado y el asociado modelo de crecimiento urbano están en el corazón de la crisis ecológica, pero también de la crisis de los cuidados, porque imponen una construcción urbana donde los arreglos de la cotidianidad se vuelven cuasi imposibles. Las dinámicas desencadenadas por las diversas dimensiones de esa crisis también están interconectadas. La crisis de reproducción social está en la génesis del proceso de globalización (y feminización) de las migraciones. A su vez, el cierre reaccionario de la crisis de los cuidados deriva en la apertura de oportunidades laborales en el sector precarizado de los cuidados, donde encuentran empleo cada vez más mujeres migrantes. Se conforman cadenas globales de cuidados que son la encarnación cotidiana de la expansión transnacional de un sistema socioeconómico donde la vida y su cuidado es un asunto a resolver en lo privado y por las mujeres²³.

En última instancia, lo que estábamos denunciando es que el proceso de valorización de capital se daba a costa de la explotación de los recursos naturales y de la vida humana misma, tanto en el Sur global como en el Norte global (si bien esta explotación tenía características e intensidades muy diversas). En el mejor de los casos, la vida y sus necesidades eran un medio para el fin de acumulación de capital; en el peor, un estorbo y lo más rentable era destruirla. A esto lo habíamos denominado conflicto capital-vida (agudizado con la financiarización de la economía). Estábamos visibilizando las deficiencias estructurales de un sistema depredador, que no solo era capitalista, sino también heteropatriarcal, antropocéntrico, e imperialista y, por eso y ante la dificultad de darle nombre, nos referíamos a “esa escandalosa Cosa” (Haraway, 1991). Estábamos luchando por que se reconocieran como crisis profundas y acumuladas estos gravísimos ataques a los procesos vitales. Hablábamos de crisis civilizatoria porque atravesaba el conjunto de las estructuras (políticas, sociales, económicas, culturales, nacionales), pero también de las

construcciones éticas y epistemológicas más básicas (la propia comprensión de la *vida*). Y, sin embargo, no habíamos logrado consenso social para entender todo lo anterior como una crisis, sino que seguíamos hablando de procesos de *desarrollo* impulsados por la globalización de la economía de libre mercado.

El estallido financiero y la respuesta política

Llega entonces el estallido financiero y, automáticamente y sin cuestionamiento alguno, le otorgamos el nombre de crisis; es más hablamos de LA crisis, a la que además calificamos como global. Lo que se produce primeramente es una quiebra en el proceso de valorización de capital en los circuitos financieros de los países del Norte global. No es, en principio, una quiebra directa de los procesos vitales ni tampoco reviste carácter mundial. En ese sentido, no es una crisis, porque no está en crisis –o no tan agudamente- el proceso vital. La clave aquí es la respuesta política que se da al estallido financiero. Y, de nuevo, tenemos que distinguir dos momentos.

En una primera y breve etapa, de forma sorprendente pareció cuestionarse el consenso post-Washington, se habló de refundar las bases del capitalismo y pareció apostarse por medidas de corte keynesiano (una apuesta por la *producción* frente a las finanzas). Desde una perspectiva productivista, esta reacción puede considerarse acertada (intento de recuperación de los mercados salvaguardando el empleo, como máxima forma de proteger las condiciones de vida de la población). Desde el feminismo se planteó incluso como una *ventana de oportunidad* para la inversión pública hacia sectores intensivos en mano de obra que implicaran la socialización del cuidado y oportunidades de empleo para las mujeres. Desde una perspectiva de sostenibilidad de la vida, la valoración no es tan halagüeña. Ya estaban olvidándose las dimensiones de la crisis que se habían intentado visibilizar. Había grandes debilidades intrínsecas, pero, sobre todo, el problema era que esa respuesta era una apuesta por negar la existencia de esa contradicción profunda capital-vida. El breve lapso que nos duró el espejismo de pensar que el sistema socioeconómico podía transformarse desde dentro muestra que la vía de la paz social (de insistir en la posibilidad de conciliar el proceso de obtención de ganancia, y los procesos de sostenibilidad de

la vida) tiene unos límites clarísimos: cuando esa *paz* exige hacer renunciaciones al proceso de valorización, llega el ataque desde ahí, porque es ahí donde reside el poder. El conflicto se desata desde el terreno que pone en jaque la vida misma, empezamos a abordarlo en campo contrario.

Así se pasó al segundo momento de la respuesta política en el cual estamos inmersxs²⁴ a día de hoy, caracterizada por el hecho de que los estados se escoran hacia las necesidades y exigencias de los mercados financieros. Se están socializando los riesgos del capital con medidas tales como los rescates bancarios, los diversos mecanismos que implican la socialización de la deuda privada de bancos y grandes empresas, y la apertura de nuevos nichos de mercado con la privatización de instituciones financieras y servicios públicos. Al mismo tiempo, se privatizan los riesgos de la vida, los de la ciudadanía misma, con el conjunto de medidas que forman parte de los paquetes de austeridad y recorte²⁵.

Esta privatización implica un estrechamiento del nexo calidad de vida-posicionamiento en el mercado, porque el acceso a recursos deja de tener algún tipo de garantía colectiva y queda en manos privadas: a lo que los hogares acceden vía mercado o vía trabajo no remunerado. Todo ello, a la par que empeora el acceso a fuentes estables y suficientes de ingresos y que se desregula el mercado laboral, implicando un peor acceso a derechos sociales y una individualización de la negociación de las condiciones laborales. En definitiva, tienden a desaparecer los ya de por sí insuficientes mecanismos colectivos para garantizar el acceso a condiciones de vida dignas en términos de universalidad, y en desfachatado contraste se refuerzan los mecanismos que colectivizan la responsabilidad de garantizar la generación de tasas de ganancia suficientes para el capital. Es un ataque directo a los procesos de sostenibilidad de la vida. Aquí sí ya, con toda contundencia, debemos hablar de crisis.

¿Quién y cómo se encarga del ajuste?

El proceso de valorización en los mercados financieros quiebra y el estado responde, readaptando su papel para que dicho proceso se

recupere. Pero ¿dónde se produce el ajuste final, en términos de reacomodar el proceso de sostenibilidad de la vida a las nuevas condiciones impuestas por los mercados financieros? Ante la inexistencia de otro tipo de mecanismos de respuesta colectiva, es en los hogares donde se sigue intentando garantizar la generación cotidiana de bienestar concreto para personas concretas. Una vez más, se ve lo ya constatado para otras crisis: son los hogares el colchón último del sistema socioeconómico, el lugar donde en última instancia se absorben los shocks que se producen en otras esferas²⁶.

Nuevas estrategias de supervivencia: privatizadas, globales y feminizadas

¿Cómo se produce este ajuste? Mediante el despliegue de *nuevas estrategias de supervivencia*. Los hogares se las ingenian para afrontar el contexto explicado de, por un lado, privatización del acceso a los recursos y la gestión de los riesgos vitales, y, por otro, pérdida de fuentes de ingresos estables y suficientes. Entre las estrategias podemos mencionar, al menos, tres. En primer lugar, la búsqueda de nuevas fuentes de ingresos, intentando encontrar empleo en sectores que se habían abandonado; por ejemplo, la vuelta al sector agrícola o al empleo de hogar de parte de la población autóctona. O bien con la inserción en el mercado laboral de sujetos que antes estaban fuera, como es el caso de mujeres mayores ante el desempleo de sus maridos. Esto supone una transformación de los roles económicos de los sujetos y una comprensión diferente de la *normalidad económica*²⁷. A la par que van paulatinamente volviéndose borrosas las fronteras que separan la economía formal de la informal, en una vuelta de tuerca al ya señalado proceso de *domesticación del trabajo*, que abarca y desborda el fenómeno de precarización del empleo. Tener un empleo y, por tanto, un salario directo, es cada vez menos garantía de acceso a salario indirecto o diferido (prestaciones y derechos contributivos). ¿Puede empezar a expandirse la realidad prototípica del mercado laboral estadounidense de los “trabajadores pero pobres”²⁸?

En segundo lugar, se produce una traslación de costes y responsabilidades hacia el trabajo no remunerado. Si ya no es posible acceder a ciertos bienes y servicios de mercado y hay otros que el

sector público deja de proporcionar, una alternativa es reducir los niveles de consumo. Pero hay otros recursos de los que no se puede prescindir, y cuya producción se vuelca al trabajo no pagado. Esto es claro con los cuidados a raíz de los recortes en el gasto público. Ya en otras crisis se ha denunciado la derivación de costes a estos trabajos, que de manera implícita se dan por infinitamente flexibles y que, sin embargo, no lo son. En este sentido, la crisis se *resuelve* trasladando una enorme carga laboral a ciertos segmentos sociales (mayoritariamente mujeres).

En tercer lugar, se despliega lo que se ha denominado una *economía de retales*, en la que los diferentes miembros de los hogares ponen en común todos los recursos disponibles (de tiempo, haciendo gratis cosas que antes se compraban; de dinero, generando flujos financieros alternativos e informales; espaciales, compartiendo casa; de información, etc.). Esto unido a una ampliación de las fronteras del *hogar*, con una vuelta a la familia nuclear de jóvenes (y no tan jóvenes) que se habían emancipado parcialmente, o con un reforzamiento de la familia extensa. Esta economía de retales es sumamente elocuente de una cuestión clave sobre la que volveremos: la realidad económica es una realidad de interdependencia. La cuestión es que la red que se hace cargo de esa interdependencia sigue estando sumamente asociada a los modelos tradicionales de familia; no parece que surjan formas alternativas de organizar la convivencia y de compartir recursos... ¿es esto realmente así? En ese caso, ¿por qué?

Difícilmente podemos contestar a esas preguntas, porque de estas nuevas estrategias de supervivencia sabemos poco. Por un lado, hay pocos datos sobre los trabajos en sentido amplio: las estadísticas se focalizan en el mercado laboral y olvidan los trabajos no pagados; la domesticación del trabajo supone que proliferan realidades laborales borrosas, difícilmente captables con categorías pensadas para el mercado laboral formal; y ni sabemos hoy ni nunca hemos sabido qué está pasando en sectores históricamente feminizados (e invisibilizados) como el empleo de hogar y el trabajo sexual. Por otro, no se presta suficiente atención al ámbito micro de ajuste del sistema: los hogares. Son pequeños aspectos de la cotidianeidad, imperceptibles para las estadísticas al uso y las visiones macro.

A pesar de esas carencias, algo sabemos... Merece remarcar dos características de estas nuevas estrategias de supervivencia, además del hecho de que estén privatizadas (relegadas a los hogares). El primer elemento a destacar es que son globales, no se toman pensando en el estricto ámbito de los estados-nación, sino en términos transnacionales. La crisis no puede pensarse ni afrontarse desde una perspectiva constreñida a las fronteras nacionales no solo porque los mercados están globalizados, sino porque hemos construido y seguimos reforzando lazos interpersonales de carácter global. La gente está migrando o proyectando migrar; tanto quienes lo habían hecho previamente como quienes inician una nueva migración (cada vez más gente joven con altos niveles educativos). Los países del centro estamos comenzando a formar parte del proceso de globalización de las migraciones cada vez más en calidad de *países de origen*. Esto obliga a tener mucho cuidado en comprender los dinámicos procesos de segmentación social. La migración desde los países del Norte global se da en un contexto de hegemonía mundial y de mercados laborales etno-segmentados en todos los lugares: la migración del Sur hacia el Norte implicaba la inserción de la población migrante en los estratos más bajos del mercado laboral, dando lugar a nuevos tipos de “clases sirvientes” (Sassen, 2008); pero la migración desde el Norte puede implicar la aparición (o engrosamiento) de nuevas élites blancas. A la par que se observa un proceso de periferización de algunos países del centro.

El segundo elemento a destacar es que se trata de estrategias feminizadas o, dicho de otra manera, que el ajuste está sexuado. Mientras que la construcción de la identidad masculina se entiende como la construcción de sí para sí a través del mecanismo clave del trabajo en el mercado; la construcción de la feminidad pasa por la construcción de sí para el resto a través de la realización del conjunto de trabajos y actividades necesarios para que el hogar salga adelante. A pesar de las fugas y fracturas que se estaban produciendo en esta forma de entender a los sujetos sexuados, cabe preguntarse si, en momentos de crisis, no tienden a reforzarse. El desempleo masculino a menudo deriva en un doloroso proceso de pérdida de identidad, de *sentido de la vida*. Frente a ello, quienes tienden a reaccionar son las mujeres, buscando nuevas fuentes de ingresos, intensificando el trabajo no pagado, o creando redes de intercambio. Es decir, desplegando las estrategias de las que hablábamos. Este proceso, que

se observó con claridad en la América Latina de los 80 y 90, difícilmente podría ser mejor expresado que en la película “Los lunes al sol” de Fernando León de Aranoa, en la que un conjunto de manos invisibles (manos que la pantalla invisibiliza) siguen haciendo no se sabe bien qué, pero un algo que sostiene los hogares que ya no pueden contar con el salario de esos *cabezas de familia* que han sido despedidos de los astilleros. Si recordamos, el único que sucumbe es aquel que vive solo, sin una mujer. ¿Hasta qué punto esta construcción sexuada de las responsabilidades económicas se refuerza con la crisis? ¿Hasta qué punto las fugas que ya se habían producido modifican el panorama?

Hipersegmentación y crisis de reproducción social

¿Son suficientes estas estrategias para ajustarse a las nuevas condiciones de privatización de los riesgos de la vida? No, claramente no lo son, o no para todas las personas ni todos los grupos sociales. Por eso, y salvo que se dé un giro copernicano al actual sentido de las políticas, se está produciendo y va a intensificarse un proceso de hipersegmentación social y una crisis de reproducción social.

Con la respuesta política al estallido, hay ciertos grupos sociales que están enriqueciéndose. Decíamos antes que se socializan los riesgos del capital, pero más correcto sería decir que se socializan los riesgos de ciertas élites financieras, en cuyas manos se va concentrando la riqueza a ritmo cada vez más vertiginoso. Frente a este acaparamiento por parte de una minoría de la población mundial, aquella a la que el movimiento *occupy* se refiere como el 1%, amplios segmentos sociales viven un proceso de intensificación de lo que desde el feminismo habíamos llamado *precariedad en la vida*²⁹. Las dimensiones de esta precariedad que van a agravarse así como la virulencia de dicha intensificación no van a ser uniformes ni homogéneas. Habrá quien se quede desahuciada y con una deuda tremenda con el banco. Habrá quien tenga que encargarse veinticuatro horas al día de un anciano en situación de dependencia, sin acceso a ninguna prestación, y entremedias se fastidie la espalda y no pueda ir al traumatólogo. Habrá quien pierda sus redes afectivas porque el único curro que le ha salido es muy lejos de su ciudad. En otros casos, de una situación de precariedad se irá pasando a una situación de exclusión. Decíamos

hace tiempos que entre la precariedad y la exclusión no había solución de continuidad, y que, de hecho, la exclusión funcionaba como una amenaza para acatar la pérdida de derechos que estaba en la génesis de la precariedad. Este proceso de amenaza, de inocular miedo, se refuerza con la crisis. Caso claro es el de la irregularidad sobrevenida, fenómeno que afecta a personas migrantes que tenían una situación administrativa ya regularizada, pero que, al perder el empleo, pierden *los papeles*, pudiendo llegar a situaciones absurdas en las que sean no-ciudadanxs, pero sí estén hipotecadxs. Otro caso es el de las mujeres viviendo situaciones de violencia machista que no pueden separarse por el agravamiento de las dificultades financieras.

Lo que presenciamos no es una cuestión de dualización social, sino un fuerte aumento de las desigualdades sociales. El impacto de la crisis varía según diversos factores: el posicionamiento de cada quien en los mercados (si se tiene o no acceso a rentas no salariales, y cuál es la inserción que se tiene en el mercado laboral), las redes familiares o sociales de las que se disponga y el estatus de ciudadanía. Los procesos de inclusión/exclusión discurren a lo largo de un hilo de continuidad donde las vías y las dimensiones mismas de la exclusión son sumamente complejas y diversas. La desaparición de mecanismos colectivos de gestión de la vida, en general, y de los riegos de la vida, en particular, lo que permiten es que se desplieguen en todo su esplendor los mercados, poderosas instituciones de multiplicación de las desigualdades.

En última instancia, decir que el ajuste de y en los hogares es insuficiente significa decir que la crisis multidimensional que precedía al estallido financiero va a agravarse. Las preocupaciones ecológicas pierden el poco fuelle que tenían frente a lo que se perciben como los verdaderos problemas graves y urgentes. La crisis de los cuidados en el Norte global se agudiza, por la pérdida de servicios y prestaciones públicas, la traslación de cargas al trabajo no remunerado y la posibilidad de que se deteriore el estado general de salud. Y la crisis de reproducción social, además de poder agravarse en los países del Sur³⁰, sin lugar a dudas va a comenzar a ser una realidad cotidiana en los países del Norte, que nos creíamos inmunes y a salvo.

Entonces: ¿producir o reproducir?

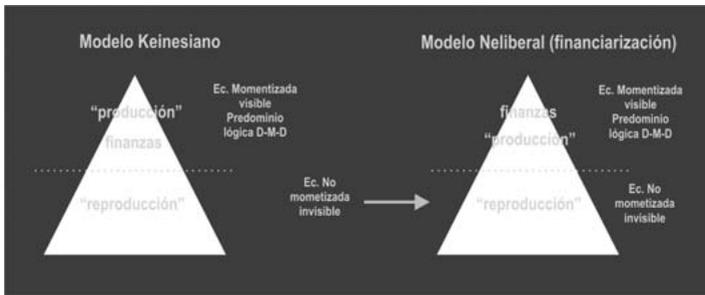
Desde las visiones productivistas, la clave es recuperar el *crecimiento económico*, la *producción* y sus bondades asociadas (empleo, salarios, consumo). El feminismo productivista pone también aquí el énfasis, reivindicando que esa recuperación no se haga forzando a las mujeres a volver a los hogares (evitando que, en un contexto de escasez de puestos de trabajo, estos se adjudiquen prioritariamente a los hombres) y/o que no refuerce un modelo de ganador y medio (copando los hombres los puestos a tiempo completo y dejando a las mujeres encasilladas en el tiempo parcial). Estas reivindicaciones levantan importantes debates sobre la autonomía monetaria y en derechos de las mujeres, pero no pueden evitar seguir inserta en una lógica de *competencia por los empleos* que, en última instancia, es indicativa de un problema más profundo: la reivindicación de la producción es en sí el gran error.

La idea de la *producción* ha recibido fuertes críticas desde varias miradas, entre ellas, el ecologismo social y el feminismo. Desde el ecologismo social se afirma que la “metáfora de la producción” (Naredo, 2006) se ha adueñado de nuestra forma de interpretar el mundo, generando una falsa creencia en la capacidad de producir riqueza como un proceso de *desarrollo* progresivo y creciente sin límite que sería el objetivo por excelencia. A su servicio estaría el planeta, el conjunto de recursos naturales disponibles para que el hombre (en su acepción metonímica) los domine y utilice para ir constituyendo civilización. Sin embargo, los sistemas socioeconómicos son subsistemas abiertos, que extraen recursos y absorben energía, y generan residuos y emiten energía degradada. Estos subsistemas abiertos funcionan en un sistema cerrado, la biosfera, que no intercambia materiales con el exterior y muy poca energía (la solar); en este sistema cerrado la única producción es la de la fotosíntesis, y es muy poca. Es decir, extraemos y transformamos, pero no producimos nada. La producción no existe, es una fantasía antropocéntrica que tiene una única forma de mantenerse: disponer de un medio fantasma de acumular esa supuesta riqueza creada, el dinero. El dinero, que no existe más que en la medida en que la gente crea que existe, no solo se convierte en el fin del proceso económico, en medio de acumulación y no de mero intercambio, sino que es el *sine qua non* para el funcionamiento de la metáfora de la producción.

Desde el feminismo se afirma que el otro oculto de la producción es la reproducción, en un esquema epistemológico heteropatriarcal que está en la base de la explotación de la naturaleza y la opresión de las mujeres. Este esquema se caracteriza por interpretar el mundo de manera dicotómica: comprender la realidad organizada en pares opuestos (bueno/malo, producción/reproducción), con una valoración jerárquica del binomio (la producción es el progreso, lo deseable) y donde el miembro valorado termina arrogándose el todo, la universalidad (solo vemos y hablamos de la producción). Además, hay un encabalgamiento entre toda dicotomía y las dos clave de masculino/femenino, civilización/naturaleza. La producción encarna valores de la masculinidad, y usa la naturaleza feminizada para construir civilización. Desde aquí, se produce una disociación entre la producción, el progreso, objetivo civilizatorio, y la mera reproducción, el sostenimiento, condición que debe superarse. Lo plenamente humano es trascender, y entra en contradicción con la inmanencia. Desde aquí, la economía de mercado es un estadio de civilización superior a las *economías de subsistencia*, porque permite colmar deseos, y no simplemente satisfacer necesidades. Lo plenamente humano es crecer, poner la vida al servicio de algo superior a la vida misma. Ante esta epistemología perversa, la cuestión no es solo visibilizar que, además de producir bienes y servicios, también se reproducen personas. Sino señalar que ambos procesos no están escindidos, que la producción solo nos importa en la medida en que reproduce vida. La reproducción es la lente desde la que mirar el conjunto, el eje transversal. Y, al aplicar esta lente transversal, hay que romper con la noción de que lo humano es superarse, progresar, menospreciando el proceso en sí de mantenimiento. Dicho de otra forma: se argumenta que no hay contradicción entre el objetivo de *vivir bien* y la sostenibilidad. Se trata de apostar por una vida que merezca la pena ser vivida, por vivir bien, en palabras de Tortosa (2009): Buen Vivir es “la idea de una vida no mejor, ni mejor que la de otros, ni en continuo desvivir para mejorarla, sino simplemente buena”.

El proceso de financiarización supone una vuelta de tuerca en esas perversiones. Por un lado supone que el dinero, por primera vez, es capaz de crear dinero. Esto implica perder por completo de vista toda perspectiva y noción de los límites físicos, por disociar por completo las nociones de *crecimiento* y *progreso* de la materialidad que las

sustenta. Por otro lado, la financiarización supone un agravamiento del conflicto capital-vida³¹, al establecer plazos cada vez más cortos para satisfacer el proceso de valorización de capital, generándose una disociación absoluta con los ritmos vitales (los de todos los procesos naturales, incluidos los humanos). Con la financiarización, la *economía real* se pone al servicio de las finanzas, cierto, pero la base invisibilizada que sostiene el conjunto sigue siendo la *reproducción*, el conjunto de esferas donde se recluye la responsabilidad de sostener la vida en un sistema que coloca la vida al servicio del proceso de valorización (en el ciclo del capital industrial y/o mercantil, antes; del capital financiero, ahora).



Por todo ello, la desfinanciarización de la economía (el conjunto de medidas tendentes a poner control en ese *casino global*) es clave, pero encierra en sí preguntas que van más allá: ¿queremos una reforma que implique un mayor control y transparencia? ¿O queremos unas finanzas que no estén bajo la lógica de valorización, apostando, por ejemplo, por una banca pública? ¿O más bien se trataría de apostar por pequeñas entidades financieras cercanas a la comunidad y bajo control democrático local? O, incluso ¿queremos un nuevo papel del dinero, volviendo a situarlo como medio de intercambio y no de acumulación? ¿Queremos que el dinero tenga algún tipo de vínculo con los recursos naturales existentes?

La pregunta se transforma: no se trata de cuestionarnos cómo volver a poner las finanzas al servicio de la producción, sino de qué transformaciones radicales son necesarias para reproducir las

condiciones de posibilidad de una vida que merezca la pena ser vivida, y de qué flujos materiales y de energía disponemos realmente para lograrlo.

Dos debates: qué vida sostener y cómo hacerlo

Ante la crisis civilizatoria, tenemos que abrir muchos debates y, de forma clave, los dos siguientes: a qué nos referimos cuando hablamos de una vida que merece la pena ser sostenida; y con qué estructuras reproducimos sus condiciones de posibilidad. A la noción éticamente codificada y democráticamente discutida de vida vivible en condiciones de universalidad e igualdad en la diversidad podríamos llamarla *buen vivir*.

Una vida que merezca la pena ser vivida: el buen vivir

¿De qué vida estamos hablando? Al hablar de *la vida* hay un riesgo implícito de pensar que “existe una vida más allá del capitalismo, como si toda vida no estuviese ya inmersa en las relaciones actuales de dominio: de nuevo, existe el peligro de esencializar la vida, crear una especie de paraíso en algún lugar utópico al que deberíamos poder acceder” (Gil, 2011: 304-5). Para evitarlo, necesitamos comprender qué se entiende por vida que merece la pena en el capitalismo heteropatriarcal; y preguntarnos qué vida nos merece la pena bajo nuestros propios (otros) criterios éticos.

El capitalismo heteropatriarcal impone como objetivo vital la autosuficiencia en y a través del mercado. Esta autosuficiencia es una quimera inalcanzable y dañina, un espejismo que solo se mantiene en base a ocultar las dependencias y a los sujetos que se hacen cargo de ellas (ocultar los cuidados que nos regeneran; ocultar que es la economía de retales en los hogares la que permite la recuperación de la ganancia en los mercados); así como la dependencia de los recursos naturales y energéticos que nos sustentan. En momentos de crisis muestra su tremenda fragilidad, su imposibilidad de materializarse salvo en momentos muy puntuales (siendo joven, teniendo plena salud, careciendo de responsabilidades de cuidados) y cuando el

contexto mercantil es favorable; en cuanto alguno de esos elementos quiebra, vemos que nos necesitamos unxs a otrxs. Es una quimera que obvia una condición básica de la existencia: la materialidad de la vida y los cuerpos. La vida es vulnerable y finita; es precaria, por eso, si no se cuida, no es viable. De ahí que debamos preocuparnos por establecer sus condiciones de posibilidad, que no son automáticas: “la vida exige que se cumplan varias condiciones sociales y económicas para que se mantenga como tal” (Butler, 2009: 30). La única vía para hacerse cargo de la vulnerabilidad y la precariedad es en la interacción: “La precariedad implica [...] la dependencia de unas personas que conocemos, o apenas conocemos, o no conocemos de nada” (Butler, 2009: 30). Reconocer la vulnerabilidad no es reconocer un mal, sino la potencia que hay ahí: la potencia de sentirnos afectadxs por lo que les ocurre al resto, y la potencia de reconocer que la vida es siempre vida en común, en interdependencia; en ecoddependencia, porque la vida humana no es superior ni está al margen del resto del planeta, dependemos de los recursos naturales y energéticos que nos sustentan.

Al abrir el debate ético sobre qué vida merece la pena ser sostenida, qué entender por *buen vivir*, partiendo del reconocimiento de la vulnerabilidad, la interdependencia y la ecoddependencia, hemos de adentrarnos en numerosas cuestiones. Entre ellas, vamos a señalar cuatro, haciendo unos breves apuntes sobre los aportes específicos que el feminismo puede hacer. Primero: ¿qué es *vivir bien*³²? ¿Qué necesidades han de ser cubiertas? Esta pregunta no se plantea en términos individuales, la vida es siempre vida en común. La cuestión es dilucidar de qué necesidades nos vamos a hacer cargo colectivamente. Los aportes de los feminismos a este debate van en varias líneas: enfatizar la indisolubilidad de las dimensiones materiales y afectivas de las necesidades; cuestionar la dicotomía deseo (más allá del sostenimiento)/necesidad (sostenimiento)³³; y remarcar la importancia de la necesidad de cuidados como propia de todas las personas a lo largo de todo el ciclo vital. El ecologismo social enfatiza que la respuesta ha de darse desde la plena conciencia de los límites de la biosfera, entendiendo el problema de los límites no como un asunto futuro, sino como un tope al que ya hemos llegado; dicho de otra forma, estamos viviendo de los ahorros del planeta, en una fase de *translimitación*. En esta línea van planteamientos como el *mejor con menos* o el decrecimiento.

Segundo, cómo gestionar esa interdependencia inevitable. Si vamos a seguir haciéndolo bajo relaciones de asimetría y jerarquía, donde ciertos sujetos o colectivos, asociados a la feminidad, son unilateralmente calificados como dependientes, con las connotaciones de parasitismo que de aquí se derivan; mientras que otros, asociados a la masculinidad, son socialmente legitimados como independientes (léase autosuficientes) en aras de sus aportes a los mercados. La cuestión es, por tanto, cómo hacer para que la interdependencia se dé en términos de reciprocidad. Y aquí el feminismo añade una cuestión esencial: cómo hacer para que esa interdependencia se combine con el logro de niveles suficientes de autonomía, entendida como capacidad de decidir sobre la propia vida, sabiendo a la par que “la autonomía personal y la autonomía social mantienen una complicidad [...] una no puede darse sin la otra” (Gil, 2011: 124).

Tercero, cómo nos comprendemos los sujetos sexuados que vivimos esa vida. Hablábamos antes de la construcción de la masculinidad y la feminidad en el capitalismo heteropatriarcal. Esa feminidad construida diluyendo la individualidad en los otros, bajo esa ética reaccionaria del cuidado, produce lo que María Jesús Izquierdo denomina un *sujeto dañado*. Y no es este el lugar desde el que construir práctica política. Tampoco lo es la subjetividad construida en torno al modelo hegemónico de masculinidad, que tiende a aproximarse al ideal de autosuficiencia perverso y se configura bajo un aplastante individualismo. En el momento de crisis corremos el riesgo de que estas construcciones sexuadas perversas se refuercen, pero es también el momento clave para cuestionarlas y para preguntarnos cómo articular otras formas de estar en el sistema socioeconómico que sean liberadoras, y que, al mismo tiempo, sean capaces de comprometerse, de asumir una responsabilidad por el otro y la otra, por el colectivo.

Hacia una responsabilidad colectiva en el sostenimiento de la vida

La segunda pregunta a plantear es de qué estructuras socioeconómicas nos dotamos para articular una responsabilidad colectiva en la reproducción de las condiciones de posibilidad para esa vida que merece la pena ser vivida. El sistema actual no nos sirve, por

la contradicción estructural entre el proceso de valorización de capital y el de sostenibilidad de la vida. Bajo la preeminencia del primer proceso, la vida éticamente cualificada está siempre bajo amenaza³⁴; como lo afirma Antonella Picchio, el capitalismo es una “economía de muerte” o, en palabras de Herrero (2010b), es un sistema “biocida”. La responsabilidad de sostenerla está privatizada, feminizada e invisibilizada.

De aquí se abren múltiples debates, y, al menos, dos certezas: la propuesta no es dejar esa responsabilidad en los mercados capitalistas; estos no pueden ser la estructura socioeconómica priorizada, sino que, antes al contrario, han de tender a desaparecer. A la par, esa responsabilidad ha de ir democratizándose, colectivizándose y des-feminizándose. Si bien pueden parecer afirmaciones excesivamente amplias y abstractas, de ellas se deriva un primer movimiento estratégico fundamental: detraer recursos de la lógica del capital, para poder ponerlos a funcionar bajo otras lógicas económicas (de reciprocidad y solidaridad) en estructuras económicas democráticas. Para lograrlo, disponemos de una plétora de mecanismos, que implican una detracción más o menos amplia, intensa o directa³⁵. Pongamos varios ejemplos:

Para detraer espacio físico (tierra, espacio urbano y rural) el ecologismo tiene muchas propuestas elaboradas: recalificación y/o reclasificación de los suelos; redefinición de toda la orientación de los transportes; espacio en las ciudades para el carril bici y zonas peatonales; tierras para la pequeña agricultura ecológica frente a las tierras para los monocultivos para la exportación... Para detraer espacios construidos y, en concreto, viviendas, tenemos propuestas más reformistas como la dación en pago, y otras más rupturistas, como la expropiación de la vivienda vacía y la puesta en marcha de un parque público de vivienda en alquiler; o la okupación misma.

En este debate es imprescindible introducir la pregunta sobre los cuidados. En este caso, más que detraerlos de la lógica de acumulación, se trata de evitar que continúe la tendencia actual de que entren en ella. La propuesta fundamental sería prohibir que los cuidados puedan ser proporcionados por entidades con ánimo de lucro, retomando la vieja idea de que el ánimo de lucro no puede

operar en sectores básicos, y exigiendo que los cuidados sean considerados como tal.

Para detraer recursos financieros, dinero, hay muchas herramientas, entre ellas, persecución del fraude fiscal, abolición de los paraísos fiscales, expropiación de bancos y creación de una banca pública. Quizá especialmente bien hilada está la propuesta de realizar una reforma fiscal progresiva que implique la priorización de los impuestos directos sobre los indirectos; gravar más al capital que al trabajo; y establecer un sistema de tipos y tramos realmente progresivo, tanto para el capital como para el trabajo. Podríamos añadir que una reforma fiscal progresiva debería eliminar los mecanismos que redistribuyen hacia los modelos normativos de familia.

Todas esas propuestas van en la línea de que, frente a la *crisis de la deuda* y los asociados problemas de déficit público, la vía de reacción ha de ser justo la contraria a la ortodoxia impuesta: aumentar los ingresos públicos en lugar de reducir el gasto. Pero la pregunta de fondo aquí es: ¿y para qué usar estos recursos? ¿Recaudarlos para ponerlos a funcionar otra vez en los mismos circuitos, por ejemplo, financiar otro mega-proyecto? ¿Recaudarlos para que la gente pueda satisfacer expectativas de consumo que son insostenibles, por ejemplo, comprarse otro coche nuevo? La idea no es *reactivar la demanda* (cualquier demanda, de cualquier necesidad, recursos producidos bajo cualquier forma organizativa) para incrementar la *producción real*, sino preguntarnos cuál es esa *producción*, en qué estructuras se da, a qué necesidades responde, qué recursos naturales utiliza. La cuestión es preguntarnos si queremos ligar esa reforma fiscal con: (1) la socialización de la responsabilidad de cuidados, con políticas de cuidados *clásicas* (la ley de dependencia y autonomía personal, las escuelas infantiles, derechos de *conciliación*...) y/o políticas innovadoras (¿comedores colectivos?); (2) la puesta en marcha de otro conjunto de mecanismos que permitan colectivizar los riesgos del vivir (sistemas de pensiones, con un debate sobre su carácter contributivo, recuperación de la noción de universalidad de los derechos...); y (3) recuperar estándares de calidad y universalidad de los sistemas educativos y sanitarios.

La pregunta es dónde poner a circular los recursos detraídos a la lógica de acumulación de capital: en qué estructuras, movidas por qué lógicas, con qué organización del trabajo y con qué formas de reconocer las necesidades. ¿Queremos una red de servicios públicos de carácter estatal?, ¿queremos otras formas de gestión de lo público más aterrizadas en lo local?, ¿queremos auto-gestión? Es un debate abierto. Para adentrarnos en él, debemos partir de la “economía diversa realmente existente” (León, 2009) y, sobre todo, de la diversidad posible. Hay que pensar más allá de la diada mercado (lógica de acumulación) y estado (lógica de –supuesta-redistribución), introduciendo un serio debate sobre el papel económico de los hogares: qué queremos que quede como responsabilidad de los hogares y qué tareas queremos externalizar. Cómo democratizar los hogares y lograr una redistribución intra-hogar más justa de los trabajos y los recursos. Esta es una tarea esencial en tiempos de crisis que sistemáticamente dejamos de lado. Pero también hay que ir más allá de la tríada mercado-estado-hogares. Hay que introducir en el debate la economía social y solidaria, la auto-gestión, las redes comunitarias y vecinales, la pequeña agricultura campesina, el tercer sector, etc. ¿Qué papel queremos que tenga cada forma posible? ¿Imaginamos nuevas maneras, por ejemplo, una forma de gestionar lo público que no caiga en la lógica burocrático-administrativa?

Todos estos son los puntos que necesitamos imperiosamente discutir, entendiendo que esta discusión es política, y en ningún caso meramente técnica (los tecnicismos vendrán después, o ayudarán a que el debate sea informado, pero nunca suplantarán la política); y que ha de ser radicalmente democrática. Y aquí aparece un



problema fundamental: cómo hacerlo si carecemos de estructuras políticas que posibiliten una democracia real. Surgen aquí cuestiones relacionadas a la crisis de representación (Gil, 2011), y al papel de la falaz democracia representativa como sostén político del sistema socioeconómico que calificamos de insostenible y perverso.

Volviendo a pensar la economía desde la política: el 15M

En este contexto de urgencia de debates éticos y políticos, e inexistencia de estructuras de democracia real, no podemos terminar sin referirnos al movimiento 15M³⁶. No pretendemos un análisis exhaustivo, ni caer en una oda acrítica ni, menos que menos, situarlo como modelo de nada, sino a raíz de él insistir en cuatro cuestiones clave para responder a esa pregunta de qué hacer ante la crisis: necesitamos imperiosamente volver a poner la economía en manos de la política; identificar y rebelarnos frente a los mecanismos propios del neoliberalismo disciplinador; entender lo común como lugar no solo al que llegar, sino espacio del que partir; y encarnar los discursos reconstruyendo el nexo entre lo privado y lo público, lo personal y lo político, lo micro y lo macro, creando conflicto social desde los ámbitos invisibilizados de la vida.



Primera potencia: El 15M ha vinculado, desde el primer momento, economía y política, partiendo de la enunciación de dos malestares de base: *lo llaman democracia y no lo es y vuestra crisis no la pagamos*. Esto no es el simple sumatorio de dos eslóganes, sino la constatación del secuestro de las estructuras políticas por parte de las élites financieras, cada vez más sangrante y desfachatado. Frente a esto, el 15M promueve alternativas, no desde la mirada de los expertos, sino desde la mirada crítica de la gente; y, a la par, reinventa la política con la apuesta por el asamblearismo y la participación directa.

Segunda potencia: El 15M implica rebelarse contra los mecanismos que proliferan para controlar a la sociedad y que están en directa contradicción con la falta de supervisión de los grandes capitales. Gill y Roberts identifican esta asimetría como una de las características esenciales del “neoliberalismo disciplinador [...] sistema de mercado auto-regulado [que] requiere la aplicación autoritaria y de gran alcance del poder estatal” (2001: 161). Entre las varias dimensiones de

este poder se incluye un “programa punitivo de reforma social”, que se impone, entre otras cosas, con mecanismos de represión como la ley y la policía. El 15M estalla los cauces oficiales establecidos como límite de la práctica política, se apropia del espacio público, de las calles. Ya no se pide permiso. El 15M existe porque se rompe colectivamente con el miedo: *que no, que no tenemos miedo*; porque la amenaza de la exclusión no sirve para domesticar la precariedad: *juventud sin casa, sin curro, sin pensión: sin miedo*.

Tercera potencia: El 15M nace de un malestar común difuso: el conflicto capital-vida no es una tensión teórica o abstracta, sino que se encarna en las vidas cotidianas y concretas de gente concreta. Ese malestar generalizado expresa por tanto la afectación colectiva por un sistema en crisis. Al mismo tiempo, estamos presenciando un proceso de hipersegmentación social. El magma de fondo compartido (el fortalecimiento de un sistema socioeconómico pervertido, de un *proyecto civilizatorio* fallido) se expresa de formas muy desiguales. Por eso, una tarea clave es ir visibilizando y construyendo las raíces comunes de los problemas cotidianos, sin negar su desigual virulencia; ir dando nombre al malestar común sin quedarnos atascadxs en visiones simplistas (*‘somos el 99%’, ‘los de abajo contra los de arriba’, ‘y las mujeres, peor’*), ni atrapadxs en un *sálvese quien pueda*. Hay un *algo común* que hace emerger al movimiento social, y este movimiento tiene como tarea clave ir elaborándolo. El reto es “escuchar y potenciar lo que hay en cada vida atomizada que consigue hacer resonar y vibrar lo común” (Gil, 2011: 314).

Cuarta potencia: El 15M ha llevado los cuerpos, con su vulnerabilidad, su precariedad y su finitud, a la calle. Como afirma Butler refiriéndose a las manifestaciones en Egipto: “en el caso de las asambleas públicas, se ve claramente que no es sólo una lucha sobre el espacio público sino también sobre cuáles son las formas básicas en las que, como cuerpos, nos sostenemos en el mundo” (2011). En el mismo sentido, el 15M ha roto las fronteras entre lo público y lo privado, especialmente durante el tiempo que duraron las acampadas. Comer, vestirse, bañarse, el cansancio, la sed, las quemaduras del sol... dejaban de ser cotidianidades vividas de manera individualizada y oculta en lo doméstico para adueñarse del espacio público. Esto era encarnación de un proceso amplio y crucial: la capacidad de vincular la micropolítica con la macropolítica. Este derribo de fronteras

macro/micro, público/privado ha continuado, por ejemplo, al ligar la paralización de desahucios con la crítica a la economía del ladrillo. El 15M rompe la paz social, expresa el conflicto de fondo, pero lo hace como nunca antes desde las esferas invisibilizadas del sistema socioeconómico; no desde el ámbito privilegiado del mercado, el empleo ya no es el eje clave, sino desde la cotidianidad, los cuerpos, la experiencia vivida en toda su amplitud.

En definitiva, estamos presenciando una grave crisis sistémica, siendo testigxs de algo muy gordo, pero que no va a suceder como un estallido espectacular y súbito, sino que va ocurriendo con la suficiente parsimonia como para que vayamos normalizando las nuevas condiciones, llegando incluso a naturalizarlas. Como se afirma desde el ecologismo social, el cambio ya ha empezado y es imparable; la pregunta es si queremos gobernarlo, controlarlo democráticamente y con criterios de justicia, o si lo dejamos al libre arbitrio de los mercados. Esto exige encarar hondos debates políticos sobre los otros mundos posibles por los que apostar desde la confluencia de miradas críticas, donde los feminismos pueden realizar aportes cruciales. Como rezaba un cartel en la marcha del 25J: somos más y estamos mejor desorganizadxs.

¹⁶Amaia Pérez Orozco (amaiaorozco@gmail.com) . Este texto forma parte de un trabajo más amplio en elaboración.

¹⁷Expresión tomada de Sara Lafuente Funes.

¹⁸Dado que el chantaje de la deuda es uno de los mecanismos principales para imponer medidas que benefician al capital, hay quienes prefieren hablar de una deudocracia. Para ampliar, ver, entre otros: Quién debe a quién (2011), así como los videos del encuentro “Viviendo en deudocracia” <http://www.quiendebeaquien.org/spip.php?rubrique131>.

¹⁹Esta mirada tiene múltiples vertientes; algunas más marxistas centradas en el conflicto capital-trabajo asalariado; otras más (neo)keynesianas que enfatizan el rol del estado en dinamizar la economía. Otras más feministas que se preguntan sobre el distinto lugar de mujeres y hombres en la economía.

²⁰Un buen análisis de esta perspectiva feminista sobre la crisis y de la alternativa que se propone en este artículo centrada en la sostenibilidad de la vida es Agenjo Calderón

(2011). La autora argumenta que “lo óptimo para la Economía Feminista es unir esfuerzos para encontrar las sinergias ocultas que permitan [...] aprovechar las complementariedades que surgen de las dos corrientes”.

²¹Este proyecto, de origen Europeo y varios siglos de consolidación, se caracteriza, según Escobar (2010), por la centralidad social y discursiva del capitalismo en la economía, del liberalismo en la definición de la sociedad y la política, y por ser el estado la forma de poder definitiva de la matriz de organización social. Sin lugar a dudas, deberíamos añadir el heteropatriarcado como el contrato oculto en ese contrato social.

²²Para una introducción al decrecimiento, ver por ejemplo: Taibo (2011); o los artículos contenidos en www.decrecimiento.info, red-ecomunidades.blogspot.com, www.decroissance.org, o degrowth.net. Perspectivas ecofeministas europeas pueden verse en Herrero (2010a) y Weingärtner y Monasterio Martín (2010), latinoamericanas en Aguinaga (2010). Sobre el sumak kawsay y suma q'amaña: los especiales de la Revista OBETS núm. 4 y Vol. 6 núm. 1, Medina (ed.) (2001), Acosta y Martínez (eds.) (2009), o portales como pydlos.ucuenca.edu.ec/buen_vivir y sumakkawsay.wordpress.com.

²³Una introducción a la feminización de las migraciones y las cadenas globales de cuidados puede verse en Paiewonsky et al. (2008).

²⁴En este texto hemos optado por substituir la @ por una x, considerando que esta es una forma más inclusiva porque, además de abarcar los géneros masculino y femenino, abre espacio para los sujetos transgénero, que se reivindican en tránsito, o en algún lugar intermedio.

²⁵Recorte del gasto público, reforma fiscal regresiva, desregulación del mercado laboral, privatización de los pilares del estado del bienestar (sistemas de pensiones, sanitario y educativo).

²⁶En la crisis se ve con nitidez que la economía es un circuito integrado, donde interactúan los diversos agentes (empresas, instituciones públicas y hogares). Ante cambios en una esfera, el resto también se recoloca. La clave es que la responsabilidad final de garantizar que el conjunto encaje se asume en los hogares (está privatizada), en gran medida a través de los trabajos no remunerados.

²⁷En este contexto surgen afirmaciones como las del senador republicano Newt Gingrich proponiendo que lxs niñxs de clases desfavorecidas puedan trabajar a partir de los nueve años; declaraciones que, si bien aún suenan a exabrupto en el Norte global, pueden ir adquiriendo carta de normalidad, como lo han hecho en el Sur global a raíz de los draconianos planes de ajuste que desencadenaron la crisis de reproducción social (<http://www.nytimes.com/2011/12/04/opinion/sunday/dowd-out-of-africa-and-into-iowa.html>).

²⁸Con este término (working poor) se hace referencia a una nueva modalidad de pobreza que ataca no a quienes no tienen empleo, sino a quienes sí lo tienen: “El concepto de working poor nos sirve para referirnos a aquellas personas que, a pesar de tener una relación laboral normalizada (con contrato legal) se sitúan por debajo del umbral de pobreza de su país” (Medialdea y Álvarez, 2005: 57).

²⁹Al hablar de precariedad en la vida nos referíamos a la “inseguridad en el acceso sostenido a los recursos adecuados para satisfacer necesidades, inseguridad que se institucionaliza como falta de derechos” (CCCP, 2003), es decir, finalmente, a la incertidumbre a la hora de poder vivir la vida que se desea o decide vivir. No se trata tanto de si se tiene una vida más o menos estable, sino al grado de certidumbre de poder acceder a los recursos y mecanismos que permitan tener una vida más libremente elegida. La idea de precariedad en la vida y de precarización de la existencia está más desarrollada en Precarias a la deriva (2004).

³⁰En este texto no entramos en el debate sobre si la crisis post-estallido es global (o va a llegar a serlo y qué grado de autonomía han logrado articular al menos en algunas regiones para mantenerse relativamente al margen, por ejemplo, mediante procesos de integración regional), o si estamos poniendo la etiqueta global a una crisis que tiene su epicentro en los países del Norte global (mostrando cómo quien ocupa la posición hegemónica puede convertir sus problemas en los problemas de todos; al igual que el capital financiero ha logrado que asumamos como propia su crisis). Desde muchos países del Sur se insiste en que para crisis la ya vivida por ellos. En todo caso, la crisis multidimensional vista desde una óptica de sostenibilidad de la vida sí es global, y tiene un largo recorrido histórico, no es nueva.

³¹Este conflicto es inherente en el capitalismo heteropatriarcal, pero puede tener diversas intensidades. Y en el paso de la lógica del capital industrial (D-M-P-M'-D') a la lógica del capital financiero (D-D') se había agravado.

³²Buen vivir o vivir bien en las propuestas del *sumak kawsay* y *suma q'amaña* que mencionábamos en el apartado 2; lo que Butler (2009) llamaría “vida vivible”; lo que en este artículo denominamos “vida que merece la pena ser vivida” o ser “sostenida”... Como queremos llamarlo. Desde distintas ópticas se usan diversos nombres. No disponer aún de un vocablo claro y cerrado no es un signo de debilidad de los planteamientos sino, muy al contrario, de su fortaleza y dinamismo, del estar en plena ebullición y de la posibilidad de entrar en diálogo.

³³Desde Centroamérica, en el contexto de la Educación Popular y la Investigación Acción Participativa, las mujeres lanzan la propuesta de un nuevo vocablo para resignificar la idea de “necesidades” sin escindirla de los “deseos”: las “deseidades”. Esta propuesta surge porque para ellas “la palabra necesidades les resultaba muy enemiga: sus necesidades siempre tenían que ver con lo que decía su marido -si existía- o su prole, los otros, de manera que se pasaban la vida luchando por los deseos de otros. Ellas 'deseaban' y peleaban por cambios, y nos les parecía que el proceso pudiera ser una simple asunción de necesidades” (Miguel Ángel Martínez del Arco, comunicación personal 9 de diciembre de 2011).

³⁴Hay un riesgo implícito de esencialización de la vida. Siendo este un debate complejo que ameritaría mayor discusión, señalemos al menos tres cosas: (1) la vida vulnerable e interdependiente no puede ser asumida en el capitalismo porque se basa en el ideal (heteropatriarcal) de autosuficiencia y omnipotencia. Siempre hay dimensiones de la vida no rentables (no se cubren mediante el consumo mercantil). (2) El capitalismo heteropatriarcal construye un ideal vital que resulta sumamente estimulante; no se impone a la fuerza sobre nuestras concepciones de las vidas que

merecen, sino que nuestra propia noción de la misma, nuestras subjetividades, responden a sus mecanismos (aquí entran nociones como el biopoder o el biocapitalismo). Como lo afirma María Jesús Izquierdo, el capitalismo es droga pura, engancha no tanto por lo que te da, sino por lo que promete dar y nunca llega a darte. (3) Si hablamos de una vida éticamente cualifica bajo los criterios de universalidad, cabe decir que la vida en el capitalismo es insostenible porque el bienestar de una parte se sustenta siempre sobre otra, porque siempre hay vidas enteras que no resultan rentables (ni en tanto que fuerza de trabajo ni en tanto que consumidoras) y porque es un sistema inherentemente jerárquico.

³⁵Podemos por ejemplo referirnos a las Propuestas abiertas del Grupo de Trabajo de Economía del 15m-Sol (<http://madrid.tomalaplaza.net/2011/06/23/propuestas-abiertas-economia-sol/>).

³⁶Nos referimos al 15m porque este artículo está situado en el contexto del estado español, pero deseando abrir un debate más amplio sobre las formas de hacer política.

V.
Un mensaje a los indignados occidentales

Un mensaje a los indignados occidentales

Pedro Prieto, octubre 2011

Vicepresidente de la Asociación Española para el Estudio de los Recursos Energéticos (AEREN)

Creo que hay que celebrar que millones de personas se hayan levantado contra el orden establecido y empezado a exigir cambios del sistema. Es algo que no esperaba de esa forma y me alegra sobremanera.

Es verdaderamente relevante, que a pesar de la influencia de los medios controlados por el poder financiero, esa gran cantidad de gente en decenas de muy diversos países del mundo, se hayan manifestado pacíficamente exigiendo cambios que los mencionados medios no hubiesen jamás planteado. Esto significa que estos manifestantes son capaces de movilizarse, incluso con la información dominante y muy poderosa en contra, a pesar de que ahora dichos medios se ven obligados a conceder espacios a esta pacífica e incipiente revolución.

Hay signos muy positivos, entre otros, que la clase política empieza a ser dejada de lado, porque muchos de estos manifestantes ya se han dado cuenta de que esta clase está al servicio del poder financiero, simulando alternancias de falsa democracia (lo llaman democracia y no lo es, es uno de sus eslóganes).

Si bien en un principio, algunas marchas se dirigieron a los centros del supuesto poder político (Congreso de los Diputados, por ejemplo), lo importante es que ahora empiezan a dirigirse cada vez más hacia los verdaderos centros de poder: las bolsas donde los especuladores

financieros juegan con los destinos del mundo, con la complicidad manifiesta de una clase política servil. Empiezan a dirigirse a instituciones financieras de carácter global dominadas por élites muy minoritarias y fuera de todo control verdaderamente democrático.

Empiezan a dirigirse a los bancos, que han sido los principales receptores de las gigantescas ayudas que la clase política, lacayos del poder financiero, ha colocado prioritariamente como receptores de gigantescas ayudas.

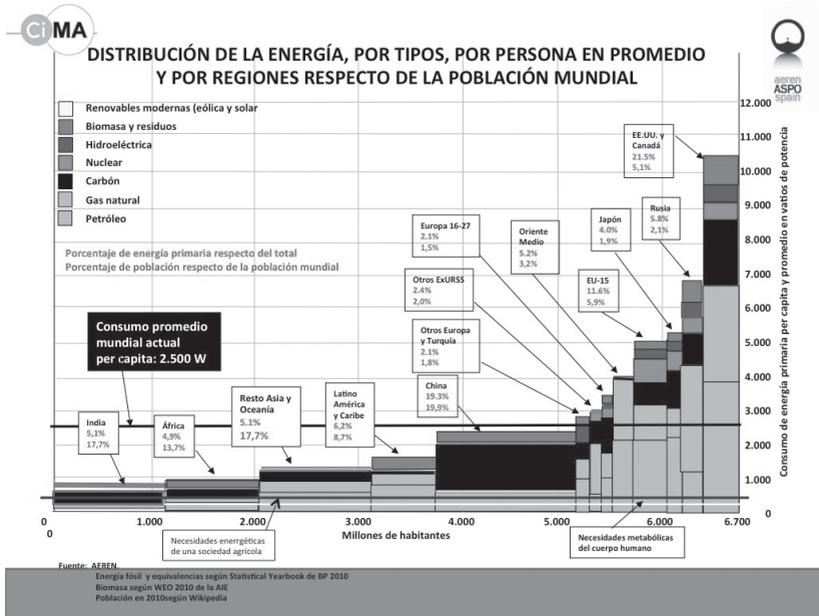
Todo esto resulta esperanzador, en un mundo que tiene visos de colapso funcional y sistémico, de generalizado fallo estructural.

Dado que los movimientos son incipientes, se les puede disculpar que muchas de las propuestas tengan carácter muy genérico y una voluntad de mejora muy clara, pero poco concreta y bastante superficial.

Por ello, creo que es esencial que tengamos una visión lo más concreta y medible posible. Si tenemos que darnos de bruces con la realidad de que hay que cambiar un modelo agotado, veamos cómo habría que hacerlo de la forma más general y elevada posible. Intentemos evitar creer que todo va a ser sencillo, y preparémonos para hacerlo aunque sea muy difícil y doloroso, sin por ello pensar que es imposible.



Por ello, creo que lo primero es analizar cómo está el mundo. Una



visión muy completa en este sentido es la siguiente:

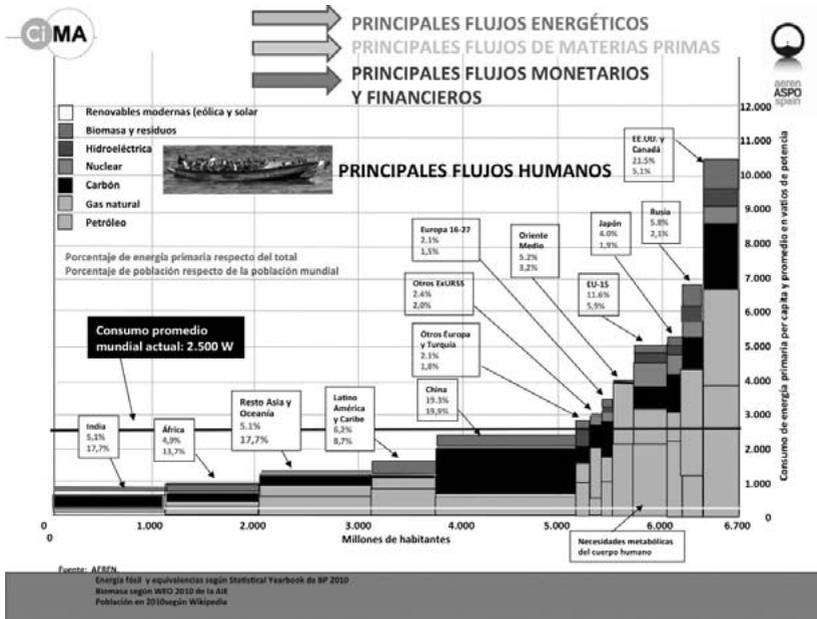
Si observamos detenidamente el mundo, veremos que existe una brutal desproporción en el reparto de la riqueza. Al analizar la distribución de energía por tipos, por persona en promedio y por regiones, vemos que sus consumos de energía se corresponden, de forma muy directa y proporcional, con sus PIBs, ambos per capita. El PIB y el consumo de energía están muy directamente relacionados.

Se observan varios aspectos que hay que considerar seriamente y poner sobre la mesa:

a) En primer lugar, que el mundo se rige por el injusto principio de Pareto, por el que el 80% de la Humanidad tiene que vivir con el 20% de los recursos del planeta, mientras el otro 20% de la Humanidad,

que es fundamentalmente Occidente y los principales países de la OCDE, se está apropiando del 80% de los recursos planetarios, comenzando por la energía, que es el elemento esencial, junto con el poder económico y militar que sostiene este injusto sistema.

b) Que los prácticamente 7.000 millones de personas que poblamos el planeta tenemos un consumo promedio que es unas 25 veces superior al consumo metabólico que exige una persona como mono desnudo. Esto no quiere decir que se esté proponiendo que se vuelva a la época de las cavernas. Simplemente constata el nivel de desarrollo y la enorme capacidad de transformación de la Naturaleza de nuestra sociedad contemporánea.

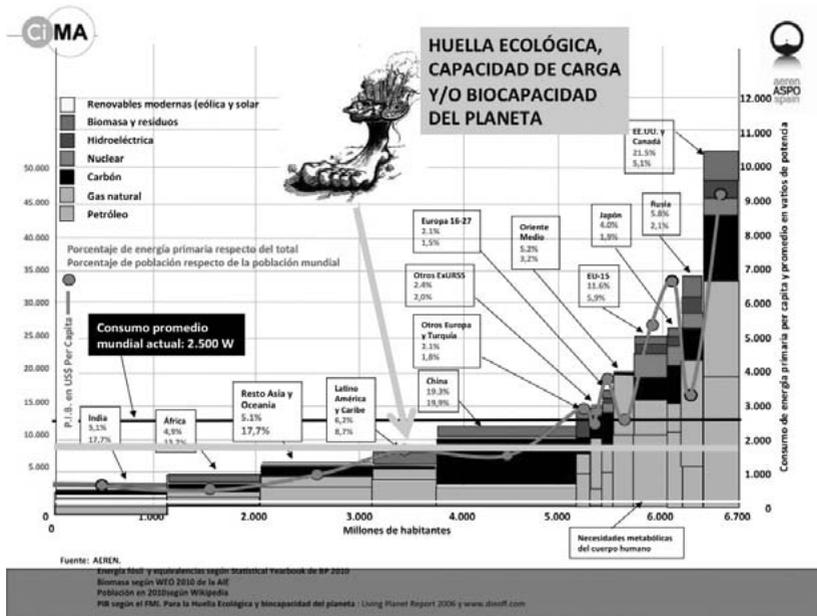


Las consecuencias que se pueden extraer de esta onerosa pero bastante indiscutible realidad, es que son el resultado de unos flujos impuestos de los ricos a los pobres, que producen estas desigualdades tremendas: los principales flujos energéticos y los principales flujos de materias primas resultan ir de los países pobres de este reparto

desigual hacia los países ricos.

Paradójicamente, son los países pobres, los que entregan sus riquezas naturales, los que al final de un sistema injusto de distribución e intercambio desigual de la riqueza, determinan que sean estos países pobres lo que encima deben dinero a los ricos y se ven obligados a estar pagando deudas eternas, que ya empiezan a mostrarse impagables, incluso en algunos lugares periféricos de la parte supuestamente rica de esta sociedad mundial.

Una respuesta obvia de este intolerable sistema de intercambio desigual y desfavorecedor, es que como consecuencia de esta pobreza enfrentada a la riqueza, los grandes flujos humanos de las migraciones modernas, también se den desde las zonas de los



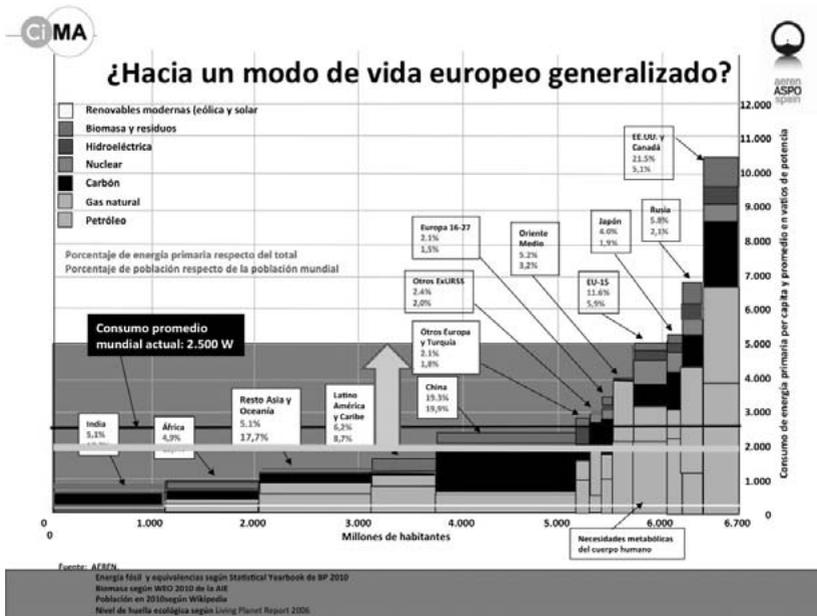
desfavorecidos del mundo hacia las zonas con exceso de recursos.

El cinismo de los enriquecidos es de tal magnitud que llega a culpar a

los pobres del flujo humano, pero no se pregunta nunca por el flujo de riqueza, tanto en productos energéticos como en materias primas y flujos financieros. A este respecto, la llamada Europa-Fortaleza y los Estados Unidos tienen mareas crecientes de opinión ciudadana que aplauden a políticos facinerosos y exigen que pongan en vigor leyes que eviten el último flujo migratorio, el humano, pero nunca cuestionan la injusticia flagrante del intercambio desigual de los demás flujos. Es más, incluso llegan a convencerse de que los países del Tercer Mundo (los pobres) “nunca pagan lo que deben” o que “hay que estar condonándoles las deudas” o que “siempre estamos ayudándolos”.

Así las cosas, a un verdadero nivel mundial, conviene preguntarse hacia dónde ir y cómo mejorar las cosas, con algo más de detalle y fundamento del que implican muchas de las pancartas bienintencionadas de los indignados del mundo.

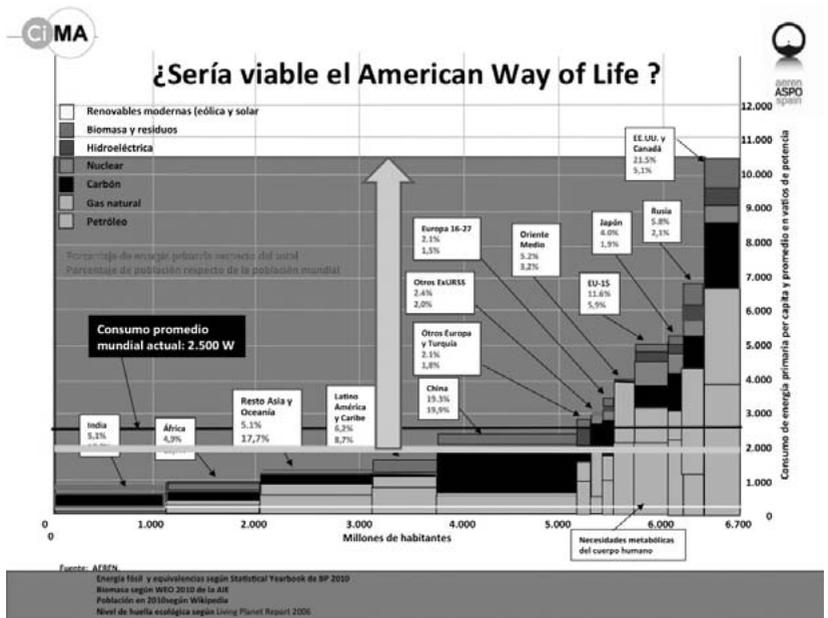
Pues bien, en el gráfico anterior se puede apreciar que el mundo, en su conjunto, ha sobrepasado largamente su capacidad de carga. Lo ha



hecho en un 40% y el crece el desbordamiento en la capacidad de transformar y agotar los recursos del planeta Tierra.

Obviamente, de este desaguado son responsables directos y evidentes los que más consumen y los que más energía queman para producir bienes y disfrutar de servicios, aunque de nuevo, aquí hay medios y movimientos occidentales, sobre todo afines al gran poder económico y financiero, que se las ingenian muy bien para intentar también echar la culpa de ser los más contaminantes a los más pobres.

Sin embargo, si se traza, por ejemplo, una curva de las emisiones de CO₂ (uno de los subproductos de la actividad humana que ahora más preocupa a los científicos) por regiones y per capita, la curva resultante muestra, sin lugar a dudas, una identidad con la curva del PIB por esas mismas regiones; esto es, que los que más consumen, más contaminan y más destrozan el planeta, como no podía ser de

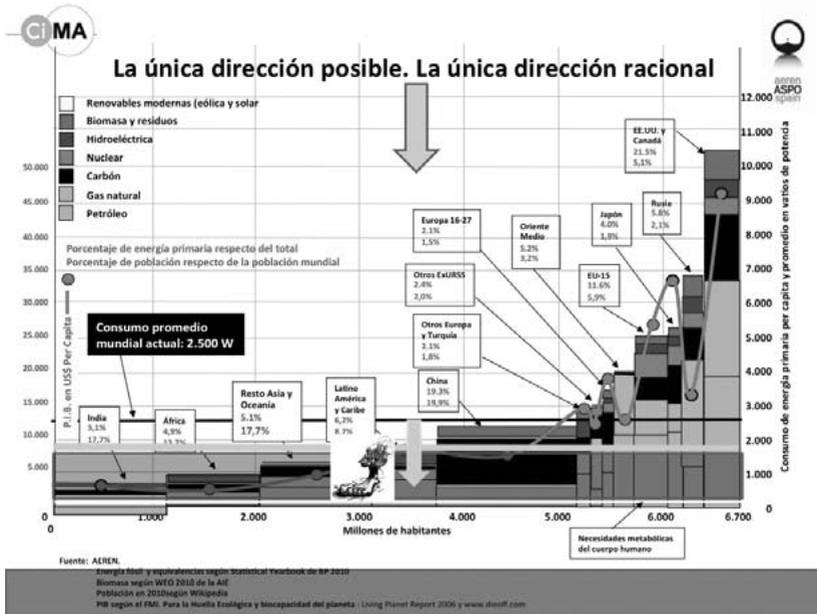


otra forma.

Intentar, por ejemplo, que el mundo ascendiese al nivel de vida y al modo de vida europeo, implicaría que habría que aumentar

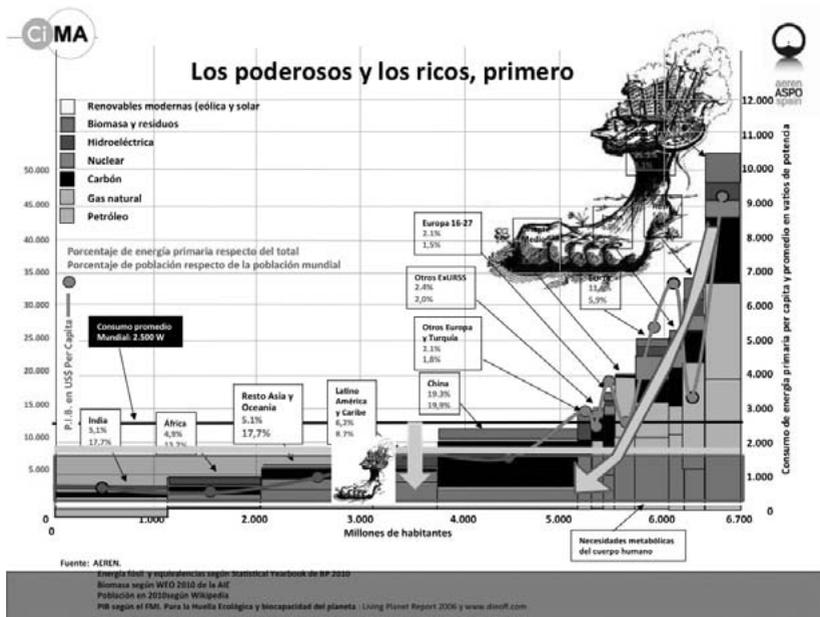
“matemáticamente hablando” el consumo de energía más de dos veces y consiguientemente, en la misma proporción, la producción de bienes y la prestación de servicios, lo que dejaría al planeta en una situación de quiebra ambiental segura en muy poco tiempo. Si es que ello fuese posible, que desde el punto de vista de la producción energética posible, que sería exigible para este milagro económico de europeización del mundo, no lo es.

El sentido común, además de las matemáticas elementales, en este caso irrefutables, no deberían ni plantearse la posibilidad de que el mundo entero accediese por tanto al nivel de vida norteamericano, al clásico “American Way of Life”. Se deja aquí constancia física del esfuerzo a realizar para conseguir esta utopía: habría que conseguir multiplicar la producción de energía mundial entre cuatro y cinco veces, para que todos pudiéramos ser como los norteamericanos. Y el planeta estaría con una capacidad de carga sobrepasada entre 5 y 8 veces. Es decir, necesitaríamos todos esos mundos en nuestro mundo para llegar a ese nivel.



Por tanto, lo que resulta evidente de este gráfico, es que si se ha de producir una nivelación de la riqueza mundial, por mucho que le pese a los que todavía creen en más crecimiento y más actividad económica como salida a este desastre planetario, tiene que ser hacia abajo, no hacia arriba, porque esto último, aumentaría y aceleraría la degradación y el agotamiento creciente de los recursos base del planeta y no existe civilización que pueda sobrevivir al agotamiento de los recursos de los que vive.

¿Y cuánto habría que bajar, entonces, en los niveles de vida actuales, primero para llegar a tener un planeta mínimamente sostenible y más



justo que hasta ahora?

Habría varias respuestas matemáticamente correctas. Para alcanzar un planeta sostenible, según la calculada capacidad de carga o huella ecológica de nuestra sociedad mundial, habría que reducir la

actividad económica y el consumo de energía en un 40 ó 50%. Y esto, lógicamente, se puede hacer, por un lado, pensando en que todos bajen un 50% desde sus niveles actuales.

Pero parece más justo y razonable, desde un punto de vista humano, que los que más tienen, más reduzcan sus niveles. Eso implicaría que los occidentales tendrían que reducir, muy en primer lugar, sus niveles actuales entre un 60 y un 90% desde el nivel promedio actual de sus respectivas sociedades. Algo que está fuera de la conciencia, de las intenciones y de la voluntad de la inmensa mayoría de los ciudadanos occidentales, incluso de los que se muestran indignados con la situación actual.

Esto permitiría a una gran masa de población humana poder subir ligeramente sus actuales niveles de consumo, que es una forma de bienestar, aunque no todo, para salir, al menos, de las hambrunas, de las muertes prematuras y de las enfermedades perfectamente evitables o para escolarizar y alfabetizar a muchos cientos de millones.

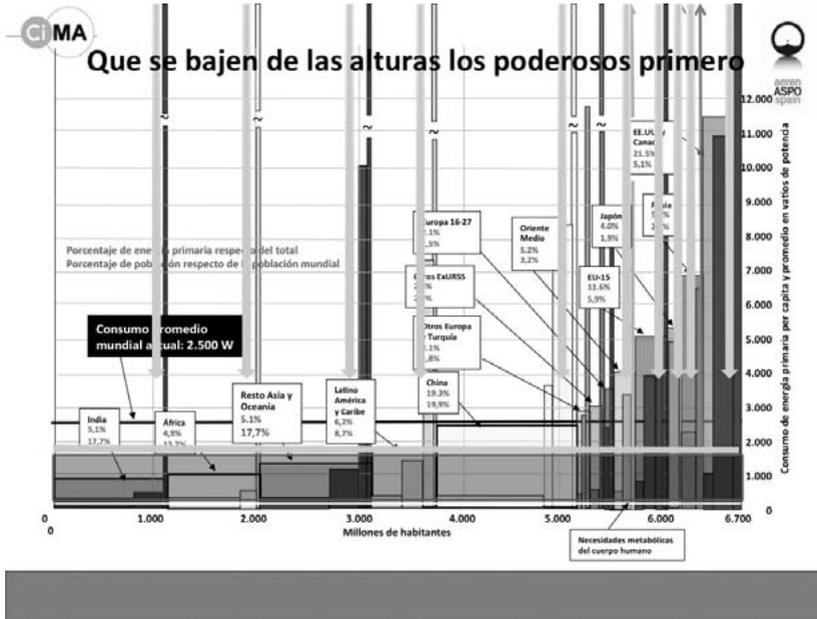
Obsérvese lo trágico de este análisis: muestra, en toda la crudeza matemática posible, que la desigualdad mundial actual no es algo que se resuelva con la cesión del 0,7% del PIB de los países ricos, como se pide desde alguna ONG. No es ni siquiera la cesión de un 7% la que lo arreglaría. Es que sería del orden del 70% lo que los países ricos del planeta deberían ceder a los pobres del mundo.

Esto implicaría, en realidad, que los ricos dejarasen de explotar como hasta ahora han venido haciendo de forma secular, a los pobres del mundo con sus perfeccionados engaños de intercambios desiguales, apoyados por la fuerza negociadora (que no excluye la presión o acción militar cuando se considera necesaria) basada en acuerdos comerciales indecentes y vejatorios para las partes humildes.

Muchos de los lectores, sobre todo viviendo en Occidente o en los países ricos de la OCDE y perteneciendo a una cierta clase media, llegados a este punto, pueden sentir un cierto desasosiego, al verse, de alguna forma, culpables de esta gigantesca trampa en que están metidos varios miles de millones de desposeídos del mundo.

Porque hasta ahora posiblemente pensaban que si los ricos (unos

ciertos ricos o unos ciertos poderes financieros o políticos a su servicio) distribuían sus riquezas nominales, ello sería más que suficiente para arreglar los problemas de este mundo. Esto se podría



ver de la siguiente forma:

En cada región del mundo y no sólo en los países desarrollados occidentales, existen minorías o élites que disponen de niveles de vida y acumulación indecente de recursos. Es decir lo mismo que en el mundo entero se da el principio de Pareto de una distribución desigual de la riqueza (el famoso 80/20 y 20/80), en cada región se produce algo similar.

Y los poderosos de cada región, cuando se ven de forma desagregada en cada una de ellas bajan todavía más el nivel de los bajos con sus elevadísimos niveles de consumo y de vida; con sus acumulaciones tremendas de capital dinerario y financiero. En el gráfico anterior, esto se dibuja de una forma teórica con colores más claros que rebajan

el nivel de cada país o región, por culpa de las minorías de cada país que viven en la estratosfera. Por supuesto hay mundos intermedios de grises que harían el principio de Pareto algo más escalonado, si se incluyen las clases medias, existentes sobre todo en los países cuyos excedentes nacionales han permitido no sólo que las élites sigan en la estratosfera, sino que grandes masas de población hayan podido acceder a lo que se ha venido en denominar “el Estado del Bienestar”.

Si bien es cierto que en los países desarrollados suele haber menor diferencia entre clases y un menor número porcentual de desposeídos o excluidos, lo cierto es que el mundo se asemejaría más a estas agujas lacerantes de minorías llenas de poder acumulado y grandes masas cifradas fácilmente en miles de millones, que quedan por debajo de los umbrales de lo mínimo humanamente digno.

Es evidente que los que postulan o postulamos que lo primero es desposeer a esas élites muy minoritarias (pero de hecho las que controlan el poder económico y militar) de ciertas riquezas acumuladas, tan insultantes e indecentes, saben que ello contribuiría a la mejora de las condiciones de vida de muchos millones de personas. De eso no cabe duda alguna; en algo contribuirían a aliviar o paliar el problema de los desheredados del mundo. Pero la triste realidad es que no es solo eso.

En los círculos de los indignados y de las personas con conciencia social, se sabe que pocas de las primeras fortunas del mundo acumulan más capital que el PIB de muchos de los países de la cola de los parias de la Tierra, que en estos gráficos aparecen a la izquierda.

La importancia de descabezar a estas privilegiadas élites radica en que con ellas se eliminaría de forma verdaderamente eficaz el problema que ellos mismos han creado obviamente con estas desigualdades. Por ello no es desdeñable exigir comenzar por este punto. Pero... hay aún algún que otro pero.

En primer y más importante lugar, el que la indecente riqueza que estos crápulas acumulan es más bien de tipo nominal o contable, más que física. Esto conviene explicarlo. En un mundo en el que el dinero se ha multiplicado mucho más rápidamente que los bienes físicos o los servicios realmente medibles que el dinero puede comprar, hay

una conciencia clara de que si hubiese que repartir el dinero que nominalmente existe en manos de estas élites entre las grandes masas de población marginal, excluida y desheredada, con la supuesta sana intención de convertir ese capital especulativo en capital productivo, no habría mundo físico para responder al papel de ficción que estas élites acumulan.

Es decir, sus inmensas riquezas son obvias desde el punto de vista físico o material, pero desde el punto de vista financiero o dinerario, que es el que los contabiliza, son muchísimo más grandes; son tan estratosféricas como imposibles de materializar en algo tangible que alivie el sufrimiento humano en la medida que indican los billetes de banco o títulos que los papeles indican.

Hasta ahora, lo más sencillo, intuitivo o inmediato, es culpar a políticos, banqueros y financieros del desastroso estado de cosas de este mundo. Y los gráficos mostrados hasta ahora, lo que evidencian es una suerte de complicidad de los ciudadanos de Occidente. Sin duda, no les falta razón, porque son los que han dirigido el mundo hacia ese abismo, pero seguramente no es esa toda la razón.

Pero en segundo lugar y si las matemáticas no mienten, incluso en el supuesto de despojar a todas las élites, que conforman las onerosas agujas de consumo del último gráfico, de sus inmensas riquezas, el mundo todavía tendría que hacer un fuerte ejercicio de despojar a grandes masas burguesas (clases medias) de los países desarrollados de la derecha de los gráficos de una gran parte de sus niveles de consumo.

Y ahí es donde parece muy perdida, sea intencionalmente o no, la gran marea de “indignados” occidentales, que se pasean exigiendo a sus líderes nacionales que no destruyan su “Estado del Bienestar”, cuando es evidente que una buena parte de esos Estados del Bienestar se han construido con la sangre, el sudor y las lágrimas de los pobres del mundo, de los más.

Esta es la dolorosa reflexión final: que no basta con despojar a las élites de sus privilegios y no solo en una nación, sino en todo el mundo (lo que ya entra casi en el terreno de la utopía, dado que esas minorías son las que controlan el poder policial y militar, además del

económico, para estrangular actividades con carácter masivo y a voluntad, dada la enorme dependencia de los mercados de los flujos monetarios que manejan en exclusiva), si lo ven necesario o preciso para mantener sus privilegios.

Es que incluso aunque se lograra esto, la tarea quedaría inconclusa: cambiar el sistema implica mayor justicia para los proletarios que creíamos ya no existían y siguen siendo la inmensa mayoría de muertos vivientes de este planeta. Implica que muchos de los ciudadanos de los países y regiones de la derecha, tendrían que despojarse de muchas de sus riquezas, hábitos y costumbres de consumo. Tendrían que hacer un mundo verdaderamente nuevo.

Los indignados occidentales, que al contrario que muchos de los indignados del Norte de África y de muchas partes pobres del mundo, no luchan como ellos, por poder acceder a una barra de pan que no pueden comprar, a agua potable o a una aspirina o un médico o un colegio para aprender a escribir, sino por no caerse de un “Estado de Bienestar” que se construyó de mala manera.

Nos han construido una historia, desde hace décadas, incluso desde las izquierdas occidentales, que ese “Estado del Bienestar”, era la consecuencia de largos años de luchas obreras y sindicales contra los patronos. Pero eso ha resultado ser, a la vista de estos gráficos, una verdad muy a medias.

Gran parte de ese “bienestar”, que se ha orientado sobre todo como consumo envuelto en alienación, se ha generado en base a la enorme y creciente capacidad de nuestras élites occidentales de exprimir al resto del mundo y ceder en sus propios nichos parte de ese bienestar a sus clases medias.

El abandono lamentable del internacionalismo proletario marxista, que ahora empieza de nuevo a llamar a la puerta con carácter verdaderamente global, fue uno de los coadyuvantes principales de este desajustado que los gráficos representan.

Creíamos estar venciendo a los patronos al llegar a las 40 horas semanales y demás beneficios sociales en las minorías de la derecha de los gráficos y resultó que las conseguimos porque el patrón podía

exprimir de forma salvaje, con la ayuda de las élites cómplices de los países de la izquierda, a cinco por cada uno que conseguía beneficios en el confortable occidente. Y las más de las veces, con las privilegiadas clases obreras y clases medias occidentales haciendo la vista gorda ante estos criminales intercambios desiguales, porque podían sentir el confort que proporciona, aunque fuese de forma indirecta e interpuesta, disfrutar de esclavos a los que explotaba “otro”.

Poco hicieron o hicimos las clases medias occidentales para exigir menos consumo y derroche en nuestras propias sociedades y más bienes esenciales para todos los desposeídos de este mundo. Ahora puede ser el tiempo de volver a entender el concepto de internacionalismo proletario.

Harían bien los indignados occidentales en ponerse estos gráficos como lectura de cabecera. Ayudaría en mucho para saber que no hay que pedir más, sino que pedir menos.

Para las élites y en muchos casos, para nosotros mismos.

VI.
**Energía, transporte y el sistema alimentario: cuando la
agricultura basada en hidrocarburos es insostenible**

Energía, transporte y el sistema alimentario: cuando la agricultura basada en hidrocarburos es insostenible

Norman Church, 2005

From the Wilderness, Somerset, Reino Unido.

“Comiendo petróleo” [Eating Oil] fue el título de un libro publicado en 1978 después de la primera crisis del petróleo en 1973³⁷. El objetivo del libro era investigar en qué medida el suministro de alimentos en los países industrializados se basa en combustibles fósiles. En el verano de 2000, el grado de dependencia del petróleo en el sistema alimentario del Reino Unido fue demostrado una vez más cuando manifestantes bloquearon las refinerías de petróleo y los depósitos de distribución de combustible. La crisis del combustible perturbó la distribución de alimentos y los dirigentes de la industria advirtieron que sus depósitos se quedarían sin alimentos dentro de algunos días. No se ha aprendido de las lecciones de 1973.

Actualmente, el sistema alimentario depende aún más de petróleo crudo barato. Virtualmente todos los procesos en el sistema alimentario moderno dependen ahora de este recurso limitado, que se acerca a su fase de agotamiento.

Además, en una época en la que deberíamos realizar reducciones masivas de las emisiones de gases invernadero a la atmósfera para reducir la amenaza posada por el cambio climático, el sistema alimentario está alargando sus cadenas de suministro y aumentando las emisiones hasta llegar a ser un aporte importante al recalentamiento global.

El sector orgánico podría encabezar el desarrollo de un sistema alimentario sostenible. Los impactos medioambientales y ecológicos directos de la agricultura “en granja” se reducen evidentemente en los sistemas orgánicos. Sin embargo, el comercio y la distribución globales de productos orgánicos anulan esos beneficios.

El sistema alimentario contemporáneo no sólo es inherentemente insostenible, está dañando cada vez más el entorno.

Los sistemas que producen el suministro de alimentos del mundo dependen fuertemente de combustibles fósiles. Vastas cantidades de petróleo y gas son utilizadas como materias primas y energía en la producción de fertilizantes y pesticidas, y como energía barata y fácilmente disponible en todas las etapas de la producción de alimentos: desde la siembra, la irrigación, la nutrición y la cosecha, hasta el procesamiento, la distribución y el embalaje. Además, los combustibles fósiles son esenciales en la construcción y la reparación de los equipos y de la infraestructura requerida para facilitar esta industria, incluyendo la maquinaria agrícola, las instalaciones de procesamiento, almacenamiento, barcos, camiones y carreteras. El sistema industrial de suministro de alimentos es uno de los mayores consumidores de combustibles fósiles y uno de los mayores productores de gases invernadero.

Irónicamente, la industria alimentaria corre un grave riesgo por el calentamiento global causado por esos gases de efecto invernadero, debido a la perturbación de los ciclos climáticos predecibles de los que depende la agricultura. Pero el calentamiento global puede tener el efecto más pronunciado e inmediato de exacerbar las amenazas ecológicas existentes para la agricultura, muchas de las cuales son causadas por la propia agricultura industrial. La degradación medioambiental, la escasez de agua, la salinización, la erosión de los suelos, las plagas, enfermedades y la desertificación causan todas serias amenazas para nuestro suministro de alimentos, y son empeoradas por el cambio climático. Pero muchos de los medios convencionales utilizados para superar esos problemas ecológicos aumentan aún más el consumo de reservas limitadas de petróleo y gas. Por lo tanto, sigue adelante el ciclo de la dependencia del petróleo y de la degradación medioambiental.

La agricultura industrial y los sistemas de suministro de alimentos son también responsables de la erosión de territorios en todo el mundo. Esta degradación social es exacerbada por las reglas y políticas comerciales, por el modo de pensar motivado por los beneficios de la industria, y por la falta de conocimientos de las fallas de los actuales sistemas y de las posibilidades de las alternativas. Pero la globalización y el control corporativo que amenazan seriamente a la sociedad y a la estabilidad de nuestro medio ambiente sólo son posibles porque se utiliza energía barata para reemplazar la mano de obra, lo que permite que se amplíe la distancia entre la producción y el consumo.

Sin embargo, esto va a cambiar. Se espera que la producción de petróleo llegue a su pico en los próximos años y que disminuya continuamente después. Tenemos un entendimiento muy limitado de cómo afectarán las extremas fluctuaciones de la disponibilidad y el costo, tanto del petróleo como del gas natural, a los sistemas globales de suministro de alimentos, y en qué medida serán capaces de adaptarse a la disponibilidad decreciente de energía. En el futuro cercano, las amenazas medioambientales se combinarán con la escasez de energía para causar importantes carencias de alimentos y fuertes aumentos de precios – en el mejor de los casos. Estamos a punto de entrar a una era en la que tendremos que volver a alimentar al mundo con un uso limitado de combustibles fósiles. ¿Pero tenemos suficiente tiempo, conocimientos, dinero, energía y poder político para realizar esta masiva transformación de nuestros sistemas alimentarios cuando ya se ven amenazados por importantes tensiones ecológicas y un creciente control corporativo?

El moderno milagro agrícola comercial que nos alimenta, y a gran parte del resto del mundo, depende por entero del flujo, el procesamiento y la distribución del petróleo, y la tecnología es crítica para mantener ese flujo.

El petróleo refinado para gasolina y diesel es fundamental para utilizar los tractores, las cosechadoras y otros vehículos y equipos agrícolas que plantan, pulverizan los herbicidas y pesticidas, y cosechan/transportan, alimentos y semillas. Los procesadores de alimentos dependen de la producción y la entrega de aditivos alimentarios, incluyendo vitaminas y minerales, emulsionantes,

conservantes, colorantes, etc. Muchos se basan en el petróleo. La presentación se basa en petróleo. Los procesadores de alimentos se basan en la producción y la entrega de cajas, latas, etiquetas de papel impreso, bandejas de plástico, celofán para microondas/comidas de preparación rápida, frascos de vidrio, tapas de plástico y de metal con sustancias selladoras. Muchos se basan esencialmente en petróleo. La entrega de productos alimenticios terminados a los centros de distribución se hace en camiones refrigerados. El reparto diario justo a tiempo de alimentos, basado en petróleo, a los negocios, restaurantes, hospitales, escuelas, etc., se basa en petróleo; los clientes van en coche a las tiendas de comestibles para aprovisionarse, a menudo varias veces por semana.

Energía, transporte y el sistema alimentario

Nuestro sistema alimentario es ineficiente en lo que a energía se refiere.

Un indicador de la insostenibilidad del sistema contemporáneo alimentario es la ratio entre la salida de energía – el contenido de energía de un producto alimenticio (calorías) – en relación con la inversión de energía. Esta última es toda la energía consumida en la producción, procesamiento, embalaje y distribución de ese producto. La ratio energética (energía que sale/energía que entra) en la agricultura ha disminuido de cerca de 100 para las sociedades tradicionales pre-industriales a menos de 1 en la mayoría de los casos en el actual sistema alimentario, ya que la inversión de energía, sobre todo en la forma de combustibles fósiles, ha aumentado gradualmente.

Sin embargo, el consumo de energía en el transporte también es considerable, y si se incluye en la ecuación, comportaría que la proporción sería aún peor. Por ejemplo, cuando se importa por avión lechuga iceberg al Reino Unido desde EE.UU., la ratio energética es de sólo 0,00786. En otras palabras, 127 calorías de energía (combustible de aviación) son necesarias para transportar 1 caloría de lechuga a través del Atlántico. Si la energía consumida durante el cultivo, el embalaje, la refrigeración, la distribución en el Reino Unido y la compra en coche fuera incluida, la energía utilizada sería aún mayor.

De la misma manera, 97 calorías de energía de transporte son necesarias para importar 1 caloría de espárrago por avión desde Chile, y 66 unidades de energía son consumidas cuando se lleva por avión 1 unidad de energía de zanahoria desde Sudáfrica.

Hasta qué punto el sistema alimentario es energéticamente ineficiente puede ser visto en el caso demencial del ketchup de tomate sueco. Investigadores en el Instituto Sueco de Alimentación y Biotecnología analizaron la producción de ketchup de tomate³⁸. El estudio consideró la producción de insumo para la agricultura, el cultivo de tomates y la conversión en pasta de tomates (en Italia), el procesamiento y el embalaje de la pasta y otros ingredientes del Ketchup, el comercio y almacenamiento del producto final. Todo esto involucró más de 52 pasos de transporte y procesamiento.

Las bolsas asépticas usadas para embalar la pasta de tomate fueron producidas en Holanda y transportadas a Italia para llenarlas, colocarlas en barriles de acero y luego transportarlas a Suecia. La botellas rojas, de cinco capas, fueron producidas sea en el Reino Unido o en Suecia con materiales de Japón, Italia, Bélgica, EE.UU. y Dinamarca. Las tapas tapón de polipropileno de la botella, hechas de polietileno de baja densidad (LDPE), fueron producidas en Dinamarca y transportadas a Suecia. Además se utilizaron película plástica de embalaje de LDPE y cartón corrugado para distribuir el producto final. Las etiquetas, el adhesivo y la tinta no fueron incluidos en el análisis.

Este ejemplo demuestra hasta qué punto el sistema alimentario depende ahora del transporte nacional e internacional. Sin embargo, hay muchos pasos más involucrados en la producción de este producto ordinario. Incluyen el transporte asociado con la producción y suministro de nitrógeno, fertilizantes de fósforo y potasio; pesticidas, equipos de procesamiento; y maquinaria agrícola. Es probable que otros ingredientes como azúcar, vinagre, condimentos y sal también hayan sido importados. La mayoría de los procesos mencionados anteriormente también dependerán de derivados de combustibles fósiles. Es probable que este producto sea comprado en un viaje de compras en coche... que depende del petróleo.

Un estudio ha calculado que las importaciones británicas de productos alimentarios y de alimentos para animales involucraban transporte por mar, aire y carretera de más de 83.000 millones de toneladas-kilómetros³⁹. Esto requería 1.600 millones de litros de combustible y, sobre la base de una cifra conservadora de 50 gramos de dióxido de carbono por tonelada-kilómetro resulta en 4,1 millones de toneladas de emisiones de dióxido de carbono⁴⁰. Dentro del Reino Unido, la cantidad de alimentos transportados aumentó en un 16% y las distancias trascurridas en un 50% entre 1978 y 1999.

Se ha estimado que las emisiones de dióxido de carbono atribuibles a la producción, procesamiento, embalaje y distribución de la comida consumida por una familia de cuatro es de unas 8 toneladas por año⁴¹.

... y contribuyen innecesariamente a las emisiones de carbono.

No es que este transporte sea básico o necesario. En muchos casos los países importan y exportan cantidades similares de los mismos productos alimentarios⁴². Un informe reciente ha destacado los casos en los que los países importan y exportan grandes cantidades de alimentos en particular⁴². Por ejemplo, en 1997, 126 millones de litros de leche líquida fueron importados por el Reino Unido y, al mismo tiempo, 270 millones de litros de leche fueron exportados del Reino Unido. 23.000 toneladas de leche en polvo fueron importadas al Reino Unido y 153.000 toneladas fueron exportadas⁴³. Las importaciones de leche del Reino Unido se han duplicado durante los últimos 20 años, pero ha habido una multiplicación por cuatro de las exportaciones de leche del Reino Unido durante los últimos 30 años⁴⁴.

Gran Bretaña importa 61.400 toneladas de carne de pollo al año de Holanda y exporta 33.100 toneladas a Holanda. Importamos 240.000 toneladas de cerdo y 125.000 toneladas de cordero, mientras exportamos 195.000 de cerdo y 102.000 toneladas de cordero⁴². Este sistema es insostenible, ilógico y extraño y sólo puede existir mientras haya combustibles fósiles baratos y no adoptemos medidas significativas para reducir las emisiones de dióxido de carbono.

El calentamiento global y el petróleo limitado

La amenaza de calentamiento global y la necesidad de reducir las emisiones de carbono.

La proximidad de la etapa de agotamiento de los suministros de petróleo.

El descubrimiento de petróleo y gas tuvo su pico en los años sesenta. La producción también va a alcanzar su pico, al recuperar cinco países de Medio Oriente el control del suministro mundial⁴⁵. Casi dos tercios de las reservas totales de petróleo crudo del mundo se encuentran en Medio Oriente, sobre todo en Arabia Saudí, Irán e Irak⁴⁶. Una evaluación del suministro futuro de petróleo del mundo y su modelo de agotamiento muestra que entre 1980 y 1998 hubo un aumento de un 11,2 por ciento de la producción mundial de petróleo crudo, de 59,6 a 66,9 millones de barriles de petróleo por día⁴⁶. Las actuales tasas mundiales de producción son de aproximadamente 25 Gb (miles de millones de barriles) por año. Un simple cálculo muestra que si los niveles de consumo siguen constantes, las reservas de petróleo crudo del mundo, de aproximadamente 1 billón de barriles, se agotarán cerca de 2040⁴⁷.

Las crisis del petróleo de los años setenta, cuando la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEC) frenó su producción, han pasado a formar parte de la memoria popular. Sin embargo, fueron acompañadas por perturbaciones masivas y una recesión económica global. Lo mismo ocurrió en 1980 y en 1991⁴⁸.

Colin J. Campbell, un destacado analista de la industria del petróleo, cree que las futuras crisis serán mucho peores. “Las crisis del petróleo de los años setenta fueron de corta duración porque en aquel entonces había muchos hallazgos nuevos de petróleo y gas que explotar. Esta vez no hay en la práctica nuevas cuencas prolíficas que generen una cosecha de suficientes campos gigantes para tener un impacto global. El creciente control del mercado por Medio Oriente probablemente llevará a un aumento radical y permanente del precio del petróleo, antes de que comience a aparecer una escasez física. La economía mundial ha sido impulsada por un suministro abundante de energía basada en petróleo barato, durante la mayor parte de este siglo. La próxima crisis del petróleo representará por lo tanto una

discontinuidad económica y política de proporciones históricas, al ajustarse el mundo a un nuevo entorno energético” 45.

Los tres principales propósitos para los que el petróleo es utilizado en todo el mundo son alimentos, transportes y calefacción. En el futuro cercano la competencia de estas tres actividades por petróleo será dura y real. Una hambruna energética comenzará probablemente por afectar a los países más pobres, cuando los aumentos en el coste de la parafina, utilizada para cocinar, la pongan fuera de su alcance. Después del pico en la producción, los suministros de alimentos en todo el mundo comenzarán a dislocarse, no sólo por los aumentos de precios, sino porque ya no habrá petróleo.

¿ES DIFERENTE LO ORGÁNICO?

El sistema orgánico es más eficiente en cuanto a la energía...

Uno de los beneficios de la producción orgánica es que el consumo de energía y, por lo tanto, el consumo de combustible fósil y las emisiones de gases invernadero, son inferiores que en sistemas convencionales.



La energía utilizada en la producción de alimentos se compone de insumos directos e indirectos. Los insumos indirectos incluyen la producción y suministro de pesticidas, nutrientes y fertilizantes, mientras que los insumos directos de energía son los hechos en la granja, como puede ser la maquinaria. Una medida de la eficiencia energética de la producción de alimentos que permite una

comparación entre diferentes prácticas agrícolas es la energía consumida por unidad de producción, expresada a menudo como la energía consumida por tonelada de alimento producida (MJ/tonelada) o la energía consumida por kilogramo de alimento (MJ/kg.).

Un estudio que compara el ganado, los productos lácteos, vegetales y los sistemas de cultivo, orgánicos y convencionales, en el Reino Unido, estableció que, con producciones promedio, el ahorro de energía mediante la producción orgánica variaba entre 0,14 MJ/kg y 1.79 MJ/kg., con un promedio de 0,68 MJ/kg. o sea de un 42 por ciento⁴⁹. La mejora de la eficiencia energética en los sistemas orgánicos se debe en gran parte a menores (o cero) insumos de fertilizante y pesticida, que representan la mitad del insumo de energía en la producción convencional de patatas y trigo y de hasta un 80 por ciento de la energía consumida en algunos cultivos vegetales.

En la producción convencional de ganado de tierras altas, el mayor insumo de energía es de nuevo indirecto en la forma de nutrientes concentrados y de cereales. Cuando se cría orgánicamente, una mayor proporción del alimento para ganado lechero, vacuno y ovino montaños proviene del pasto. En el caso de la producción de leche, se ha establecido que los sistemas orgánicos son casi cinco veces más eficientes desde el punto de vista de la energía sobre una base por cabeza de animal y tres veces y media más eficientes en términos de unidad de producción (la energía requerida para producir un litro de leche)⁴⁹.

... pero no cuando se vuelve global.

Hasta ahora todo va bien – pero una vez que se pasa la puerta de la granja, las cosas comienzan a ir mal. Gran Bretaña importa más de tres cuartos de sus productos orgánicos, y a pesar de la demanda de los consumidores, sólo un 2 por ciento de la tierra es cultivada orgánicamente⁵⁰. A medida que el mercado crece, es cubierto con importaciones.

Un estudio que considera el consumo de energía y las emisiones de dióxido de carbono al importar productos alimentarios orgánicos al Reino Unido por avión⁵¹ estableció que las emisiones de dióxido de

carbono van de 1,6 kilogramos a 10,7 kilogramos. El transporte de alimentos es la peor opción medioambiental, pero el transporte por carretera, especialmente los viajes innecesarios, también es malo. Por ejemplo, 5 kilos de patatas sicilianas que viajan 3.900 kilómetros emiten 771 gramos de dióxido de carbono.

El problema es que, en general, los seres humanos han desarrollado una tendencia a tratar los problemas sobre una base ad hoc – es decir, tratar los “problemas del momento”. Esto no fomenta una actitud de ver un problema encastrado en el contexto de otro problema. La globalización imposibilita que las sociedades modernas se derrumben en aislamiento. Toda sociedad que cae en el caos en la actualidad, no importa cuán remota esté, puede causar problemas para sociedades prósperas en otros continentes, y está también sujeta a su influencia (positiva o desestabilizadora).

Por primera vez en la historia, confrontamos el riesgo de una decadencia global.

Choques para el sistema

Como ya mencionáramos, los tres fines principales para los que se utiliza el petróleo mundialmente son la alimentación, el transporte y la calefacción. La agricultura depende casi por completo de suministros seguros de petróleo para cultivos y para bombear agua, así como de gas para sus fertilizantes; además, por cada caloría de energía usada por la agricultura en sí, cinco más son usadas para el procesamiento, el almacenamiento y la distribución.

Ya que la agricultura y la industria alimentaria no son reputadas por sus gastos innecesarios de dinero, debe existir de una presunción de que hay margen de ahorro de energía a corto plazo sin perturbar los precios de los alimentos. En el caso del combustible para transporte y calefacción, el margen de ahorro de energía a corto plazo es mayor: eliminar viajes de placer, por ejemplo, utilizar más suéters y, a un plazo un poco más lejano, conducir coches más pequeños puede jugar un papel mientras que, a largo plazo, hay un paradigma de baja energía totalmente diferente que debe ser desarrollado. Pero primero

hay que sobrevivir al corto plazo y, en ese corto plazo, la competencia por petróleo para alimentos, transporte y calefacción va a ser real y dura.

A través de su dependencia del petróleo, la agricultura contemporánea está expuesta a todo el problema de la sostenibilidad de nuestro uso de combustibles fósiles. Costó 500 millones de años producir esos depósitos de hidrocarburos y estamos utilizando a un ritmo de más de 1 millón de veces su tasa natural de producción. En una perspectiva de siglos, ciertamente no podemos esperar que vayamos a continuar utilizando el petróleo de modo tan libre y omnipresente como lo hacemos en la actualidad. Algo tendrá que cambiar.

Lo mismo vale más ampliamente para todos los recursos naturales en los que se basa la civilización industrial. Además, podría pensarse que existe un problema agravado. No sólo hay más gente que consume estos recursos, su consumo “per cápita” también aumenta en línea con la elaboración de tecnología. Parece que afrontamos un problema de rendimientos decrecientes, ciertamente de agotamiento de las materias primas vitales requeridas para apoyar nuestro crecimiento económico.

Casi todo esfuerzo humano actual, del transporte a la manufactura, de la electricidad a los plásticos, y especialmente la producción de alimentos está inextricablemente entrelazado con los suministros de petróleo y gas natural.

La producción comercial de alimentos es impulsada por el petróleo. La mayoría de los pesticidas vienen del petróleo, y casi todos los fertilizantes comerciales se basan en amoníaco. El amoníaco es producido a partir del gas natural. La agricultura basada en el petróleo es fundamentalmente responsable de la explosión de la población mundial de 1.000 millones a mediados del Siglo XIX a 6.300 millones al comenzar el Siglo XXI. El petróleo permitió implementos agrícolas como tractores, sistemas de almacenamiento de alimentos como refrigeradores, y sistemas de transporte, como los camiones. Al aumentar la producción del petróleo, también aumentó la de alimentos. Al desarrollarse la producción de alimentos, ocurrió lo mismo con la población. Al crecer la población, se acrecentó la

demanda de alimentos, lo que aumentó la demanda de petróleo. Y entramos en el círculo infernal. El petróleo es también uno de los principales responsables de los adelantos en la medicina logrados en los últimos 150 años. El petróleo permitió la producción masiva de medicamentos, y el desarrollo de la infraestructura de atención sanitaria como hospitales, ambulancias, carreteras, etc.

Ahora hemos llegado a un punto en el que la demanda de alimento/petróleo continúa aumentando, mientras nuestra capacidad de producirlos de modo asequible está a punto de caer.

Unos pocos años antes del Pico del Petróleo, los precios de los alimentos aumentarán vertiginosamente porque el costo de los fertilizantes se disparará. El costo del almacenamiento (electricidad) y del transporte (gasolina) de los alimentos también se disparará.

Se necesita petróleo para mucho más que sólo alimentos, medicina y transporte. También se necesita para casi todo artículo de consumo, para el bombeo del suministro de agua, el tratamiento de aguas residuales, la eliminación de basuras, mantenimiento de calles y aparcamientos, hospitales y servicios de salud, policía, servicios de bomberos y defensa nacional.

Además, como es de conocimiento general, las guerras se libran a menudo con y por petróleo.

¿El resultado?

Si pensamos que contamos con seguridad alimentaria aquí en el Reino Unido y en otros países industrializados simplemente porque tenemos gasolina en el coche, francamente, nos estamos engañando. A pesar de la apariencia de prodigalidad ilimitada de alimentos, es una abundancia frágil, que depende de la integridad de la producción mundial de petróleo, la refinación y el sistema de entrega. Ese sistema pende enteramente del hilo de la tecnología. La agricultura moderna, basada en la tecnología produce semillas para los alimentos para ser utilizadas a corto plazo año a año. Hay muy pequeñas reservas de alimentos o semillas para sostener una interrupción prolongada.

La tecnología y el tejido increíblemente rico que ha posibilitado, nos crearon una falsa sensación de seguridad. Pero el hilo tiene fallas; el tejido es ahora frágil; las hambrunas son posibles. Tenemos que tomar en serio la situación...

Nuestro suministro de alimentos es:

Vulnerable:

Los suministros de petróleo que abastecen el sistema alimentario podrían agotarse en 2040⁵⁵. En muchas regiones la producción de petróleo ha llegado a su pico y la mayoría de las reservas se encuentran en Medio Oriente. La seguridad alimentaria también está amenazada: por ejemplo, incluso si toda la producción de frutas del Reino Unido fuera consumida en el Reino Unido, de cada 100 productos de fruta comprados, sólo 5 habrán sido cosechados en el Reino Unido.

Ineficiente:

Por cada caloría de zanahoria, traída por avión de Sudáfrica, usamos 66 calorías de combustible. El inmenso uso de combustible en el sistema alimentario significa más emisiones de dióxido de carbono, lo que significa cambio climático, lo que significa más daño a los suministros de alimentos, así como otros importantes problemas sanitarios y sociales.

Insostenible:

Incluso los suministros orgánicos están causando inmensos daños a medida que las importaciones llenan nuestras estanterías⁵³. Una canasta de compras de 26 productos orgánicos importados puede haber viajado 241.000 kilómetros y liberado tanto dióxido de carbono a la atmósfera como un hogar de cuatro habitaciones cuando cocina comidas durante ocho meses ⁵⁴.

Otros problemas destacados incluyen la pérdida de nutrientes en los alimentos, la creciente incidencia y propagación de enfermedades como la fiebre aftosa y otros importantes problemas de bienestar animal. Los países pobres que producen alimentos para mercados

distantes no obtienen necesariamente beneficios gracias a la producción aumentada y a menudo intensiva para la exportación. El informe revela cómo tales tendencias podrían ser cambiadas radicalmente mediante la acción industrial, gubernamental y pública. En otras palabras, no será necesario que se nos acabe por completo el petróleo para que seamos brutalmente despertados. El pánico comienza una vez que el mundo necesite más petróleo del que obtiene.

Para comprender el por qué, hay que entender nuestra total adicción al petróleo. Sabemos que el petróleo es extraído de pozos profundos y destilado para obtener gasolina, carburante de aviación, e innumerables otros productos que forman el alma de la industria y la adrenalina del poder militar. Es menos conocido que el alimento del mundo es nutrido actualmente por petróleo; el petróleo y el gas natural son cruciales en cada etapa de la agricultura moderna, desde el fertilizante hasta el embarque de la cosecha. Las implicaciones son lúgubres. Para millones, la diferencia entre una hambruna energética y una hambruna bíblica podría llegar a ser algo académico..

El analista político independiente David Fleming escribe en la revista británica *Prospect* (Noviembre de 2000):

Con una crisis global que se viene encima como la Roca del Juicio Final, ¿por qué parecen mostrar tan poca preocupación un número tan limitado de dirigentes políticos? Muchos expertos se niegan a tomar en serio el problema porque “cae fuera del modo de pensar de la economía de mercado”. Gracias al triunfo del capitalismo global, el modelo de libre mercado reina ahora por casi todas partes. El problema es que sus principios “tienden a derrumbarse cuando son aplicados a recursos naturales como el petróleo”. El resultado es potencialmente catastrófico y demasiado humano. Nuestros sumos sacerdotes – los economistas de mercado – están ciegos ante una realidad que no puede existir en su cosmología.

Fleming ofrece varios ejemplos de esta lógica decrepita. Muchos se adhieren a una creencia en que los precios más elevados de petróleo llevarán a más descubrimientos de petróleo, pero ignoran lo que los científicos han estado diciendo desde hace años: no hay muchos grandes descubrimientos por hacer. Muchas de las reservas

petrolíferas que explotamos actualmente fueron realmente identificadas a mediados de los años sesenta. Existe mucho petróleo bajo tierra – tal vez más de la mitad del suministro total recuperable. Fleming dice que ése no es el problema. La verdadera preocupación es el punto más allá del cual no se puede satisfacer la demanda. Y como la demanda va a crecer hasta un 3 por ciento por año, los barriles faltantes se sumarán rápidamente. Una vez que el dolor sea real, el impulso darwiniano se impone y el mercado ordenado deja lugar al caos.

Algunos insisten en que las sociedades industriales dependen menos actualmente del petróleo Fleming dice que se engañan. Hablan del uso del petróleo como un porcentaje del uso total de energía, no de las cantidades reales de petróleo quemado. Midiendo en barriles, estamos quemando más y más. En Gran Bretaña, por ejemplo, las necesidades de transporte se han más que duplicado en volumen desde 1973 y todavía dependen casi enteramente del petróleo. El transporte es el vínculo débil en cualquiera economía moderna; se estrangula el petróleo y un país se paraliza rápidamente.

Esto no tendría mucha importancia, se queja Fleming: “Si el mundo hubiese pasado los últimos 25 años preparando con urgencia energías alternativas, tecnologías de conservación, y modelos de uso del suelo con mucho menos dependencia del transporte”. (Estima que 25 años constituyen el tiempo que le tomaría a un país como Gran Bretaña para perder la mala costumbre.) Pero, “el tan esperado choque nos sorprende sin que estemos preparados”.

Algunas estadísticas alimentarias del Reino Unido

La cadena alimentaria británica:

- El mercado minorista británico tuvo un valor de 103.800 millones de libras en 2001.
- Por sí sola, la fabricación de alimentos fue la mayor industria del Reino Unido.
- La cadena de suministro alimentaria emplea un 12,5% de toda la fuerza laboral del Reino Unido.

- La cadena de suministro alimentaria contribuye un 8% a la economía del Reino Unido.
- Los alimentos y las bebidas consumen un 21% de los gastos semanales de cada hogar.

La cadena de suministro alimentario y la insostenibilidad:

- La cadena de suministro alimentario es el mayor usuario de energía en el Reino Unido.
- La producción de alimentos y su distribución contribuyen hasta un 22% de las emisiones totales de gases invernadero del Reino Unido.
- El alimento viaja más que cualquier otro producto – 129 kilómetros comparados con el viaje promedio de productos de 94 kilómetros.
- Los salarios en la industria alimentaria son notoriamente inferiores a los de otros sectores.
- Casi un 30% de los residuos caseros están constituidos por residuos de alimentos.

Conclusiones

La proximidad y la localización del sistema alimentario serían beneficiosas.

El sistema alimentario contemporáneo es inherentemente insostenible.

Indicadores de rendimiento social, ecológico y económico, como la seguridad alimentaria, las emisiones de gases invernadero, los kilómetros recorridos por los alimentos, los ingresos agrícolas y la biodiversidad subrayan este hecho. Este proceso podría cambiar drásticamente si se restablecieran sistemas locales y regionales de suministro de alimentos y se sustituyera ‘cerca en lugar de lejos’ en los sistemas de producción y distribución. Esto reduciría la demanda de transporte, y sus cargas medioambientales asociadas.

El principio de proximidad es un concepto simple en el aceite comestible, en el que los procesos de producción están ubicados lo más cerca posible del consumidor. Cuando se aplica al suministro de alimentos, sistemas locales de alimentos en la forma de planes de entrega a domicilio, mercados de agricultores y tiendas de venta de

productos locales reemplazarían a alimentos importados y de distribución centralizada. Considerando el suministro y el comercio alimentarios del Reino Unido en la actualidad, existe un gran potencial para aplicar el principio de proximidad, en la forma de sustitución de importaciones. Aparte de productos como plátanos, café y té, muchos de los alimentos que son importados actualmente podrían ser producidos en Gran Bretaña. Muchos productos de carne, cereales, lácteos y aceites de cocina están – o podrían estar – disponibles aquí durante todo el año. Lo mismo vale para frutas y vegetales, tal vez los grupos alimentarios más estacionales, mediante una combinación de cultivo de diferentes variedades y técnicas tradicionales y modernas de almacenamiento y preservación. El suelo utilizado actualmente para producir alimentos que son exportados podría ser utilizado para aumentar nuestra autosuficiencia.

Existe una creciente evidencia de beneficios medioambientales del aprovisionamiento local de alimentos en cuanto a una reducción del impacto ecológico relacionado con el transporte. En el caso de productos orgánicos, un estudio de minoristas comparó el aprovisionamiento local y global de productos vendidos en diferentes negocios entre junio y agosto de 2001. Escogieron productos disponibles en el Reino Unido durante esos meses pero que son importados en la actualidad por los múltiples minoristas. Entre ellos, cebolletas importadas por avión desde México, patatas importadas por tierra desde Sicilia, cebollas importadas por barco desde Nueva Zelanda. Se estableció que el abastecimiento local a través de un mercado de agricultores, por ejemplo reduciría las emisiones de gas invernadero asociadas con la distribución en un factor de 650 en el caso de un mercado de agricultores y más en cajas de surtido variado y ventas de tiendas de granjas⁵².

Un sistema alimentario sostenible no puede basarse, casi por entero, en una fuente finita de energía, una fuente de energía que causa enormes niveles de polución durante su producción, distribución y uso. Aunque los suministros de alimentos en países ricos como el Reino Unido parecen seguros y la variedad, en términos de miles de productos alimenticios disponibles en los supermercados, parece ilimitada, se trata de una ilusión.

La vulnerabilidad de nuestro sistema alimentario a cambios repentinos fue demostrada durante la crisis del combustible en 2001. Un aumento acentuado del precio del petróleo o una reducción en los suministros de petróleo, podrían presentar una amenaza mucho más seria para la seguridad alimentaria, y son probables al entrar el petróleo en su fase de agotamiento. La producción y la distribución de alimentos, tal como están organizadas en la actualidad, no podrían funcionar. Además, las alternativas, en la forma de una agricultura sostenible y suministros locales de alimentos, que minimizan el uso de petróleo crudo, son incapaces actualmente de reaccionar ante el aumento de la demanda debido a la baja inversión y capacidad.

El sistema alimentario es ahora un contribuyente de importancia al cambio climático. La reducción de las emisiones de dióxido de carbono de la producción, el procesamiento y la distribución de alimentos mediante la reducción a un mínimo de la distancia entre productor y consumidor debería ser una parte crítica de toda estrategia para mitigar el calentamiento global.

Hay muchos beneficios en la agricultura orgánica, que incluyen las reducciones del consumo de energía de combustibles fósiles y de las emisiones de gas invernadero. Sin embargo, éstas son eclipsadas a menudo por el daño al medio ambiente causado por el transporte a larga distancia. Productos orgánicos que son transportados sobre largas distancias, particularmente cuando la distribución es por avión, son casi tan dañinos como sus homólogos convencionales transportados por avión. Alimentos orgánicos altamente procesados y embalados tienen un impacto sobre el medio ambiente adicionalmente adverso.



La prioridad debe ser el desarrollo de sistemas locales y regionales de alimentos, preferentemente sobre base orgánica, en los que un gran porcentaje de la demanda es satisfecho dentro de la localidad o la región. Este enfoque, combinado con el comercio justo, asegurará suministros seguros de alimentos, reducirá a un mínimo el consumo de combustible fósil y reducirá la vulnerabilidad asociada con una dependencia de exportaciones de alimentos (así como de las importaciones). La localización del sistema alimentario requeriría diversificación, investigación y apoyo importantes que hasta ahora no han tenido lugar. Pero es factible y tenemos pocas alternativas.

Epílogo

El mayor problema que veo no es la actual desaparición de combustibles fósiles, como el pico del petróleo, sino que todos nuestros sistemas: finanzas, comunicaciones y energía (eléctrica) se interrelacionan y dependen directa o indirectamente unos de otros. Obviamente, desde este punto de vista, el petróleo es un proveedor importante no sólo de energía sino de numerosos otros productos. Esto es, evidentemente una causa de preocupación fundamental para la alimentación que hay que comprender. También pienso que al comprender esto la gente podrá discernir mejor lo que se dice sobre el pico del petróleo.

Es la dependencia de este sistema lo que no es comprendido o apreciado claramente. También incluye la relación entre el pico del petróleo y situaciones de cambio global de la tierra como el calentamiento global, la erosión de los suelos, el crecimiento de los niveles del mar, el agotamiento del agua y la deforestación, para sólo nombrar unos pocos. Todos están interrelacionados.

³⁷Green, B. M., 1978. *Eating Oil - Energy Use in Food Production*. Westview Press, Boulder, CO. 1978.

³⁸Andersson, K. Ohlsson, P and Olsson, P. 1996, Life Cycle Assessment of Tomato Ketchup. The Swedish Institute for Food and Biotechnology, Gothenburg.

³⁹Cowell, S., and R. Clift., 1996. Farming for the future: an environmental perspective. Paper presented at the Royal Agricultural Society of the Commonwealth, July 1996, CES, University of Surrey.

⁴⁰Data for shipping and airfreight from Guidelines for company reporting on greenhouse gas emissions. Department of the Environment, Transport and the Regions: London, March 2001. Data for trucks is based on Whitelegg, J., 1993. Transport for a sustainable future: the case for Europe. Belhaven Press, London; and Gover, M. P., 1994. UK petrol and diesel demand: energy and emission effects of a switch to diesel. Report for the Department of Trade and Industry, HMSO, London.

⁴¹BRE, 1998. Building a sustainable future. General information report 53, energy efficiency best practice programme, Building Research Establishment, Garston, UK.

⁴²Caroline Lucas, 2001. Stopping the Great Food Swap - Relocalising Europe's food supply. Green Party, 2001.

⁴³21 Lobstein, T, and Hoskins, R, The Perfect Pint. Food Facts No. 2. The SAFE Alliance, 1998.

⁴⁴FAO, 2001. Food Balance Database. 2001. Food and Agriculture Organisation, Rome at www.fao.org

⁴⁵Colin J. Campbell, 1997. The Coming Oil Crisis. Multi- Science Publishing Co. Ltd

⁴⁶Green Party USA, 2001. World crude oil reserves - Statistical information. Based on data from the Oil and Gas Journal and the Energy Information Agency. At <http://environment.about.com/library/weekly/aa092700.htm>

⁴⁷Medea: European Agency for International Information, 2001. Oil Reserves. at - <http://www.medea.be/en/> 11 David Fleming, 2001. The Great Oil Denial. Submission to the UK Energy Review. At <http://www.cabinetoffice.gov.uk/innovation/2001/energy/submissions/Fleming>

⁴⁸EIA, 2001. World Oil Market and Oil Price Chronologies: 1970 - 2000. Department of Energy's Office of the Strategic Petroleum Reserve, Analysis Division, Energy Information Administration, Department of the Environment, USA, at www.eia.doe.gov

⁴⁹Energy use in organic farming systems ADAS Consulting for MAFF, Project OF0182, DEFRA, London, 2001.

⁵⁰Natasha Walter, 2001. When will we get the revolution. The Independent 19th July 2001.

⁵¹Based on data on sourcing from UKROFS and a survey of supermarket stores during June - August 2001; distance tables for air miles at www.indo.com/cgi-bin/dist and the

environmental impact of airfreight in Guidelines for company reporting on greenhouse gas emissions. Department of the Environment, Transport and the Regions, London, March 2001.

⁵²Data for shipping and airfreight from Guidelines for company reporting on greenhouse gas emissions. Department of the Environment, Transport and the Regions: London, March 2001. Data for trucks is based on Whitelegg, J., 1993. Transport for a sustainable future: the case for Europe. Belhaven Press, London; and Gover, M. P., 1994. UK petrol and diesel demand: energy and emission effects of a switch to diesel. Report for the Department of Trade and Industry, HMSO, London. Data for cars from the Vehicle Certification Agency at www.vca.gov.uk; Whitelegg, J., 1993. Transport for a sustainable future: the case for Europe. Belhaven Press, London; and Gover, M. P., 1994. UK petrol and diesel demand: energy and emission effects of a switch to diesel. Report for the Department of Trade and Industry, HMSO, London.

⁵³RCEP, 2000. Energy - The Changing Climate. The Royal Commission on Environmental Pollution, Twenty-second Report, June 2000, HMSO, London.

⁵⁴DETR, 2001. The draft UK climate change programme. DETR, 2001. HMSO, London.

⁵⁵USDOE, 2001. World Carbon Dioxide Emissions from the Consumption and Flaring of Fossil Fuels, 1980-1999. US Department of the Environment at <http://www.eia.doe.gov/pub/international/iealf/tableh1.xls>

VI.
Desarrollo, postextractivismo y “buen vivir”

Desarrollo, postextractivismo y “buen vivir”

Eduardo Gudynas, enero 2012

Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES), Montevideo

El desarrollo contemporáneo ha sido uno de los grandes mitos del siglo XX. Representó tanto el sueño de una vida mejor para millones de personas, como una legitimación teórica y práctica para diseminar en todo el planeta la creencia en el crecimiento económico. Esa postura también está profundamente arraigada, asumiéndose que las economías nacionales, y por lo tanto la economía planetaria, podrían crecer por siempre en un proceso de expansión perpetua.

Estas íntimas vinculaciones entre las ideas de progreso, desarrollo y crecimiento se generaron en las primeras décadas del siglo XX, y cristalizaron hacia mediados de la década de 1940.

Sin embargo, por lo menos desde mediados de los años sesenta, comienzan a sumarse las críticas y advertencias sobre esos postulados. Por un lado, se señalaron los llamados límites sociales, tales como las tensiones en las aglomeraciones urbanas, la segregación impuesta por los ingresos monetarios, o la marginación espacial donde los pobres se arrinconan en unos barrios mientras los ricos se protegen en otros.

Enseguida se sumaron más cuestionamientos y críticas sobre lo que podríamos calificar como límites económicos. Se señalaron serias asimetrías económicas, donde lo que se presentaba como desarrollo en unos sitios sólo era posible a costa del subdesarrollo en otros rincones del planeta.

A inicios de la década de 1970, quedaron en evidencia los conocidos límites ecológicos. Los recursos no renovables, como el petróleo o los

minerales, son finitos, y enfrentamos el agotamiento de algunos de ellos. A su vez, las áreas naturales se deterioran y reducen año tras año, dejando una estela de especies en extinción. La contaminación supera los umbrales de la capacidad de regeneración de los ecosistemas.

En paralelo a éstas y otras advertencias se han sumado las alertas y denuncias de organizaciones sociales. Ellas expresan los fracasos concretos de muchos proyectos de desarrollo, sus impactos negativos en los planos social y ambiental, así como sus dudosos beneficios económicos.

Desde entonces, las tensiones no han dejado de crecer. Unos denuncian los impactos de proyectos etiquetados como “desarrollo”, y pero otros vuelven a reclamar más desarrollo para superar la pobreza. Si bien algunos reconocen las limitaciones en las ideas del desarrollo, todavía no se logró un consenso en conceptos que la reemplacen. En ese escenario es donde surge con intensidad el debate sobre el “buen vivir” actualmente en marcha en América del Sur.

El extractivismo una vez más

Buena parte de estas contradicciones y tensiones se expresan hoy en día alrededor del llamado extractivismo: la extracción de enormes volúmenes de recursos naturales para exportación, tal como se observa en la minería a cielo abierto o la explotación petrolera.

El extractivismo no es una novedad en América Latina, y sus antecedentes se rastrean a tiempos de la colonia. Eso explica que tenga profundas raíces culturales. Sigue prevaleciendo la idea que el continente tiene enormes recursos a ser aprovechados, sin límites evidentes al crecimiento, dada sus enormes extensiones y la riqueza de la naturaleza. Los obstáculos serían, en realidad, instrumentales, tales como la disponibilidad de inversión o personal técnico cualificado. Las advertencias sobre sus límites, sean sociales o ambientales, son desestimadas, ya que se concibe a la naturaleza como una enorme canasta de recursos que está lejos de agotarse o deteriorarse.

Bajo el extractivismo actual esas ideas se llevan a un extremo. Son economías de enclave que exportan hacia los mercados globales materias primas. A su alrededor se disparan serios impactos sociales y ambientales, que van desde el desplazamiento de comunidades a severa contaminación. Asimismo, sus beneficios económicos son más que dudosos, y en varios casos son negativos.

Pero a pesar de esa creciente evidencia, es un sector que vive un nuevo apogeo. Mientras que la crisis económico financiera golpea a varios países industrializados, los altos precios de las materias primas y su sostenida demanda, hacen que muchas naciones sudamericanas acentúen el extractivismo generando una bonanza macroeconómica. Esas exportaciones aumentan en valor y volumen, y la racionalidad extractivista se expande a otros sectores, en particular los monocultivos intensivos de exportación (como la soja transgénica).

América Latina repite su historia como proveedora de materias primas, aunque han cambiado los destinos y los productos. Mientras que en el pasado, exportaba los recursos naturales hacia las metrópolis coloniales, hoy lo hace hacia China. En el siglo pasado recibía a cambio manufacturas alemanas, inglesas o estadounidenses; en la actualidad, los productos chinos o coreanos inundan los centros comerciales o las pequeñas tiendas de barrio.

Impactos ambientales y fragilidad social

La intensificación del extractivismo es uno de los principales factores de impacto ambiental, y explica que el balance actual sea negativo. El reciente informe sobre el estado del ambiente en América del Sur del Centro Latinoamericano de Ecología Social (CLAES) recuerda que se pierden áreas naturales y recursos naturales a un ritmo mucho más rápido que los logros obtenidos por las medidas de control ambiental.

Algunos ejemplos agudos son la minería a gran escala a cielo abierto y la explotación petrolera en selvas tropicales. Allí se observan casos de contaminación de suelos y aguas por la minería o derrames petroleros en ambientes amazónicos. Se desplazan comunidades locales, se desvía el uso del agua hacia la minería, se pierden áreas

agropecuarias y se limita la participación ciudadana. Esto regularmente desemboca en intensas protestas y conflictos. Factores de este tipo hacen que ese estilo sea un “extractivismo depredador”.

A pesar de toda esta problemática, el extractivismo sigue disfrutando de un amplio consenso en la opinión pública, y es apoyado incluso por los gobiernos de la nueva izquierda sudamericana. En buena medida esto se explica por un cambio sustancial, donde los gobiernos progresistas captan parte de la renta generada por el extractivismo para financiar sus programas de asistencia social. Más allá del real volumen de dinero derivado a esos fines, lo cierto es que esos gobiernos insistentemente defienden en sus discursos al extractivismo como indispensable para sostener sus bonos y compensaciones a los grupos más pobres.

Ésta es una nueva paradoja: el desarrollo clásico, y en especial el extractivismo, pasa a ser defendido como necesario no solamente para el crecimiento económico en general, sino específicamente como medio indispensable para financiar la lucha contra la pobreza. Sin embargo, bajo ese camino se cae en una relación perversa donde se hacen necesarias compensaciones económicas de los daños extractivistas, lo que a su vez requiere embarcarse en nuevos proyectos extractivos para obtener esos recursos económicos. Tampoco se reconoce que esas economías de enclave impiden revertir la subordinación productiva y comercial de América Latina, sino que la agravan. Por este tipo de contradicciones, el extractivismo depredador es un callejón sin salida.

Los problemas alrededor de sectores como minería y petróleo dejan claro que el extractivismo está chocando con límites democráticos, ecológicos y económicos. Esto explica la creciente oposición ciudadana que se observa a los proyectos mineros en casi todos los países de la región. Posiblemente las más conocidas sean las recientes protestas en el departamento de Puno, en el sur de Perú, pero un examen atento muestra situaciones similares en Argentina, Bolivia, Colombia, Ecuador, en varias naciones centroamericanas, y hasta en Uruguay, un país que no era minero, pero donde su gobierno propone una megaexplotación de hierro.



Mina en Colombia

Después del extractivismo

La necesidad de ensayar una salida para después del extractivismo se vuelve indispensable. Por un lado, ese esfuerzo tiene un sentido de urgencia, en tanto distintas comunidades locales sufren los impactos sociales, ambientales y económicos de los emprendimientos extractivistas. Por otro lado, esa tarea es inevitable. Recursos, como los mineros o los petroleros, se agotarán inevitablemente. Ahora se admite que hemos entrado en la época del declive del petróleo, y se suma la evidencia que otro tanto sucede con algunos minerales. Los límites ecológicos mencionados antes no eran una fantasía sino que están aquí y, en algunos casos, han sido superados. Esto hace que la discusión de una estrategia para después del extractivismo en lugar de ser algo accesorio, sea en realidad una necesidad inmediata.

Los países que primero comiencen a diseñar una salida postextractivista serán los mejor preparados para ese futuro cercano.

Teniendo esto en claro, se debe reconocer que es necesario actuar sobre el extractivismo depredador. Una vía de salida debe reconocer dos componentes: por un lado, la necesidad de implantar medidas de emergencia para resolver las situaciones más dramáticas y urgentes, y por el otro lado, que esas acciones sirvan para promover nuevos pasos hacia transformaciones más profundas.

El primer componente implica detener el sesgo depredador del extractivismo actual, implantando medidas urgentes sociales, ambientales y económicas que impidan esos graves impactos. En unos casos se deberán clausurar emprendimientos que sean ambiental y socialmente destructivos, y en otros casos se deberán contemplar medidas reales y efectivas de control ambiental, promoción social, tributación adecuada y otros usos productivos. Es una transición a un extractivismo sensato, y luego a otro que responda a necesidades indispensables.

El segundo componente se basa en reconocer que el extractivismo depredador actual responde a las ideas convencionales contemporáneas del desarrollo. Por lo tanto, para desencadenarse de esa cultura extractivista hay que cambiar las ideas sobre el desarrollo. Dicho de otra manera, la crítica a la dependencia minera o petrolera es también un cuestionamiento al desarrollismo actual que obligan a buscar alternativas a esas concepciones. La búsqueda de un extractivismo sensato no es un fin en sí mismo, sino que son medidas de emergencia, pero que deben permitir profundizar la exploración de alternativas al desarrollo contemporáneo.

Entre esas ideas alternativas las que suscitan marcado interés son las del “buen vivir”. Tienen la enorme ventaja de abandonar las ataduras al término “desarrollo” y se enfocan directamente en el bienestar de las personas y las comunidades. Pero el “buen vivir”, a su vez, sólo es posible si simultáneamente se asegura el bienestar de la naturaleza. Estas posturas del “buen vivir” han sido disparadas desde los aportes de algunos saberes indígenas, especialmente andinos, como puede ser el suma qamaña (buen convivir) de los aymara bolivianos o el sumak kawsay de los kichwas de Ecuador. Pero también recuperan

posiciones críticas sobre el desarrollo, generadas en el saber occidental, como las que han promovido la ecología profunda o el feminismo.

En estos y otros casos, el “buen vivir” se vuelve plural, y sigue siendo una idea en construcción. Lejos de ser un problema, esta pluralidad permite una articulación multicultural que es indispensable en América Latina. De esta manera, cada una de las posturas conserva su especificidad originada en cada particular circunstancia cultural, social y ambiental, mientras que comparten una serie de puntos en común. Por ejemplo, el biocentrismo de los ambientalistas no es idéntico al suma qamaña boliviano, pero éstas y otras posturas comparten su crítica al desarrollo y una serie de pilares básicos en la construcción de alternativas.

Entre las coincidencias claves se pueden señalar la recuperación de otra relación ética con la naturaleza, el abandono de la creencia en el progreso perpetuo, y el enfoque en la calidad de vida de las personas y las comunidades. Esto hace que el “buen vivir” pueda ser interpretado como una “plataforma política”, a la que llegan distintas posturas que buscan trascender la cultura del desarrollo contemporáneo, y que sirve como sustento para construir alternativas. Ésta es una tarea indispensable, ya que sin ellas no habrá un futuro posible.

Bibliografía

Artículo Yayo Herrero López

Ballenilla, M. y Ballenilla, F. (2007) *La Tasa de Retorno Energético*. Madrid. El Ecologista, nº 55.

Bosch, A., Carrasco, C. y Grau, E. (2005). *Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo*. En E.Tello *La historia cuenta*. Madrid. Ediciones El Viejo Topo.).

Fernández Durán, R. (2010) *El Antropoceno: la crisis ecológica se hace mundial. La expansión del capitalismo global choca con la Biosfera*. Madrid. Coeditores. Virus y Libros en Acción.

Hubbert, K. *Energy from Fossil Fuels* en Science vol 199. www.eoearth.org 1949.

Latouche, S. (2008) *La apuesta por el decrecimiento* Barcelona Icaria.

Naredo J.M. (2006) *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Siglo XXI. Madrid.

Oberhuber, T. (2004) *Camino de la sexta gran extinción en Ecologista*, n.41. Ecologistas en Acción.

Riechmann, J. (2005) *Biomimesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*. Madrid, La Catarata.

WWF (2010) *Planeta Vivo. Informe 2010. Biodiversidad, biocapacidad y desarrollo*. Madrid. WWF España.

Artículo Amaia Orozco

Acosta, Alberto y E. Martínez (eds) (2009), *El buen vivir: una vía para el desarrollo*, Quito, Abya Yala

Agenjo Calderón, Astrid (2011), *Lecturas de la crisis en clave feminista: una comparación de la literatura en torno a los efectos específicos sobre las mujeres*, "Papeles de Europa", 22, disponible en <http://revistas.ucm.es/index.php/PADE/article/view/37936/36702>

Aguinaga, Margarita (2010), *Ecofeminismo: mujer y Pachamama, no solo es posible una crítica al capitalismo y al patriarcado*, *ViVe/ALAI*, disponible en <http://alainet.org/active/39531>

Butler, Judith (2009), *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*, Barcelona, Buenos Aires, México, Paidós

Butler, Judith (2011), *Bodies in Alliance and the Politics of the Street*, “Transversal”, núm. 10/11, disponible en <http://www.eipcp.net/transversal/1011/butler/en>

CCCP (Comisión Confederal Contra la Precariedad de CGT) (2003), “Precariedad y la exclusión. ¿Cómo enfrentarnos?”, *Materiales de Reflexión*, 5, Junio 2003, disponible en http://www.cgt.org.es/IMG/pdf/MR_05_Precariedad.pdf

Escobar, Arturo (2010), *Latin America at a crossroads: Alternative modernizations, post-liberalism, or post-development?*, “Cultural Studies”, 24:1, 1-65, disponible en <http://www.sidint.net/docs/EscobarPaper.pdf>

Ezquerro, Sandra (2010), “Visiones feministas y anticapitalistas ante las crisis”, en Amaia del Río Martínez y Marisa Sanz Moral (comp.) (2010), *ACTAS Encuentro: Feminismos en la agenda del desarrollo*, Hegoa y ACSUR, disponible en http://publ.hegoa.efaber.net/assets/pdfs/239/Actas_Encuentro_Feminismos.pdf?1311837152

Gil, Silvia L. (2011b), *Nuevos Feminismos. Sentidos comunes en la dispersión. Una historia de trayectorias y rupturas en el estado español*, Madrid, *Traficantes de Sueños*, http://traficantes.net/index.php/content/download/28063/260518/file/mov_11_FINAL.pdf

Gill, Stephen y Adrienne Roberts (2011), *Macroeconomic governance, gendered inequality, and global crises*, B. Young, I. Bakker y D. Elson eds., “Questioning financial governance from a feminist perspective”, Routledge, pp. 155-70.

Haraway, Donna (1991), *Ciencia, cyborgs, mujeres: la reinención de la naturaleza*, Madrid, Valencia, Cátedra e Instituto de la Mujer D. L. (1995)

Herrero, Yayo (2010a), *Crisis ecológica. Aprendiendo a vivir pisando ligeramente sobre la tierra*, Coordinadora estatal de Organizaciones Feministas coord., “Granada, treinta años después. Aquí y ahora. Jornadas Feministas Estatales”, disponible en http://www.feministas.org/IMG/pdf/crisis_ecologica.pdf

Herrero, Yayo (2010b), *Cuidar: una práctica política anticapitalista y antipatriarcal*, C. Taibo coord., “Decrecimientos: sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana”, Los Libros de la catarata, pp. 17-31

León T., Magdalena (2009), *Cambiar la economía para cambiar la vida*, en A. Acosta y E. Martínez comps., “El buen vivir: una vía para el desarrollo”, Abya-Yala, Quito, http://www.fedaeps.org/IMG/pdf/CAMBIAR_LA_ECONOMIA_PARA_CAMBIAR_LA_VIDA.pdf

Medialdea, Bibiana y Álvarez, Nacho (2005), *Ajuste neoliberal y pobreza salarial: los ‘working poor’ en la Unión Europea*, “Viento Sur”, núm. 82, pp. 56-64, disponible en <http://www.ucm.es/info/epm/miembros/medialdea2005.pdf>

Medina, Javier (ed.) (2001), *Suma Qamaña. La comprensión indígena de la Vida Buena, La Paz*, Comunicación PADEP/GTZ, disponible en <http://saludpublica.bvsp.org.bo/textocompleto/bvsp/boxp68/vida-buena.pdf>

Naredo, José Manuel (2006), *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*, Madrid, Editorial Siglo XXI.

Picchio del Mercato, Antonella (2009), *Condiciones de vida: Perspectivas, análisis económico y políticas públicas*, "Revista de economía crítica", núm. 7, pp. 27-54, http://revistaeconomiacritica.org/sites/default/files/revistas/n7/2_condiciones_de_vida.pdf

Precarias a la deriva (2004), *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*, Madrid: Traficantes de Sueños, disponible en <http://traficantes.net/index.php/content/download/18059/184955/file/precarias%20a%20la%20deriva.pdf>

Quién debe a quién (2011), *Vivir en deudocracia. Iban un portugués, un irlandés, un griego y un español...* Barcelona, Icaria

Río, Sira del (2003), *La crisis de los cuidados: precariedad a flor de piel*, "Rescaldos. Revista de Diálogo Social", núm. 9, págs. 47-57, disponible en http://www.caesasociacion.org/feminismo/ficheros/la_crisis_de_los_cuidados.pdf

Sassen, Saskia (2008), *Actores y espacios laborales de la globalización*, "Papeles", núm. 1010, pp. 33-51, disponible en http://biblioteca.hegoa.ehu.es/system/ebooks/17063/original/Actores_y_espacios_laborales.pdf

Taibo, Carlos (2011), *El decrecimiento explicado con sencillez*, Catarata.

Tortosa, José María (2009), *Sumak Kawsay, Suma Qamaña, Buen Vivir*, Fundación Carolina, disponible en <http://www.fundacioncarolina.es/es-ES/nombrespropios/Documents/NPTortosa0908.pdf>

Weingärtner, Julia y Marta Monasterio Martín (2010), *Poner la vida en el centro: respuestas del ecofeminismo y del decrecimiento a la UE*, disponible en <http://www.ecologistasenaccion.org/article16371.html>



Edita

EntrePobos
EntrePobles
EntrePueblos
herraarte

Con la colaboración de

ECOLOGISTAS
en acción